FRAY MOCHO



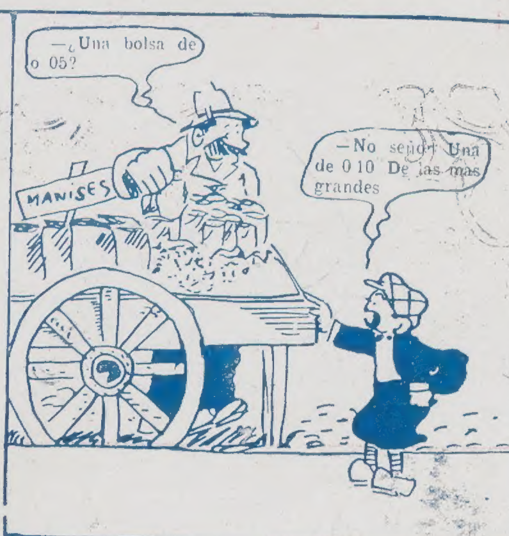
"ORO FLUIDO"

N.° 776

8-3-1927-

PAGINA INFANTIL — AVENTURAS DE PIPIRI





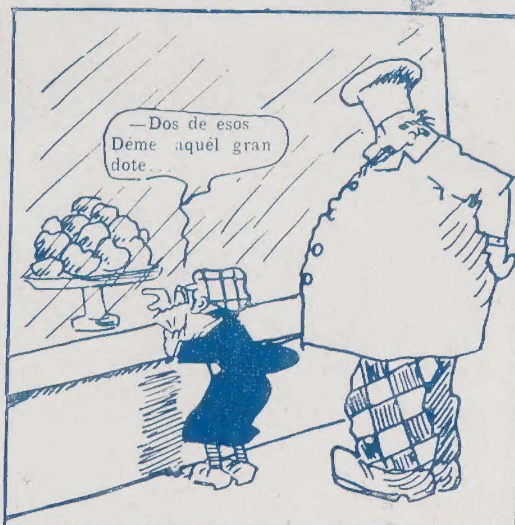


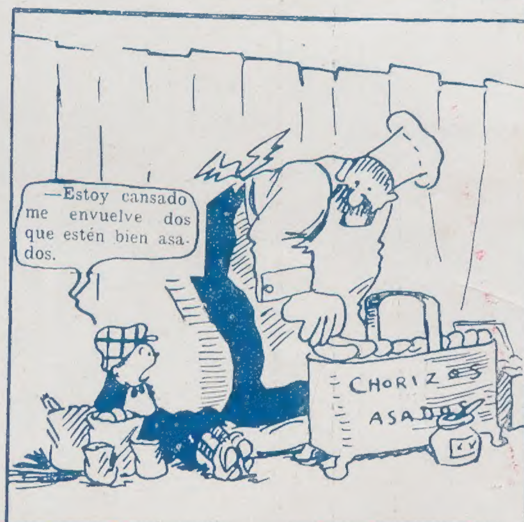


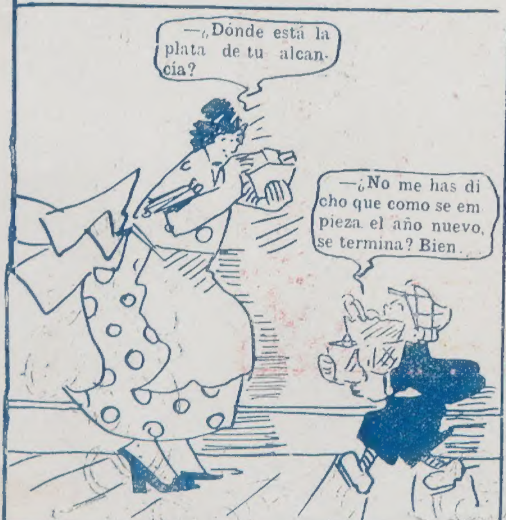


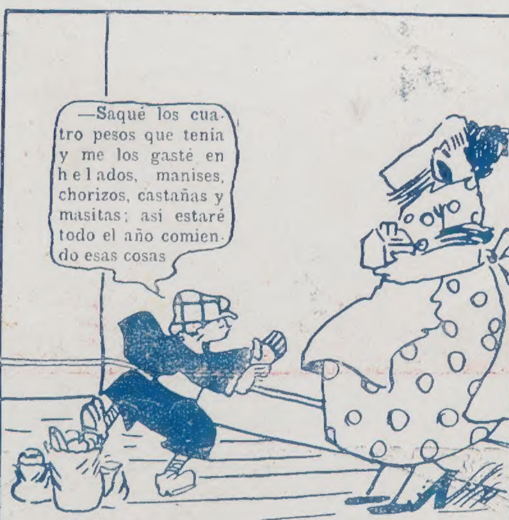














FRAY MOCHO

Fundado el 3 de Mayo de 1912. Redaccion y Administración. BOLIVAR 879

Año XVI Buenos Aires, 8 de marzo de 1927 N.° 776

Colazos del Carnaval, por Rojas



—Este Carnaval ha estado muy bien. Yo creo que las máscaras de este año se la han dado en la cabeza a las del año pasado.
—Disculpe, señora; pero las máscaras de este año a quien se la han dado en la cabesa es a mí.

—¿Por qué lloras?
—¡Porque la única que había en el baile con el vestido largo era yo!



—Te advierto, juan, que a tu hijo le estás dando demasiadas alas.
—Es que quiero dedicarlo a aviador. Hoy es el negocio internacional más positivo.



—Fué un verdadero torrente de agua el que cayó en el corso de la Avenida de Mayo. Figúrese, mamita, que los patos de las iluminaciones se bajaron de los arcos y se pusieron a nadar en los charcos!...



—¿Te divertiste mucho en el corso?
—Sí; pero el año que viene no me vuelvo a disfrazar de idiota por que por lo visto todo el mundo conoce ese traje; cuando pasaba cerca de alguna persona en seguida decía: ahí va un idiota.

UN COBARDE

por Jean Richepin

Cuando, después de mucho caminar, llegamos al fondo de ese valle lejano, adonde él me condujera, tomóme silenciosamente mis manos entre las suyas y se echó a llorar como una Magdalena.

Los motivos de su tristeza no me eran desconocidos. Hijo natural de una comedianta de la legua y de un israelita muerto en prisión, había sido arrastrado por su madre, durante la infancia, a través de una multitud de teatros de provincias y del Extranjero, hasta que un día fué abandonado por el azar de las peregrinaciones.

Encontrándose una hermosa mañana, solo y desamparado en un rincón sudamericano, de donde su madre había partido sin decirle una palabra, vióse precisado a luchar contra el hambre. Después de mil trabajos, logró, sin embargo, volver a París, tierra de hombres sin profesión y sin esperanza; pero no consiguiendo nunca ganar aquí su pan como él hubiera querido, tuvo que seguir viviendo empujado por el aire de la casualidad, ayudado por uno, alojado por otro, nutrido por el mundo. Por fortuna, para él, esa familia bohemia que vive sobre las tablas y que tiene siempre el corazón en la mano le conocía.

Mal educado, acostumbrado al lujo de contrabando y a una pereza enorme, no sabiendo ningún oficio y habiendo recibido una instrucción endemoniada, sin orden ni formalidad, era incapaz, como dicen las gentes vulgares, de sacar ninguna utilidad de sus diez dedos.

Un año... Varios años pasaron delante de su inercia. El los dejaba correr. Y sólo de tiempo en tiempo le venía un acceso de vergüenza y dignidad. Entonces tomaba resoluciones, decidiéndose a trabajar. Pero toda la buena voluntad se fundía al día siguiente en el diluvio de sus lágrimas inútiles. Como después de todo, era un muchacho encantador, original, raro, y más digno de lástima que de vituperio, yo le había mostrado siempre una amistad piadosa, y había sido siempre el confidente de sus crisis, que comenzaban en ataques y acababan en lloriqueos.

Pero nunca le había visto tan lúgubremente desconsolado como el día que me condujo al fondo de aquel valle.

Yo trataba de calmarlo un poco con algunas buenas palabras; pero mis frases no hicieron en él un efecto parecido al de otros días.

Al fin él se decidió a cortar bruscamente el curso de mis insinuaciones, mirándome de frente y diciendo con tranquila resolución:

—Ya que, según me ha parecido usted tiene por mí algún cariño, ¿sería usted capaz de hacer en mi obsequio una cosa que podría sacarme de penas para siempre?

—¿Qué quiere usted? — le pregunté.

—Es preciso que me ayude usted a morir.

—¡A morir!... ¿Está usted loco?

—Déjeme usted explicar las causas de mi resolución y probarle que no tengo nada de loco. No voy a contarle una vez más la historia singular de mi existencia, cuyos detalles tristes y vergonzosos le son bastante conocidos. Yo tengo la concienciar de vivir en este momento como un hombre sin honra. Durante mi niñez pude sin dificultad, encontrar razones para disculpar mi onercia y para no ponerme colorado ante mi pereza...; ahora comprendo que no soy innoble y que no tengo bastante fuerza de voluntad para dejar de serlo, lo cual es más innoble todavía. Además estoy enamorado de una mujer que nunca podrá corresponder a mi amor, porque, siendo pura y rica, su mano no está al alcance de un bohemio, de un sin fortuna, de un bastardo, de un hijo de la casualidad y del vicio...

Ahora respóndame usted con toda franqueza, como si se respondiese a usted mismo. ¿No es verdad que no tengo ningún motivo para vivir y que tengo, en cambio, una multitud para morir? Confiéselo usted sinceramente: la única ruta por donde puedo salir de este laberinto, se llama suicidio. Un verdadero amigo no debe nunca engañar.

—Es verdad — le respondí, convencido por su acento y por sus pruebas—; efectivamente, la muerte vale más. Yo no sabía todo eso, y...

—¿Entonces usted se decide a prestarme el servicio de que hace un momento le hablé?...

Estas últimas palabras fueron pronunciadas por sus labios con un acento tan alegre, que me produjeron un frío extraño en las espaldas. Yo le había respondido en voz baja, sin pensar en las consecuencias de mi aprobación. Luego me arrepentí, y mi arrepentimiento fué comprendido por su perspicacia.

—¡Ah!—exclamó con tristeza—. ¿Será usted un cobarde como yo?

—¡Cobarde! ¿Por qué?... Le aseguro que no comprendo nada...

—¿Usted no ha visto lo que mi situación reclama de su amistad? Acabo de decirle, sin embargo, que soy cobarde, y esa palabra debe explicarle la especie de favor que necesito... Estoy convencido de que es necesario suicidarme... Pero no me atrevo a hacerlo personalmente; tengo miedo, soy un cobarde, se lo aseguro!...

—¡Y bien! ¡Y bien!—balbuceé, temblando, después de entrever la verdad abominable—. Usted querrá...

—Sí—me respondió con voz vibrante—, sí; quiero que usted me suicide.

Y al mismo tiempo trató de meterme entre las manos un revólver cargado.

El pensamiento de un crimen parecido me horrorizó, y así se lo hice ver.

Entonces él se acercó de nuevo, lloroso y suplicante, diciéndome que todo estaba arreglado: que en el bolsillo de su gabán había una carta en la cual aseguraba haberse suicidado; que yo no debía inquietarme; que yo debía ser piadoso; que durante toda su vida no había tenido más amigo que yo; que si le negaba aquel servicio inmenso, su único camino era el del crimen; que todo lo que pasara sería culpa mía; que su dicha estaba en la muerte; que yo debía darle la limosna del suicidio; que mi acción sería buena...

Su acento era tan profundo, tan conmovedor, tan horrible, que su locura me cautivó... Mi atención iba creciendo a medida de sus palabras, y aunque defendiéndome con una mano cada momento más débil, lo escuchaba, le aprobaba y me persuadía poco a poco de que tenía razón.

Al mismo tiempo él redoblaba sus ruegos al mirar mi debilidad... Su voz tenía caricias desconocidas, súplicas irresistibles, algo, en fin, de femenino y de insinuante.

—¿No es verdad que tú quieres salvarme?—díjome, por último, al oído.

Y poniéndome de nuevo entre las manos el puño de su revólver, acercó la cabeza...

El cañón apuntaba justamente a su boca...

Yo me sentí trastornado. Un grito de niño, un grito breve y agudo salió de sus labios, al mismo tiempo que mi dedo febril apretaba el gatillo y le hacía saltar la tapa de los sesos...

No vale la pena

Quisiera que mis ojos no vieran más que la belleza ni mis oídos recogieran más que las armonías; es decir: tener ojos y oídos sólo para los secretos del espíritu.

Toda la corriente vital diaria me es indiferente. No tener relieves ni ondulaciones. Dar a todos los sucesos igual valor. Se alude al peligro de las voluntades muertas. Pero, ¿en verdad tenemos el deber de vivir para la colectividad? Y, en fin, ¿se lucha por el prójimo o por absorber al prójimo? Yo creo que se lucha por absorber al prójimo. En este caso, las voluntades extinguidas no son un peso muerto; al contrario: son estímulo y aliento. Equivale a esta enseñanza: ya veréis como se puede vivir sin ambiciones. ¡Y qué edificante es poner un poco de calma y de serenidad en las gentes! "No tanta — diréis — que la colectividad se disgregue." ¡Cierto que las gentes todavía necesitan de la colectividad! ¡Qué iba a ser de los pobres seres sin política ni negocios! Pero hay quienes pretenden hacer violencia en las multitudes y sacarles el alma a tirones, despertarles el espíritu a fuerza de gritos. Yo renuncio a luchar. ¿Y si todos renunciaran a la lucha? Si todos renunciaran a la lucha, la obra estaría hecha. ¡Qué grande la Humanidad cuando pudiera exclamar: he ahí todo el espíritu! Y la carne sería santificada y redimida. Invocarían aún la grandeza de la pasión. (¡Pobres pasiones, que son el lenguaje de la infancia!) Se trata de vivir como hombres y no de ensayos y tentativas.

..."¡Feliz aquel que muere en la edad primera!", exclamáis; luego para todos suena la hora del desengaño. No queda más remedio que descansar en el lecho del alma, ni más compañero que el dolor.

Las infidelidades se expían caras. La vida es un templo. O entramos con unción, o las plegarias no llegan al cielo. Y ¿vale la pena entrar para profanarlo? Los que hayan vivido os dirán que no vale la pena.

V. García Martí.



SINTÉTICAS

POLKA FINANCIERA

El gobierno de Polonia, ha resuelto cerrar varios bancos que, por carecer del capital indispensable y del crédito necesario, no sólo estaban perjudicando al comercio, en vez de desarrollar sus actividades, sino que iban minando la confianza del público hacia las instituciones bancarias. Los bancos clausurados hasta ahora, alcanzan a diez y siete, y se espera que, en breve, se producirá el cierre de otros varios establecimientos de dicha índole.

Al leer la noticia que precede, un conocido financista argentino, exclamó de inmediato:

Medida tan radical
Ni la aplaudo ni la ataco;
Más diré, a fuer de leal,
Que no nos vendría mal
Un ministerio polaco.

CONYUGES MODELOS

La "American Aid Society", establecida en París, expresa en uno de sus últimos informes, que durante un solo mes, ciento diez y siete personas, solicitaron auxilios a dicha asociación norteamericana de asistencia social. De las citadas personas, doce fueron mujeres casadas a quienes sus respectivos maridos consideraron completamente supérfluas, puesto, que, sin decirles una sola palabra, las dejaron abandonadas en plena capital francesa. Según afirma la mencionada institución de beneficencia, estos casos suelen ser frecuentísimos.

Con este acto inhumano
Que tú, lector, excomulgas,
Prueba el norteamericano
Que no le ganan de mano
En sacudirse las pulgas.

LA CIENCIA "HUMEDA"

Hace pocos días, se ha realizado en Berlín, una importante encuesta, de carácter científico, acerca de la influencia que las bebidas alcohólicas ejercen sobre la salud de las personas. Una de las muchas eminencias médicas que fueron consultadas al respecto, declaró que un hombre normal, bien equilibrado, que se alimente bien y que haga vida activa, puede emborracharse hasta dos mil veces, en un período de diez o doce años, sin que por ello se comprometa su salud.

Los peligros, pues, consisten
En que el "músico", lector,
Toque un número mayor
De las "merluzas" que existen
Como saldo a su favor.

PREMIOS IRONICOS

En un concurso, recientemente organizado por la diputación provincial de Santander, (España), para premiar a las familias pobres que tuviesen mayor número de hijos, mereció los honores del galardón, un vecino de Cabuerna, llamado Teodomiro Gutiérrez, de cuarenta años de edad, el cual se presentó acompañado de sus dieciseis vástagos.

Teodomiro desdichado,
Sabe esta amarga verdad:
El jurado te ha embromado,
Porque, en tí, sólo ha premiado
Tu enorme barbaridad.

Las cigarras del hambre

Por Héctor Pedro Blomberg

I

—¡Allahú akbar!

Fué un suspiro, un suspiro profundo, fatalista, que asustó a los murciélagos soñolientos en las arcadas del Paseo de Julio.

Mohamed Alí se levantó del umbral donde se había sentado desde las cinco de la tarde, y echó a andar, sin rumbo, como siempre, como había vivido.

A medida que caminaba sintió el deseo irresistible de dirigirse a un café de la calle Reconquista, cerca de "La Vanguardia", un café donde se servía moka y se fumaba marguilés deliciosos, un rincón de Buenos Aires que casi, casi hacía la ilusión de una "hamada" de Argel, sin los tamborileros y sin los fumadores de kif.

—¡Allahú akbar!

Mohamed Alí suspiró otra vez. No tenía el precio de un café ni de una fumada de narguilé en los bolsillos de su traje harapiento.

Siguió andando por el Paseo de Julio.

La vía larga, estrecha y obscura se extendía ante él, bordeada por tenduchos sórdidos, por cafetines y tabernas llenas de musiquillas que nuncan enmudecían.

Veinte idiomas chocaban bajo las arcadas sombrías; ásperas figuras vagaban sin cesar por la vía misteriosa. Hombres de todas las razas se codeaban allí. Los aventureros andrajosos que salieron del vientre de las naves parecían haberse dado cita en esa Corte de los Milagros porteña.

Era una ola turbia de la marea humana que subía sin cesar. Por esa vía angosta y larga pasabá la caravana. Se detenía un instante, en el fulgor de las tabernas, en el misterio de los antros, en las posadas extranjeras, y pasaba.

Día y noche Mohamed Alí deambulaba bajo las arcadas. En las horas de la sombra cuando los rumores disminuían, cuando la ciudad entera se adormecía en el sopor de las grandes fatigas, llegaba hasta las puertas cerradas el inmenso cansancio, la misteriosa inquietud de los buques cercanos.

En las altas horas Mohamed Alí tropezaba con figuras obscuras y vagabundas. La torpe canción de los ebrios despertaba los ecos de las arcadas silenciosas y ponía en fuga a los murciélagos.

Se diría que palpitaran en silencio y en su sombra las pasiones y los sueños de las caravanas que desfilaron por allí durante media centuria. El paso de las legiones harapientas había dejado el Paseo de Julio vibrante de dolor y de misterio. De los antros, de las tabernas, de los tenduchos se desprendía un vaho de drama, una sensación indefinible de tragedia.

La marea humana había dejado allí su resaca. Una resaca inquieta y temerosa, una raza negra y extraña que se agitaba en los albergues desconocidos, en los cafés exóticos, que soñaba al rumor de las orquestas miserables y se adormecía sobre las copas de alcohol, en las mesillas mugrientas, hosca y solitaria, marcada en la frente con el estigma de los parias.

Todos los hombres que encontraba Mohamed Alí, harapientos y rudos, soñaban los viejos sueños de la estirpe, la nostalgia de las tierras lejanas, de los cielos remotos.

Una copla de Sorrento, en alguna noche de lluvia, interrumpía en el fondo de alguna taberna la canción de un fogonero inglés o de un cocinero negro.

Mohamed Alí, muerto de hambre, seguía caminando bajo las arcadas sonoras. Un sajón silencioso y pensativo se detuvo frente a él a contemplar un escaparate iluminado de un tenducho. Más allá un pálido griego miraba la noche, llenas sus nostálgicas pupilas de las visiones de sus valles remotos, que acaso no volvería a ver nunca.

Un egipcio aceitunado, con los labios cárdenos de frío, acurrucado en el umbral de una posada búlgara, murmuraba algunos de esos aires monótonos que se cantan a lo largo del Nilo desde el tiempo de los faraones. A su lado tiritaba un viejo de Betania, compañero de nostalgia y de aventura, un viejo que nació entre las piedras que vieron pasar a Jesús.

De día las voces que oía Mohamed Alí eran roncas, angustiosas, impacientes. La ola desbordaba en la puerta Babel. Aquellos acentos que hablaban todos los idomas de la tierra tenían la misma nota de esperanza y de angustia. Aquellos hombres de veinte razas diferentes sentían el estremecimiento de la misma aventura. Un mismo buque y un misbo sueño unieron los átomos de esa ola.

Su pasado, sus tradiciones, todo fué arrojado al océano. Las estirpes embargadas por un mismo anhelo, sólo soñaban con los amores de Canáan.

A los días inquietos del Paseo de Julio sucedían las noches obscuras y misteriosas. Las voces se hacían quedas. Parecía que hablasen al oído. Pero se oían. Continuaban hablando de ensueños y de aventuras.

Hablaba Babel. Eran las lenguas de las razas viejas y eternas; eran los dialectos de los puertos, de las motañas, de las llanuras, que cantaban en aquel rincón misterioso de Buenos Aires.

Mohamed Alí ve parpadear las luces de los antros. Desde la calle parecía sentirse el resuello de las olas humanas.

Los albergues y las posadas se envolvían en la sombra y el silencio. Los andrajosos viajeros de la noche se iban al alba, cuando el sol llamaba a la puerta de Babel.

Se iban lejos, a los campos que los esperaban, a las ciudades que los aguardaban. Eran los caballeros andantes del esfuerzo, aquellos aventureros rudos, y su sangre era una gota de la sangre de la raza futura.

Se iban para siempre, a abrir los surcos y arrancar las espigas de la tierra grande y desconocida.

La resaca quedaba allí, soñando sus turbios sueños sobre la mesilla mugrienta de las tabernas, en los sucios humbrales de los antros, bajo las arcadas sombrías del paseo.

Mohamed Alí volvió a suspirar y salió de las arcadas. Un energúmeno invitaba a los transeuntes a ver la mujer más gorda del mundo. De los locales angostos y obscuros se escapaba el mismo soplo de dolor de tragedia.

Aquel pueblo diminuto y extraño parecía aplastarse bajo el alma inmensa de la ciudad. Arriba, Bancos, Bolsas, palacios, empresas, levantaban hacia el cielo su canto colosal. Abajo, hormigueaban los errantes. El cansancio de puerto, la tristeza inquietante de los navíos, pesaban sordamente sobre el Paseo de Julio y un jadeo de lujuria se escapaba de los antros.

II

Mohamed Alí, dormido en un banco del Paseo de Julio, soñaba que estaba otra vez en el muelle de la Joliette, mirando llegar las naves bajo el claro cielo de Marsella, oyendo las voces de su tierra argelina, allá, al otro lado del agua azul, donde iban las bandadas de pájaros que venían huyendo de los fríos del norte.

Era tan dulce el sueño, que Mohamed reía. Las gaviotas grises revolaban en espirales cerradas sobre su cabeza, con ásperos graznidos.

Estaba lloviendo, pero Mohamed no sabía. Soñaba con aguas verdes y cielos azules y países que estaban muy lejos; desfallecido de inanición, ya no lo torturaban los calambres del hambre.

Las gotas humedecían sus rostro bronceado, corrían en arroyitos a lo largo de su ropa raída.

Un vigilante pasó a su lado y le miró distraído, pero no lo despertó. Le dió lástima aquel atorrante que dormía tan profundamente...

Mohamed Alí proseguía su sueño. ¡Cómo graznaban las gaviotas en el muelle de la Joliette! Era una sinfonía infernal, la de aquellos chillidos agudos, inquietantes.

De pronto el dormido se incorporó bruscamente. Un graznido más agudo que los demás lo arrancó del fondo de su sueño. Aturdido, miró entorno suyo. La noche era negra, profunda. Se palpó el rostro y vió que estaba mojado; sus ropas chorreaban agua.

Lentamente volvió a la realidad. Sintió frío, hambre, sed. Acurrucado en el banco hospitalario, se puso a temblar.

—¡Allahú akbar! ¡Dios grande..! — murmuró, y de pronto oyó un sonido extraño, próximo. Era una queja humana, un llanto apagado, angustioso, inconsolable.

Mohamed Alí miró en torno suyo. A la luz lívida de los arcos voltáicos vió, tendida en el banco vecino al suyo, la figura de una mujer, desolada y miserable, en la noche, bajo la lluvia, en el frío.

Cautelosamente se acercó. Tambaleándose de debilidad, de hambre, de fatiga. Cuando estuvo a un paso de la mujer, vió que esta estaba llorando. Acurrucada sobre el banco, bajo la garúa persistente y glacial, la desconocida lloraba sin consuelo. Mohamed Alí vió un

El hombre más rico

El rabino Tarfón dió a su amigo Akiba una fuerte suma de dinero, y le dijo:

—Querido amigo, con este oro compra un terreno. En nuestra vejez, cuando no podamos trabajar, esa tierra producirá y será para nosotros el sustento diario.

Akiba tomó el dinero y emprendió un viaje.

Por el camino encontró infelices, enfermos, a los que poco a poco distribuyó el dinero que Tarfón le confiara; y cuando volvió, mucho tiempo después, tenía los bolsillos vacíos.

Tarfón experimentó gran alegría cuando vió llegar a su amigo. Hízole muchas preguntas respecto a la adquisición del terreno.

—¿Has comprado una hermosa propiedad? ¿La tierra es fértil? ¿De gran rendimiento?

—Sí, sí—respondió Akiba. He adquirido una propiedad hermosa... tan hermosa, que no se hallaría semejante en el mundo entero.

—¿Tienes la escritura de compra?—siguió preguntando Tarfón.

—Ciertamente—respondió Akiba. Y una escritura hecha por el propio rey David. He aquí lo que dice la escritura:—"El que dé mucho a los pobres será el hombre más rico"...

Al oír aquellas palabras, Tarfón se arrojó al cuello de su amigo, le abrazó tiernamente y le dijo:

—¡Mi querido maestro !¡Hasta hoy no vislumbré, yo, rabino, cuanto puedes enseñarme todavía!

León Tolstoy.

rostro pálido, demacrado, por el cual corrían todas las lágrimas de las edades.

¡Allahú akbar!

Se inclinó sobre ella y le tocó el hombro. Vestía la mujer un traje verde, empapado por la lluvia. Sus cabellos cortos, rizados artificialmente, destilaban hilillos de agua. A la luz lívida, espectral de los arcos, el vagabundo vió unas medias de seda, unas ligas claras, la punta de un encaje desgarrado.

Mohamed Alí, que había vivido en la miseria desde su niñez y que tenía desde hacía tiempo el corazón acorazado contra todos los dolores, contra todos los infortunios, sintió de pronto una piedad infinita, una misericordia inexplicable, hacia aquella desconocida que gemía en un banco del Paseo de Julio, en una media noche de Agosto.

La desconocida al sentir aquellos dedos que la tocaban suavemente, levantó la cabeza rápidamente, haciendo un inconsciente ademán de defensa.

Vió ante sí un árabe andrajoso, cuyos ojos relucían de hambre y de fiebre, un hermano en la miseria y en el dolor.

Porque allí, en la plazoleta solitaria, en la noche cruel, Mohamed Alí era el pobre de las viejas edades de la tierra, el lobo humano de la estepa social, atormentado por todas las hambres de la vida.

—¡Allahú akbar!

Sí, Dios era grande...

Acercó su rostro trágico al de la desconocida, y acarició sus cabellos humedecidos, con una mano flaca que temblaba de fiebre.

El suspiro nocturno del Paseo de Julio llegaba hasta ellos; el jadeo confuso de los antros, la inmensa crueldad glacial de la ciudad, que parecía aplastar a los parias bajo su torres, sus palacios y sus sueños.

Fué así cómo Mohamed Alí, en una noche de Agosto, conoció a Marieta Brentano.

III

Hansen, tendido largo a largo sobre el húmedo césped de la plaza Colón, estaba absorto en la contemplación de las constelaciones. Le gustaba dormir allí que en las cuevas nauseabundas del Ejército de Salvación, sintiendo el soplo familiar de los navíos próximos, el latir pausado de las máquinas, las voces del puerto, que parecían cantar en su atrofiado corazón de alcoholista un cantar vago y apagado de juventud.

Aquel día no había bebido. No por falta de deseos, porque el alcohol era para Hansen tan necesario como el aire, como la luz, como el alimento para el resto de los hombres. Toda su vida había sido un estupor alcohólico, desde el día lejanísimo en que había salido de su aldea noruega, pisó las tablas de su primer navío y se lanzó por los anchos caminos del mar.

Grumete, marinero, piloto, capitán de balleneras y luego de barcos mercantes, Hansen había bebido y navegado desde las soledades del mar de Wedel hasta los fríos del Skager Rack, desde la costa de Labrador hasta la sombra del Fujiyama, perseguido por la fatalidad.

Todo lo había perdido. Sus barcos habían naufragado en ciscunstancias inexplicables; los "trade boards" de todos los puertos suecos y británicos habían revocado sus patentes, y después de haber sido maestro navegante, Johann Hansen había, vuelto, degradado, a la dura vida de los castillos de proa, al puesto humilde de timonel en veleros de segunda clase. Hasta de allí lo habían arrojado los hombres, a causa de sus accesos homicidas.

Y ahora erraba, andrajoso y taciturno, por los alrededores del Paseo de Julio, siempre muerto de sed...

Estaba mirando los astros y soñando despierto con el paraíso de las aguas. Cantaban en su sueño los oleajes inquietos del Pacífico, las marejadas grises del sur, las leyendas de los cinco océanos. En su obscuro corazón de paria no despertaban las visiones del pasado que estaba muerto, muerto, muerto.

Sólo tenía sed. Una sed que le resecaba las entrañas.

De pronto Hansen sintió un leve rumor a sus espaldas, sin abandonar su actitud inmóvil, escuchó.

Alguien, una sombra errabunda, hablaba en un idioma familiar para el vagabundo de los mares. Era un acento árabe, sonoro y musical, que se dirigía a las estrellas y decía:

—No hay, más divinidad que Dios, y a Dios vuelven todas las cosas. Tú eres el enviado de Dios, ¡oh, Antorcha de la Fe!, ¡oh, Luz de las Tinieblas!, ¡oh, Llave de los Creyentes!, ¡oh, Señor de la Meca y de la Medina la florida...!

Era la plegaria del viernes de los mulsumanes.

¡Cuántas veces la había oído Hansen en las Mezquitas de Túnez, del Cairo, de Alejandría, allá en la lejanía brumosa de su primera juventud, cuando sus ágiles veleros iban al este de Suez, camino de Bombay y de Calcuta, de Shangai y Nagasaki!

La plegaria había callado. Hansen se volvió perezosamente y vió a Mohamed Alí, que estaba vuelto hacia la Meca, postrado a los pies de un plátano, en la soledad y a la sombra de la plaza Colón.

El sordo rugido de Buenos Aires llegaba en apagados murmullos hasta las negras arboledas. La ciudad cercana, vibrante y colosal, ardía como una hoguera gigantesca a sus espaldas.

Entonces Hansen habló. Se olvidó del desprecio secular de los hombres morenos que siempren estan postrados orando a un Dios invisible y despreciativo que nunca los escucha, y solo vió en aquel creyente harapiento y solitario un hermano paria, un hermano lobo.

Y le ofreció una lata de sardinas que le habían dado algunas horas antes en una fonda del barrio del Retiro.

SUGESTION



—¡Jesús me valga!... ¡Esto es un rapto!... ¡Qué disgusto se van a llevar mis papás!

Así fué como Mohamed Alí conoció a Johann Hansen, entre los plátanos de la plaza Colón.

IV

Los dos estaban absortos en el tumulto mal oliente del bar-concierto. Hansen, que había obtenido algunas monedas, estaba profundamente ebrio. Los retratos de Garibaldi, Nelson y Lafayette, óleos de tamaño natural, ennegrecidos por el humo de los cigarros que habían fumado dos generaciones, y que adornaban los muros del figón, parecían salirse de sus obscuros marcos y bailar una zarabanda infernal ante sus ojos inyectados en sangre.

Mohamed Alí que, como buen mulsumán, no bebía alcohol, permanecía absorto. Una cantante española, de cabellos cortos, vestida con un traje azul de antigua fecha, cubiertos el rostro y el descote por manchas sospechosas, bailaba frenéticamente un garrotín en un tablado cuadrangular que parecía un "ring".

Un inglés ciego, escuálido, aporreaba el piano sin cesar.

Se sucedían las canciones. En la pizarra lucían los nombres de las "artistas": La Vidalita, La Cubanita, La Estrellita.

Eran las cigarras del hambre, que hacían vibrar las tabernas del Paseo de Julio bajo sus taconeos desesperados. Arriba, los edificios parecían fruncir el ceño. Abajo, en la puerta de Babel, circulaban las carabanas negras, los harapientos taciturnos, salidos de quién sabe dónde.

Hormigueaban bajo las arcadas pobladas de murciélagos. Se diría que la ciudad gigantesca, en un acceso de asco y de cansancio vomitaba hacia el gran río gris la obscura carabana de sus parias.

"Marieta Brentano".

Hansen pidió más whisky. Garibaldi se había vuelto a su marco en el muro ennegrecido; Lafayette y Nelson parecían mirarse con silencioso respeto.

El inglés ciego, inclinado sobre el teclado, arrancó las notas viejas y sollozantes de "Santa Lucía", la dulce copla de Sorrento, cara al corazón de los errantes.

Después siguieron otras. Eran las canciones que unen el corazón de los vagabundos en todos los puertos de la tierra; las canciones que se escuchaban en las tabernas de Génova y de Londres, de Honolulu y de Trinidad.

Marieta Brentano, con los ojos brillantes de la belladona, sonrosado el rostro por el khol, hacía resonar las arcadas del Paseo de Julio con su voz que parecía una campana de plata. Un soplo de lujuria contenida se sofocaba en torno suyo. Arabes, genoveses, negros, noteamericanos, españoles se apiñaban alrededor de las mesas, y el alcohol turbio corría en cascadas ponzoñosas.

Todos la deseaban, allí, en aquel figón caldeado por las pasiones primitivas de los ex hombres. Una ola de fuego parecía envolverla. Se diría que por momentos se percibía el olor inconfundible y acre de la sangre.

Pero Marieta Brentano sólo sonreía a Mohamed Alí.

Ella no se olvidaba de aquella noche en que el mahometano se había acercado a su miseria, había acariciado sus carnes maltratadas por un amante fugaz, había besado sus cabellos humedecidos por la lluvia.

Marieta Brentano amaba a Mohamed Alí, después de aquella noche de agosto en que la había encontrado sollozando en un banco del Paseo de Julio.

Había vuelto al bar-concierto. Tenía alguno que otro amante, gentes curiosas y bien vestidas que descendían desde las alturas de la gran ciudad a los antros de Babel, y se la llevaban por una noche.

Pero Mohamed Alí no era celoso, sabía que el corazón de María Brentano era suyo. Aquellos amantes de una noche no inspiraban sentimientos de repulsión ni de odio en su frío corazón de mahometano.

—¡Allahú akbar!

Dios era grande...

Marieta estaba cantando la última canción de la noche. Era un aire de los puertos, doliente y familiar; un cantar de cosas lejanas y perdidas, como esas que cantan los hombres de los muelles en todos los rincones del planeta; una canción de esas que resuenan todos los días en las profundidades del Paseo de Julio, y que las gentes de allá arriba, las gentes de la Avenida Mayo y de la calle Flori-

da, ni han oído nunca, ni las comprenderán si las oyeran en las penumbra de los antros.

Hansen la escuchaba, absorto. Su vaso se había volcado, y un arroyuelo de whisky chorreaba de las mesillas hasta las baldosas del piso, como un raudal de lágrimas amarillentas y venenosas.

Mohamed Alí lo interpeló, mientras Marieta descendía del "ring" y el pianista ciego se enjugaba la frente lívida y sudorosa. Pero el ex marino sacudió la cabeza. Su mirada sangrienta se despejaba poco a poco.

V

Se habían cerrado los bar-conciertos, y las cigarras del hambre habían desaparecido con sus parejas en las posadas misteriosas, en las sombras de las calles.

Hansen, solitario y sombrío, vagaba bajo las arcadas, en las penumbras eternas del Paseo de Julio. Desde hacía muchos años no había sentido lo que sentía aquella noche.

La primavera se acercaba. Las arboledas tenían aromas penetrantes, casi tropicales. El canto del río, en la marea nocturna, venía a morir al pie de los pilares, en los cimientos de los palacios.

Hansen se apoyó en unos de los pilares y, con su ademán habitual, levantó los ojos hacia las constelaciones.

La Cruz del Sur, luminosa y lejana, escintilaba sobre el profundo sueño de Buenos Aires.

Hansen veía revivir visiones distantes y desvanecidas en las cuatro pupilas que temblaban en las profundidades diáfanas del cielo del Sur. El amaba a Marieta Bretano.

La amaba como había amado a otra Marieta bajo otro cielo azul. ¿Dónde era? Ah... Era en Brest cuando aun era joven y mandaba barcos. La había amado como un loco, como aman los hombres rubios del norte, que no creen en dioses invisibles e indiferentes, pero que matan por amor.

Ella lo había dejado, y un día, muchos años después, la había hallado en el lúgubre barrio del Sombrero Rojo, en Marsella, le había cortado el cuello en su propio camastro, huyendo después enloquecido.

Pero hacía tanto tiempo...

Ahora maba a Marieta Brentano, la cigarra del café concierto. Y ella amaba a aquel mulsumán miserable, que cuando se moría de hambre y de sed sólo sabía alzar una plegaria gemebunda a un Dios lejano cuya sombra hacía temblar de fe a los creyentes en las mezquitas remotas.

Una melopea asiática, vieja y triste como el tiempo, flotó bajo las arcadas. Era un hombre de turbante mugriento, que desfallecía de hambre en el umbral de un Banco.

Hansen resolvió solemnemente dar muerte a Mohamed Alí.

Se sentía incapaz de matar fríamente a aquel hombre moreno y fatalista con el cual compartido el pan y la sal.

Pero una noche, cuando hubiera bebido bastante, cuando viera todo rojo, como le solía suceder algunas veces, le saltaría al cuello, mientras Mohamed Alí estuviera rezando sus estúpidas oraciones, y le estrangularía entre los plátanos.

Y Marieta Brentano sería para él.

El carillón de la Torre de los Ingleses dobló sus notas de plata en la lejanía. Un murciélago rozó con sus alas viscosas el rostro del ex hombre.

La melopea gemebunda del hombre del turbante se apagaba bajo las arcadas llenas de sombra.

Era un cantar de los archipiélagos, que el antiguo marino había oído muchas veces en las radas de Oceanía; un cantar de tres notas, desolado y familiar:

El amor llega para el último de los hombres...
Ywaaaa... Ywaaaa...

Hansen alzó los ojos y se quedó absorto, contemplando las pupilas luminosas de la Cruz del Sur.

Los únicos que habían llegado al bar-concierto eran el pianista ciego y una mulata martiniqueña, que le servía de madre, de hija, de mujer y de lazarillo,, y algunas veces cuando el ciego se embriagaba, de hasta "punching ball".

Mohamed Alí había adoptado la costumbre de instalarse en el café concierto a mediodía. Las cantantes, la Vidalita, la Cubanita, la Estrellita, comenzaban a llegar a las dos de la tarde, pues la "matinée" daba principio una hora después.

Llegaban ojerosas y descoloridas, con las orgías de la noche escritas en los rostros lívidos. Pero solían presentarse con zapatos de raso flamantes, con medias de seda transparentes, con joyas de oropel.

Eran las cigarras del hambre que volvían a cantar, después de los silencios siniestros, inquietantes, del Paseo de Julio. Las había de todas las razas: andaluzas de Cádiz y de Málaga, francesas de Marsella y del Havre, italianas de Génova y de Nápoles, griegas de Salónica, inglesas de Liverpool y de Swansea, norteamericanas de Charleston y San Francisco.

Eran gaviotas de todos los puertos, horribles algunas, pasables otras, bellas las menos.

Y sobre todas ellas, con su acento de plata, sus enormes ojos verdes, su cuerpo menudo y vibrante, Marieta Brentano.

Antes de que diera principio el "concierto", mientras el ciego afinaba el lamentable piano y la mulata martiniqueña empezaba a consumir sus interminables "cremes de menthe", Marieta solía contar a Mohamed Alí fragmentos de su vida.

Mohamed la escuchaba con indiferencia.

Su rostro frío y fatalista sólo se animaba cuando Marieta evocaba puertos y tierras familiares, donde él también había vivido, mares verdes, cielos azules, muelles abigarrados.

Marieta había nacido en un muelle.

Todo el fuego de la sangre siciliana de su madre triunfaba sobre la sangre de aquel padre desconocido que le dió la vida entre dos borracheras, en una posada de Marsella, hace veinte años.

Marieta había estado en Argel, el país de Mohamed Alí.

Había aprendido los romances árabes de las "hamadas", al son de los gumbríes; recordaba algunos de los cantos melancólicos que acostumbraban a cantar los legionarios argelinos entre las humaredas del kif.

Cuando tenía diez y seis años, un oficial mercante la llevó consigo de un purto de España a Cuba, donde la abandonó. De la Habana, Marieta había ido a los cabarets de Pernambuco y Río de Janeiro.

Ahora cantaba en el paseo de Julio.

Arrojando el cigarrillo que acababa de encender, abandonaba la mesa de Mohamed Alí y se dirigía al tablado, obedeciendo a una nota imperiosa del piano.

Apenas comenzaba su número, veía los ojos claros de Hansen que siempre llegaba en ese momento, y que seguía esperando la ocasión de estrangular a Mohamed.

Los dos hombres habían cambiado.

Sus ropas harapientas habían sido reemplazadas por otras más presentables. Sólo Marieta podía decir de dónde procedían las ropas nuevas de Mohamed; sólo Alá sabía de dónde provenían las de Johann Hansen.

Sul mare lucicca
L'astro d'argento...

Después seguía "O sole mío", el "Adiós a Hungría", "Tipperary", fados Portugal... Las canciones sin patria, que andan por el mundo, habriendo las puertas invisibles del recuerdo en el corazón de los errantes.

Arriba, en la ciudad colosal, sonaban las grandes voces, el estrépito de la existencia; cantaba la pesadumbre y la gloria del a vida.

Abajo, en la puerta de Babel, las vidas sumergidas despertaban al soliloquio taciturno de sus jornadas, al monólogo de su dolor. Los Shylocks del Paseo de Julio vendían y compraban sus harapos sospechosos. Los teatrillos chinescos reanudaban el gemido de sus organillos. Los buhoneros vendían sus cintas, botones y estampas pornográficas. La "Mujer más gorda del mundo" exhibían orgullosamente sus pantorrillas monstruosas. Las pitonisas enmascaradas revelaban a los transeuntes el secreto del porvenir...

Las cigarras del hambre cantaban en los bars. Marieta Brentano, la musa del Paseo de Julio, hacía vibrar las canciones del mundo bajo la mirada fija de los héroes, de Garibaldi, Nelson y Lafayette, que ya comenzaban a salirse de sus marcos ennegrecidos y a bailar sus zarabandas infernales ante las pupilas enrojecidas de Hansen, que a las cuatro de la tarde ya estaba saturado de alcohol.

VI

"La plegaria y la paz sea contigo, oh Mahoma, Profeta de Alá, Tú, la mejor de las criaturas, en esta vida y en la otra. La plegaria y la paz sean contigo, Antorcha de las tinieblas, Llave de los Creyentes, Amo de la Meca y de Medina la florida, Señor de los Mulsumanes y de las Mulsumanas, ahora y por siempre jamás!".

Era un viernes. Mohamed Alí, prosternado en el balconcillo de la posada, elevaba la oración habitual al Dios de sus mayores.

Su alma estaba tranquila, su corazón estaba sereno.

Con paso lento salió del hotel del Globo, que tal era el pomposo título del albergue, y se hundió en el Paseo de Julio.

Las escenas abigarradas y familiares, las musiquillas, los olores sospechosos, las voces, el tumulto habitual, nada nuevo le decían bajo las arcadas.

La estrella de la tarde

Veneno era del alma, carne pálida y triste,
desde el fondo del pozo contemplaba las nubes,
viajeras silenciosas del azul, tú las viste
refrescarte las alas cuando en tu sueño subes.

Espíritu, el silencio propaga tu armonía,
frágil arquitectura, tu exaltación te asombra,
cruza como una nube la fresca melodía
del azul, donde marcas tu puntito de sombra.

En tu propio holocausto serenamente arde,
y a pesar de la vida, sufre... goza... divaga...
y admira entre la bruma la estrella de la tarde
que concentra en su alma toda luz que se apaga.

Fernán Félix de Amador.

La cigarra y la hormiga

Durante los rigores del invierno, cuando los granos suelen humedecerse, sacaba una hormiga sus mieses reservadas al sol: una cigarra hambrienta le pidió limosna; pero la hormiga, negándosela, le dijo:

¿Por qué en el verano no haces acopio como yo?

—No creas que estaba ociosa — le rupuso la cigarra: pero como era verano, tenía que cantar.

—Pues, hija, la que en verano canta, que baile en el invierno.

Marchaba con lentitud. Subió la empinada cuesta de la calle Sarmiento y se internó en la calle 25 de Mayo. Las banderas de las agencias de navegación ondulaban, multicolores y jubilosas, en la calle angosta y febril. Parecían llamar al transeunte con la voz de las tierras lejanas; parecían decir al corazón del nómade la promesa de los horizontes, de los cielos azules, de las aguas verdes y espumosas.

Los cambalaches ostentaban en sus escaparates y en sus puertas sus harapos, balanceándose como ahorcados; sus joyas empañadas, sus monturas nauseabundas, sus telescopios rotos, sus acordeones abollados.

Mohamed Alí pasó de largo frente a los obscuros bancos de la miseria y subió por la calle Lavalle.

Diez minutos más tarde entraba al café árabe. La "hamada" de la calle Reconquista estaba sumida en una espesa penumbra. Un mozo iba y venía en mangas de camisa, y un enorme gato rojizo se desperezaba bajo una mesa.

—$Allahú akbar!

Sólo se oía el gorgotear del narguilé y el ronroneo del felino en el silencio turbio del bar.

Marieta Brentano se había ido de la vida de Mohamed Alí. Se había cansado de él y lo había despedido de una vez por todas.

El nómade fumaba filosóficamente.

Marieta frecuentaba cada vez menos el bar-concierto. Sus ropas mejoraban visiblemente. A las protestas del propietario del figón, contestaba pagando las multas con billetes flamantes, que sacaba de una bolsa de malla de plata, en medio de las miradas, curiosas y emponzoñadas de envidia, de sus compañeras.

El que se enfurecía silenciosamente era Hansen. En su corazón, dormido durante largos años de alcohol, despertaban las pasiones primitivas. Marieta le había vuelto la espalda cada vez que quiso hablarle. Aquel titán rubio, bajo cuyas claras pupilas bullían silenciosas tormentas, le inspiraba verdadero terror. Y le huía, entre las mesas del café, entre las caravanas harapientas del Paseo.

El narguilé de Mohamed gorgoteaba como un gato que se estuviera ahogando, y la penumbra se hacía cada vez más espesa en la "hamada" solitaria.

Dos sombras se perfilaron en la puerta, y entrando en el café se dirigieron a un rincón.

Eran dos mujeres.

Mohamed las miró sin curiosidad. Pasaron a pocos pasos de su mesa y sintió un vaho de perfume ordinario, el olor inequívoco de las cigarras del hambre...

Acudió el mozo, poniéndose la mugrienta chaqueta, y encendió una luz. A su resplandor, Mohamed vió que una de las recién llegadas era Marieta, más elegante que nunca.

—¡Qué diferencia había entre aquella Marieta de ahora, y aquella desventurada empapada por la lluvia que encontró sollozando una medianoche de invierno en un banco del Paseo de Julio!

Estaba con una mujer de cierta edad, de cabellos enrojecidos artificialmente, de rostro marchito y gastado, ataviada con un traje casi vergonzante, que trataba de asumir, aun en su ancianidad evidente, rastros de elegancia.

Hablaban animadamente ambas mujeres, mientras el gato rojo se restregaba perezosamente contra sus piernas, y el mozo servía dos vermouths.

Un cuarto de hora después, Mohamed Alí salía de la "hamada", sin que Marieta ni su compañera hubieran reparado en él.

Las dejó allí conversando con animación y sorbiendo el vermouth a traguitos.

El encuentro no le preocupó mayormente. Aquello no le interesaba, no le importaba. Jamás volvería a subir a la pieza de Marieta, en el turbio hotelillo de la calle Viamonte, por la lúgubre escalera de caracol, ni volvería a tocar los cabellos cortos, sedeños, de la cigarra del hambre.

Mientras caminaba sin prisa, descendiendo nuevamente hacia el valle negro del Paseo de Julio, en medio del rumor confuso de las tiendas árabes y los cambalaches que se cerraban, sólo sintió un deseo vago: fumar una pipa de kif.

VII

Hansen, cada día más andrajoso, deambulaba bajo las arcadas en busca de Marieta, que hacía tres días no aparecía por el bar-concierto Garibaldi.

Arrastraba su cuerpo de gigante por todos los cafés, escudriñando el rostro de las cigarras en el resplandor amarillento de las luces, aturdiéndose con libaciones frecuentes.

Pero su busca era estéril.

Los ojos del antiguo marino se enrojecían de ira y de whisky. Pero la encontraría...

En la puerta de un sótano lleno de músicas y de figuras confusas se encontró de manos a boca con Mohamed Alí y lo agarró del cuello con sus manazas de cíclope.

Mohamed Alí se dobló como un muñeco y un grupo de transeuntes se arremolinó en torno de ambos.

Los separaron son algún trabajo y los obligaron a seguir cada uno por su lado, antes de que el asunto se complicara. Pugilatos repentinos, silenciosos, como aquel, era cosa corriente en la puerta de Babel, y todos, transeuntes y dueños de tiendecillas, estaban habituados a tales escenas.

Frotándose el cuello dolorido, Mohamed prosiguió su marcha, apareciendo y desapareciendo entre los gruesos pilares. Comprendió el motivo del ataque brutal, y él, a su vez, sintió un desprecio profundo por los hombres rubios que no creen en nada, que beben alcohol hasta morirse, y que matan por una mujer.

Sabía que Hansen andaba enloquecido en pos de Marieta. Por un instante tuvo el impulso de volver sobre sus pasos, de llamar al gigante y decirle que Marieta estaba en el bar árabe de la calle Reconquista.

Se encogió de hombros.

Que la hallara, si Alá lo había dispuesto así.

Las ropas de Mohamed Alí, nuevas un tiempo fugaz, también se iban haciendo harapientas, como las de su antiguo compañero. Ambos, el árabe taciturno y el noruego desesperado, iban cayendo en las aguas negras e inmóviles.

VIII

El ruido del viento del Sur, entre los pilares del Paseo, le hacían pensar en el rumor de las brisas del Sudán agitando las arenas resecas de las dunas, allá en el país natal, lejanísimo, casi fabuloso.

Habían transcurrido días, tres, cuatro, desde que viera a Marieta en la "hamada" y el noruego lo acogotara en la entrada del sótano.

Desde entonces nada sabía de él ni de ella. Las bajas corrientes de la miseria se los habrían llevado a la deriva, a otros lugares. Marieta estaría con otros amantes, en otro bar.

Hansen acaso se habría muerto, o lo hubieran llevado a la cárcel.

A Mohamed poco le importaba de aquellas vidas. Sólo pensaba en fumar un poco de kif, en algún bar oculto, donde se servía el café más espeso que el barro del puerto en los días de lluvia. Pero en Buenos Aires nadie fumaba kif.

Una o dos veces entró a los barconciertos de las arcadas.

Siempre las mismas cigarras, taconeando en los pequeños tablados; siempre las mismas gentes, rudas y extrañas; siempre las mismas penumbras en el Paseo de Julio; siempre los mismos héroes taciturnos, ennegrecidos por el humo, presidiendo las obscuras veladas del bar Garibaldi.

Vagamente, sin curiosidad, solía pensar en la pasión del noruego, en su encuentro de aquella noche que parecía tan distante, en sus pasajeros amores.

Se hundía entre los plátanos de la plaza Colón, escuchando los rumores misteriosos.

La Cruz del Sur, solitario y magnífica, lucía sobre el inmenso hormiguero humano de Buenos Aires como un signo de eternidad. Sus cuatro pupilas, en el claro cielo de verano, contemplaban el sueño de los palacios y de las avenidas, el insomnio de los grandes navíos, el ir y venir en las sombras de los hambrientos en pos de un mendrugo, de los parias en busca de un rincón donde dormirse.

Saltó sobre los cuerpos confusos de los dormidos, entre las arboledas, y cuando llegó a un lugar apropiado y solitario, se prosternó pladosamente, vuelto hacia el este, y murmuró la plegaria de la medianoche, la quinta oración de los creyentes.

—"A Dios vuelven todas las cosas, y no hay más divinidad que Dios, y Mahoma es el enviado de Dios..."

El jadeo profundo de un hombre interrumpió su rezo. Una mano de

HABLANDO CON PROPIEDAD



—Parece que los chinos andan a la greña.
—¡A la coleta, señor, a la coleta!

El origen de la desigualdad

El hombre que por primera vez puso un cerco alrededor de un pedazo de terreno y se dijo a sí mismo: —"Esto es mío", y encontró que los demás fueron lo suficientemente cándidos para creerle, fué el verdadero fundador de la sociedad civil.

Cuántos crímenes, guerras, y asesinatos, cuántos horrores y desgracias se habrían evitado a la humanidad, si alguno hubiera arrancado las estacas, vuelto a rellenar el foso y hubiera gritado a sus compañeros:

—No vayáis a dar crédito a este impostor; estáis perdidos si llegáis a olvidar que los frutos de la tierra nos pertenecen a todos y la tierra misma a ninguno.

Juan Jacobo Rousseau.

cíclope se apoyó en su hombro, haciéndole caer cuanto largo era sobre el césped.

Era Hansen.

A la luna lívida de un arco voltaico, el semblante del noruego, causaba espanto.

Mohamed, que no tenía miedo de la muerte, porque el alma de los buenos creyentes vuelve a Dios, sintió un estremecimiento de terror.

Pero el que temblaba era Hansen.

El espanto del titán era terrible. Sus dientes castañeteaban, y la mano que había arrojado a Mohamed sobre el césped se agitaba violentamente.

Mohamed se incorporó.

Sin pronunciar una palabra, echó a andar a través de los árboles. Allá detrás de los plátanos de la plaza Colón, el Paseo de Julio, luminoso y familiar, aparecía como una feria de pesadilla.

En breves minutos estuvieron bajo las arcadas. Las musiquillas interminables cantaban en la noche turbia y febril. Los vagabundos taciturnos se deslizaban por la vía angosta y sonora, despertando a los murciélagos.

—¡Allí! ¡Allí!

Entraron al bar-concierto. Las cigarras del hambre estaban en las mesas. Una mujer ya entrada en años, pintarrajeada y trágica, cantaba en el "ring" una de las canciones sin patria, un viejo fado de Portugal, de esos que se escuchan en las tabernas de Swansea y de Trinidad, de Marsella y Montevideo, de Vigo y Nueva York.

—¡Es ella! ¡Es ella!

Hansen señalaba, con dedos temblorosos, a la mujer que cantaba el fado. El inglés ciego, lívido y sudoroso, aporreaba el piano denodadamente, y la mulata martiniqueña bebía "creme de menthe" con un negro, en un rincón.

Mohamed Alí contempló a la mujer, que era la misma que una tarde, pocos días antes, había visto entrar a la "hamada" de la calle Reconquista con Marieta.

En los ojos extraños de aquella mujer, ardían todas las pasiones de la humanidad. Por sus mejillas pintadas parecían haber corrido todas las lágrimas de las edades. Era la musa de todos los puertos, la gaviota de todos los muelles. Una boa, no obstante el calor de la noche de diciembre, ceñía su cuello. Sus labios, sangrientos de khol, modelaban el fado viejo y dulcísimo de los montes lusitanos.

Maruxinha, gentil maruxinha,
O moendo, moendo, moendo...

La cigarra enmudeció de pronto, y el ciego, advirtiendo de que algo extraño sucedía, se detuvo y se volvió, como si sus muertas pupilas trataran de ver...

La mujer había visto a Hansen. Y Hansen la volvió a ver, como antes, en el café-concierto de Brest, cuando era joven y bella, y se amaban...

La volvió a ver en el camastro de la rue de Notre Dame, en Marsella, con el cuello abierto de una cuchillada, bañada en un mar de sangre.

Era la misma. La Marieta que el antiguo marino había amado en un puerto remoto, hacía interminables años. La que lo engañó, y a la cual creyó haber asesinado después, mucho después, en el lúgubre barrio del Sombrero Rojo.

Los héroes, indiferentes, permanecían firmes en sus marcos ennegrecidos. El alcohol seguía corriendo por las mesillas, como cascadas de lágrimas amarillentas y venenosas.

Entonces sucedió algo horrible.

Hansen, con los ojos fuera de las órbitas, llevándose por delante, hombres, mujeres, mesas sillas y botellas, se dirigió ciegamente hacia la trágica cigarra.

Le arrancó la sucia boa, y una cicatriz enorme, lívida, apareció. Era la otra Marienta de Brest, la degollada de Marsella, la maldita.

Todos los años de su vida inútil, todo el dolor dormido de su infortunio, surgieron en el cerebro del ex hombre, al mirar aquel despojo humano, a aquella mujer que había sido bella, y que lo había arrojado por el mundo, loco de ira y de sed.

El chillido de una mujer lo atrajo a la realidad.

Nadie se atrevía a acercarse a aquel gigante rubio que contemplaba a su víctima con ojos que ardían.

Las manos de cíclope se alzaron lentamente. La mujer lanzó un grito. Pero las manos que un día habían acariciado sus cabellos, las mismas manos que un día habían querido degollarla, ceñían ahora su cuello, sentían la cicatriz lívida, apretaban... apretaban cada vez más...

Ella, con la visión de la muerte en sus ojos pintarrajeados, en el resplandor de pesadilla de las luces del bar, en presencia de las cigarras mudas de espanto, acaso vió de nuevo, a través de la bruma de los años, a un joven marino de rubios cabellos, de ojos azules, que le hablaba de amor en una ciudad lejana...

Sonó un disparo. Hansen, sin lanzar un gemido, cayó de bruces sobre la cigarra muerta. Un camarero del bar le había hecho fuego a dos pasos de distancia, en medio de la espalda.

X

Mohamed Alí marchaba solo, en medio de las voces familiares del Paseo de Julio, siempre igual, siempre inquieto y siniestro. El amor y la muerte, la venganza y el dolor habían derramado otra gota de sangre bajo sus arcadas. Otros espectros se sumaban a sus visiones. Los muertos, sangrientos y horribles, se había ido; los vivos continuaban monologando con sus almas, las almas sombrías del Paseo de Julio.

Era un viernes y cerca de la medianoche.

Se acercaba la hora de la quinta plegaria. Pero aquella noche Mohamed Alí no tenía deseos de rezar. Le daban asco los hombres, y también las mujeres.

—¡Allahú Akbar!

No. Dios no era grande, puesto que permitía que los hombres se murieran de hambre y de amor, bajo las estrellas magníficas, en el corazón de las ciudades inmensas; que fueran desgraciados y que arrastraran su dolor hasta la muerte.

Al salir de las arcadas, vió una mujer que subía a un automóvil. Era Marieta Brentano, que se iba para siempre del Paseo de Julio.

Era la cigarra del hambre, transformada en mariposa de lujuria; la gaviota de los muelles, convertida en golondrina de amor, que se lanzaba en busca de los veranos, mientras allí, en los antros, las hermanas cigarras proseguían la obscura miseria de sus días, mientras el Paseo de Julio reanudaba su negra canción interminable.

Arriba, la ciudad inmensa, deslumbrante de oro y de luz, alzaba la voz de sus noches inquietas, bajo las pupilas temblorosas de la Cruz del Sur.

Abajo, seguían deslizándose las caravanas de los parias, aplastados bajo la grandeza de Buenos Aires, oprimidos por la pesadumbre y la gloria de la existencia.

Mohamed Alí, siguió andando.

Una canción de tres notas, vaga y melancólica, triste como la vida, vibró bajo las arcadas del Paseo de Julio, asustando a los murciélagos en la clara noche de verano:

El amor llega para el último de los hombres...

Mohamed Alí suspiró por vez postrera...

—¡Allahú Akbar!

NUEVOS POEMAS DE "LAS NAVES AZULES"

AÑORANZA

Yo tuve una novia más casta, más pura,
que el éxtasis santo de un místico ensueño.
Me amaba con esa sublime ternura
de hermana que adora su hermano pequeño.

Vivían encanto sus ojos azules,
el divino encanto del amor primero;
y eran sus cabellos como las garzules
espigas que doran los campos de enero.

Mucho nos amamos... Aquel fué el idilio
romántico y triste de dos corazones
que uno sólo fueran en el breve exilio
de sus desventuras y sus desazones.

Más, corta es la gloria... La sombra maldita
que envuelve mi paso, surgió en el camino...
La sombra funesta que todo me quita,
que artera ensombrece mi vago destino!

Y fué en una tarde grisácea, rimando
la plúmbea llovizna su cántico eterno...
—Me llevan muy lejos...—me dijo llorando—
Sentí que en el alma nevaba el invierno...

Después me dijeron de un buque perdido,
me hablaron de escenas de llanto, de muertos..
Yo nada comprendo... Contrito, vencido,
sus cartas aguardo, vagando en los puertos...

Las cartas no llegan y pasan los años...
Que ha muerto, no creo; si vive, lo ignoro...
En el cofre yermo de los desengaños
me resta un recuerdo que enjuga mi lloro.

Me resta un recuerdo que calma mi pena,
que aduerme mi espíritu en blando beleño:
"...yo tuve una novia, más casta, más buena,
que el éxtasis santo de un místico ensueño...'

Eduardo María de Ocampo.

En Norte América trabajan seis millones de mujeres

El número de mujeres que como obreras o empleadas trabajan en los Estados Unidos es de seis millones, de las cuales son norteamericanas apenas el cincuenta por ciento. La otra mitad la componen las hijas de emigrantes y las extranjeras.

Las negras suministran las obreras agrícolas. Pocas, muy contadas de estas mujeres se ven en el comercio, en la industria o en las oficinas.

Las dactilógrafas alcanzan las cifras de 200.000, las modistas son unas 100.000 y 50.000 mujeres se dedican a dar lecciones de música.

Las modistas son, en su inmensa mayoría, francesas, porque en ellas se da en mayor grado la nativa elegancia y el buen gusto que la moda exige. En cambio, desde hace más de veinte años, son las mujeres alemanas las que predominan en las oficinas y despachos burocráticos.

CARAMELO

Por Francois de Nion

Augusto Larcher se sentó y desplegó la servilleta con aire abatido. Los comensales de la mesa redonda donde comía diariamente le interpelaron:

—Y qué, ¿lo ha encontrado usted?

Porque la víspera había perdido su perro, un lindo fox completamente blanco, con una mancha canela en las orejas, y al que quería con pasión de solterón egoísta. Larcher, meneando la cabezó murmuró:

—No, no... Está visto: me lo han robado. ¡Era tan bonito!

Sus compañeros de pensión se condolieron y la señora Neigeux, la patrona, una señora flaca que se enternecía con mucha frecuencia, hizo el elogio de las cualidades de Caramelo (que éste era el nombre del fox) y de su inteligencia.

La señorita Maillefer, empleada de Correos, mientras mondaba la pera de su postre, dijo para concluir:

—¿Por qué no pone usted un anuncio en los periódicos?

—Ya lo he hecho — respondió Larcher, y sacando del bolsillo un número de "Le Petit Journal" señaló las líneas triviales que había escrito con tanta emoción: "Se ha extraviado un perro fox, etc. Se suplica la devolución, y se gratificará, etc. etc."

Un poco de esperanza alentó en aquellas buenas gentes, porque la comida había terminado, y el café, humeando en las tazas, predisponía al optimismo.

*

Larcher era profesor de cuarto año de bachillerato en un establecimiento dirigido por sacerdotes; poseía una modesta fortuna y reunía una renta regular. Como había cumplido ya los treinta años, deseaba casarse; pero un poco de indolencia le había impedido hasta entonces, realizar su proyecto. Cuando le hablaban de fundar una familia no se atrevía a decirlo, pero pensaba que todo lo que él era capaz de dar como afecto, lo había puesto ya en "Caramelo." Y he aquí que aquel pequeño compañero fiel y alegre desaparecía de su vida y lo dejaba triste y solitario. Acusó al Destino mientras recorría las calles que conducían al colegio, conmovido a veces al ver un perro que corría para alcanzarlo y que se detenía luego al reconocer su error con un suspiro de congoja. Aquel día, quizá por vez primera, sus discípulos le vieron distraído y sombrío.

Aquella noche la aguardaba una gran sorpresa al llegar a la pensión de la señora Neigeux. En la mesa encontró una carta a él dirigida, que leyó en alta voz:

"Caballero—decía—: He encontrado un perro vagabundo cuyas señas son muy parecidas a las que he leído en el "Petit Journal" de ayer. Tómese la molestia de pasar por esta su casa. Veronés 137, y si el perro le pertenece tendré mucho gusto en devolvérselo, aunque ya le haya tomado mucho cariño. "Viuda de Moulins."

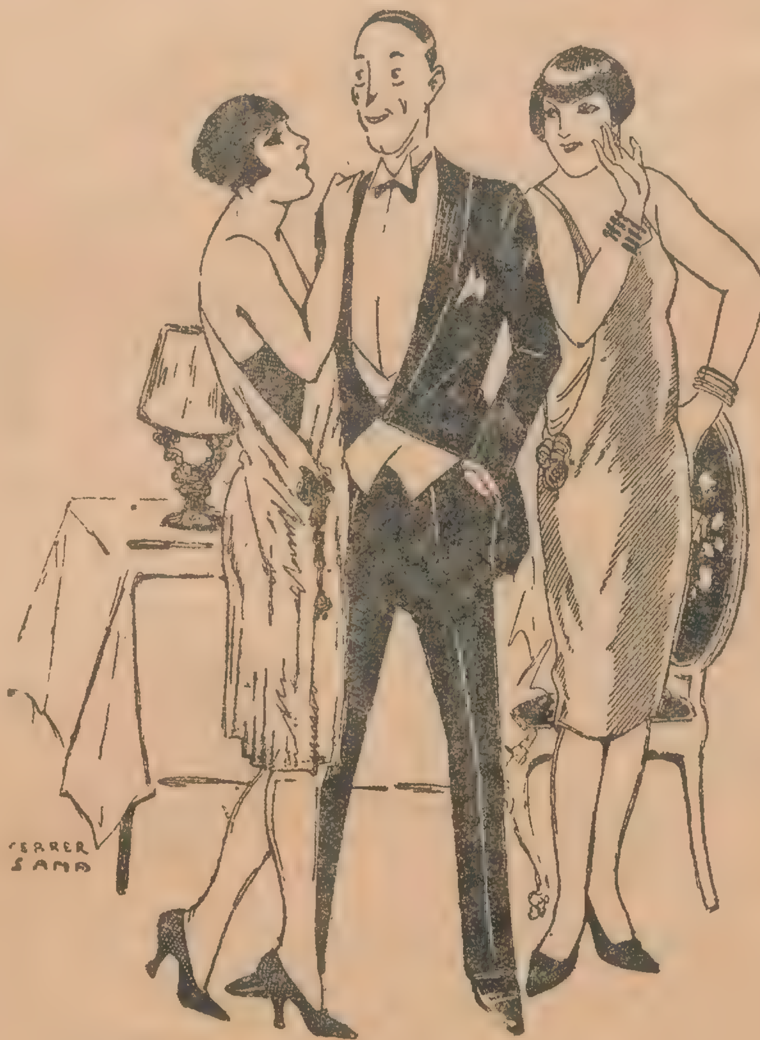
A pesar de lo intempestivo de la hora, Larcher se marchó sin haber comido más que la sopa, y minutos después llegó jadeante a la calle de Veronés. Unos segundos más tarde llamaba a la puerta del tercer piso. Al sonar el timbre respondió dentro un ladrido, y el corazón del desdichado se oprimió: ¡aquella no era la voz de "Caramelo!"

Pero acababa de abrirse la puerta, y la más linda, la más rubia de las cabezas se destacó en el recibimiento, y ante aquel esplendor de juventud y de hechizos, Larcher quedó, durante un instante silencioso, balbuciente.

y hablando hablando, aquellos desconocidos de un momento antes fueron descubriendo antiguas relaciones comunes y hasta un lejano parentesco.

Larcher regresó a su casa con los ojos llenos del oro que brillaba en los cabellos de Ivonne y pensando un poco menos en "Caramelo." Había prometido a sus nuevas amigas volver... y volvió.

Se habituaba a la dulzura tibia



—A ti, ¿quién te perdió?
—El hambre.
—¡Y a ti!
—El hombre.
—Pues, a mí, la hembra; conque encojámonos de hombros.

Un perro se lanzó sobre él, ladrando furiosamente y tratando de hacer presa en sus pantorrillas, y un nuevo personaje se presentó en escena.

Era una señora anciana, de aspecto dulce y amable, que dijo:

—¿El señor viene, sin duda, por el perro?

—Sí, señora — respondió Larcher—; pero éste no es el que busco—y señalaba con cierto desdéan al perro hostil, que se obstinaba en agredirle.

Sin embargo, por cortesía, y para dar las gracias, accedió a entrar un momento y a sentarse en el salón. Se inició la conversación,

de aquel interior familiar; por primera vez en su vida, pues era huérfano desde muy niño, saboreaba el encanto de las pequeñas atenciones, el perfume de las palabras femeninas. Pero al salir de aquella casa, la preocupación por el pobre amigo perdido se apoderaba nuevamente de él; se lo imaginaba en poder de un dueño brutal, quizá de un domesticador de animales, o hambriento y abandonado por las calles inhospitalarias.

Aunque no se confesase tal intención, Larcher pensaba en casarse con Ivonne para consolarse de la pérdida de "Caramelo." Era bonita, bien educada, poseía una fortunita y le gustaba, en una palabra. A decir verdad, la muchacha no demostraba ninguna simpatía por él; pero eso estaba dentro de las exigencias del buen parecer, y precisamente el matrimonio es lo más a propósito para estimular y crear el amor.

*

Paseaba Augusto sus pensamientos a lo largo de las calles de Passy; a veces caminaba junto a las casas nuevas, de fachadas duras y elevadas; a veces se internaba por las callejuelas llenas de verdor, bajo los árboles que asomaban por encima de las tapias, dichoso al oír sobre su cabeza el susurro confuso de hojas y pájaros. El recuerdo de "Caramelo" seguía sin abandonarle, y tuvo la visión de la alegría de su perrito si le hubiera acompañado en aquel paseo, en un día de asueto y en aquella hora de la naciente primavera.

Pasó por delante de una verja que cerraba un jardín lleno de césped y flores, y de improviso una emoción enorme le hizo estremecer: la voz de un perro, un ladrido claro, imperioso, apresurado, resonaba detrás de los barrotes herrumbrosos y reconoció el ladrido de su perro, y una voz que decía:

—¡Vamos! ¿Quieres callarte, pícaro?

Sin darse cuenta empujó la puerta y se encontró ante una mujer joven, vestida de luto, que gentilmente amenazaba con el dedo a un fox levantado sobre las patas traseras. Al ver a Augusto, la joven se irguió y el perro se apó. Larcher dijo:

—Perdone usted, señora.

Y gritó:

—¡Caramelo!... ¡Caramelo!...

El perro lo había reconocido, se aproximó arrastrándose, como para confesarse culpable y pedir perdón. Cuando hubo tocado con el hocico la mano de su amo empezó a gritar locamente, lanzando gritos ahogados, ahora quejumbrosos, alegres luego, y al fin fué a cobijarse en los brazos que se le tendían.

Augusto Larcher explicó en seguida:

—Este perro es mío, señora; le aseguro que es mío, y como usted ve, me reconoce... ¡Caramelo! ¡Caramelo!... Ya lo está usted viendo, señora.

—¡Ay, sí, caballero!... No digo lo contrario! Me lo encontré al pobrecito, vagando por las calles de Passy, sin collar, lo recogí y le he tomado tanto cariño... Yo le había puesto Tom.

Se interrumpió y llamó dulcemente:

—¡Tom!... ¡Tom!...

El perro saltó de los brazos de Larcher para acurrucarse en las rodillas de su nueva amiga, y allí, relamiéndose y retozando, festejaba a sus dos dueños y atendía a los dos nombres.

La señora Durosoir dijo con voz temblorosa:

—Me alegro mucho que lo haya usted encontrado...; pero lo siento..., lo siento...—y con el dedo se secó rápidamente unas lágrimas que asomaban a sus ojos.

Un mes más tarde, Augusto Larcher se casaba con la señora viuda de Durosoir, aunque era menos joven, menos bonita y menos rica que Ivonne. Pero ¡quería tanto a Caramelo!...

LA VOLUNTAD

Por Francisco Caravaca

Hacía ya algún tiempo que carecíamos de toda noticia de nuestro amigo Alberto Valera. Más de seis meses habían transcurrido desde que dejara de acudir al Casino, cosa sumamente extraña en él, puesto que era quizá el más asiduo concurrente.

Durante su alejamiento, ausencia o desaparición—a ciencia cierta, no sabíamos de qué se trataba—hicimos toda suerte de comentarios y suposiciones, más o menos aventurados, tratando de explicarnos las causas que podían haber mativado su insólita retirada.

Obedecían estos comentarios, más bien que a la general costumbre de murmuración, al sincero afecto que todos nosotros profesábamos a Alberto, quien—dicho sea en honor suyo y de la verdad—era mer[illegible]dor en alto grado de todas cuantas atenciones y delicadezas se observaran para con él.

No puede darse nada más simpático, más atrayente y jovial que el carácter verdaderamente encantador de Alberto Valera.

Todo en él era armonioso. Lo mismo su rostro, fino, moreno y risueño, que sus sentimientos y su inteligencia, una inteligencia poco común: una gran penetración, una justeza y ponderación de juicio y una excelente, aunque no profunda, cultura general, dotes que hacían de él un ser agradabilísimo en su trato.

Así, dadas las misteriosas circunstancias de su desaparición, se juzgará muy natural nuestro asombro y nuestra alegre sorpresa, cuando cierta tarde, y en el momento que menos lo podíamos figurar, le vimos aparecer en el umbral del salón del Club.

Estaba densamente pálido, sí, enormemente pálido, y su semblante conservaba las huellas de algún profundo sufrimiento, quizá físico, quizá moral. No obstante, en sus finos labios aparecía aquella su peculiar sonrisa de sano regocijo, que era, a mi parecer, como una especie de tributación o muestra de agradecimiento a la vida, que hasta entonces se había mostrado muy amable con él.

Estrechamos su mano, hondamente emocionados, y Alberto, con su naturalidad característica, sin el menor asomo de afectación, explicó:

—Amigos míos. He pasado por un terrible peligro, por una prueba durísima..., excesivamente áspera para mi pobre condición de hombre que piensa y siente... Sí, he pasado momentos de verdadera angustia, de aniquilamiento moral; he sentido una gravitación intensísima sobre mi espíritu, y en ocasiones me ha parecido que todo el caudal de poderes morales, que Dios nos concede, zozobraba en un mar de tinieblas... ¡¡Pero mi voluntad se ha impuesto!!... ¡Sí, se ha impuesto, y he aquí que ya me siento curado de mis dolencias!... Por ello, queridos amigos, he venido a agasajaros y a agasajarme a mí mismo ¡Quiero celebrar dignamente el triunfo de mi voluntad, la gran victoria de mi vida!...

Ante algunas copas de licores, y entre exclamaciones generales de alegría, Alberto contó lo sucedido:

—No esperen ustedes nada extraordinario en mi relato. Lo que me ha sucedido es de una gran sencillez, y que tarde o temprano le suele suceder a la generalidad de los hombres...: me enamoré perdidamente, y esto es todo. La mujer de quien me enamoré con una vehemencia de que difícilmente podré dar idea, es de una belleza sorprendente... Morena; cabello y ojos negrísimos, y... ¡extraordinariamente hermosa!... Hay quien afirma que la tortura del amor sin correspondencia es el más dulce de los suplicios... Pero yo puedo afirmar que se sufre de un modo horroroso. El hecho concreto, es que la mujer a que me refiero me estaba vinculada por afectos especiales que impedían que ella sintiese por mí otra cosa que una sincera amistad, llena de cordialidad, y nada más...

Sin embargo, y a pesar de reconocer la imperiosidad de tales circunstancias, mi apasionamiento por ella, alcanzaba proporciones desmesuradas. Y con mi amor por dicha mujer crecía también mi sufrimiento, ante la consideración de la imposibilidad de ver logrados mis anhelos.

En estas condiciones, la vida hacíaseme sumamente fatigosa. Mi imaginación se atormentaba de continuo, buscando el medio de vencer o de olvidarla. Pude haberme separado de ella. Pero ella es demasiado inteligente, y esta huída irrazonada la hubiese ofendido cruelmente.

Y mi voluntad, ese don de la Naturaleza que nos diferencia de los brutos, quería imponerse a mi estéril pasión; quería, y se impuso...

Fué una tarde que la ví, en un paseo, al lado de otro, de un amigo mío, al que yo había presentado a ella. Ella charlaba, sonreía y coqueteaba animadamente con él, ajena al dolor que me causaba su natural jovialidad.

Yo me avergonzaría de decir que en aquella ocasión no sentí la comezón furibunda de los celos escarabajeando en mi espíritu, mordiéndome el cerebro... ¡Sí, sí, lo sentí!... Sentí arranques de bestialidad y de fiereza inauditos, y de buena gana hubiera ahogado a los dos...

Después los vi muchas veces; siempre juntos, siempre unidos por un naciente y fuerte lazo de unión espiritual. Y yo, obedeciendo al mandato de mi voluntad, me impuse el ejercicio doloroso de salirles al encuentro, de verlos y de sofocar con la templanza de mi fría razón, los ímpetus que la presencia de ellos despertaba en mí... Quise esgrimir las disciplinas del dolor contra mí mismo, y anudar mi alma con el cilicio de la felicidad ajena, hasta que llegase a insensibilizarme.

—¡Amigos míos, ved mi rostro demacrado; ved mis pupilas sin luz, ved la aspereza de mis acentos, y considerad que todo lo expuse en la prueba!... ¡Pero vencí, y mi júbilo es inmenso!...

Hoy los he visto; son novios. Probablemente se casarán pronto, y hoy, buenos amigos míos, hoy yo puedo juraros que al verlos, unidas sus manos, confundidas sus mirada, latiendo sus corazones a un ritmo uniforme, sólo he sentido alegría, alegría, alegría...

Cuando Momo se fué...

El carnaval se ha ido. Pasó la mascarada
que ayer voló en las calles su risa destemplada,
poniendo en todas partes un sello original,
y el viejecito loco que presidió la fiesta,
se marchó con las últimas notas de la orquesta,
con todo su bagaje de risa artificial.

Dios Momo se ha marchado y al marcharse, ha dejado
cual únicos recuerdos de su fugaz reinado,
nostalgias de las risas vacías del ayer,
un poco de cansancio, las caras ojerosas,
un desgano muy grande para mirar las cosas
y algunos pesos menos también en el haber.

Aquellas aldeanitas que por toda la noche
hicieron de sus risas inocente derroche
y aquellas mariposas de alitas de papel,
las vi esta mañanita cruzar la callejuela
con libros y pizarras, camino de la escuela,
cual virgencitas locas ansiosas de aprender.

Aquella damisela de muy dudoso porte,
que destacó en un shimmy o en un tango con corte
las formas excitantes de un sexo artificial;
también ha vuelto al viejo trabajo cotidiano
y junto al escritorio contempla con desgano
los libros atrasados de contabilidad.

Aquel payaso alegre y aquellos arlequines,
que fueron al deleite de muchos chiquilines,
y aquel diablo coludo que hiciera de Lu bel
volvieron a las horas sencillas y ordinarias
y atienden sus prosaicas ocupaciones diarias,
lo mismo que aquel otro que Momo hizo Marqués.

Una vieja gruñona que anoche se ha resfriado,
funestas consecuencias de un baño inesperado,
reniega del pillete que la obsequió con él,
y más de una muchacha, callada y emotiva,
contempla suspirando la dulce siempreviva
que encierra una promesa del forastero aquel.

El carnaval se ha ído melancólicamente,
y sólo a nuestro paso nos hablan del ausente
las sucias serpentinas que llenan la ciudad...
...Y yo, filosofando, medito un poco extraño,
si habremos terminado el carnaval del año
o habremos comenzado recién el carnaval.

Martín Olegario Saldías.

La suerte de Julio Potiche

Por Max y Alex Fischer

(Fragmento de una carta dirigida el 5 de agosto último por Julieta Potiche a su amiga más íntima.)

"Hotel Nacional. Montigny-Sur-Loing.

...Sí; has acertado, querida; mi marido y yo no estamos solos en este momento. Gastón Figeac el joven rubio que has encontrado últimamente varias veces en casa, y que es compañero de Julio en el Ministerio, ha venido también este año a pasar (como por casualidad) sus vacaciones en Mantigny-Sur-Loing.

¡Pobre Gastón! ¡Está tan enamorado de mí! Pero no creas que vivimos en pleno idilio, como supones. Por miedo a aburrirse solo, Julio, mi marido, no nos deja solos ni un momento a Gastón y a mí. Siempre estamos los tres juntos..."

⁂

(Fragmento de una carta dirigida el 10 de agosto última por Gastón Figueac a su amigo más íntimo).

"Hotel Nacional. Montigny-Sur-Loing.

..Creo habértelo ya dicho, querido. Todas las tardes, desde el día que llegamos a Montigny-Sur-Loing, mi Julieta, su marido y yo damos un largo paseo a pie.

Como la presencia de Julio Potiche, la inevitable presencia de Julio Potiche, nos obligan a Julieta y a mí a adoptar una actitud de indiferencia, nuestros paseos carecen de encanto generalmente. Pero hoy soy feliz, querido amigo, muy feliz, porque, por excepción, nuestro paseo de esta tarde ha sido delicioso. Esto es debido a un hecho inesperado que ha ocurrido a los dos o tres minutos de salir del hotel. Julio ha encontrado de pronto, a sus pies, en medio del camino, una monedita de plata de cincuenta céntimos.

¿No comprendes? ¿Preguntas que por qué milagro este incidente, al parecer insignificante, ha podido influir tan ventajosamente en el resto de nuestro paseo? No se trata de ningún milagro. Reflexiona un poco y comprenderás...

Un señor cualquiera—tú, yo..., cualquiera, repito—pasea en compañía de su mujer y de un amigo. Mira a su mujer, mira a su amigo, y, de pronto, al mirar casualmente a sus pies, encuentra alguna cosa. ¿Qué hará después ese hombre? El azar le ha favorecido, puesto que le ha hecho encontrar un objeto. Y piensa: "¿Es que la casualidad, que acaba de favorecerme, no va a poder favorecerme (por casualidad) otra vez?... ¡Quién sabe! Empiezo a creer que nada es imposible." Desde entonces nuestro hombre sólo camina con los ojos fijos en el suelo.

Y esto es todo. Como ves, no es muy complicado. Julio, desde el momento que encontró su monedita de cincuenta céntimos, no tiene más preocupación que ésta: encontrar otra monedita de cincuenta céntimos.

Resultado de esto: que Julieta y yo podemos ya mirarnos con la ternura que reclama nuestro cariño y aventurarnos a estrechar furtivamente nuestras manos y a pronunciar algunas palabras de cariño.

¡Qué lástima que este excelente Julio no pueda encontrar todos los días, al salir del hotel, una monedita de cincuenta céntimos!"

⁂

(Fragmento de una carta dirigida el 22 de agosto último por Julio Potiche a su amigo más íntimo).

"Hotel Nacional. Montigny-Sur-Loing.

...Creyendo haberte puesto al corriente de cuanto aquí ocurre, iba a terminar aquí esta carta cuando me acuerdo de que algo nuevo tengo que contarte.

Hace diez, quince, veinte años que me conoces, Sin ser precisamente un desgraciado, no puede decirse que sea un hombre de buena suerte, tú lo sabes. Pues bien: figúrate que desde hace unos días tu antiguo amigo Potiche tiene una suerte loca, lo que se dice una suerte loca.

¿En qué forma se manifiesta esta suerte loca? Escucha:

Hace doce días, el 10 de este mes, empezó a manifestarse mi suerte. Desde entonces no puedo dar un paso fuera de casa sin encontrar dinero.

La primera vez fué una monedita de plata de cincuenta céntimos lo que encontré. Después he vuelto a encontrarme, ya una pieza de cinco céntimos, ya una de diez, una moneda de un franco otras veces, y hasta alguna moneda de dos. El caso es, por muy extraño que te parezca, y aunque te resistas a creerlo, que raro es el día que no salgo del hotel sin volver dos horas después algo más rico que salí. Y lo gracioso es que ni mi Julieta ni mi buen amigo Figeas, que van siempre conmigo encuentran nunca nada.

Te lo repito: tengo una suerte sorprendente. Te juro que si no fuera porque es imposible que ocurra, creería que alguien se toma la molestia de ir sembrando todas las mañanas de monedas el camino que yo he de recorrer por la tarde".

VOCACION

Por Catulo Méndes

Luciano no piensa más que en hacerse notar. es un niño de diez años, pero ya le posee un vivo amor de la gloria. Si sus destinos no se interrumpen, será un gran capitán, emperador o gimnasta negro, vestido de malla roja o dorada, en un circo de feria.

Desde hace algunos días parece preocupado; sus compañeros del barrio, con los cuales se digna algunas veces jugar a las bolitas, están acostumbrados a su aire de superioridad, pero se sorprenden de su silencio, pues Luciano es aficionado a perorar, como de lo alto de una tribuna o de una cátedra.

Uno de ellos pregunta:

—¿Por qué estás preocupado?

Luciano responde:

—Porque la semana pasada, mientras paseábamos, la mucama y yo, entramos en una casa blanca, donde hay individuos desnudos, acostados, inmóviles sobre las mesas de mármol. En la primera de esas mesas había un hombre desnudo, muy largo, hinchado, azulada la piel y goteando agua, Para verle mejor, la gente se empujaba y se apretujaba. Los señores se quitaban el sombrero y las damas se santiguaban. Todo el mundo guardaba silencio a causa de él. Temían mirarle, pero, sin embargo, le miraban largo rato... Algo soberbio. Dicen que era la morgue.

—¿Quieres jugar a la rayuela?

—No—responde Luciano.

Y, pensativo, se pasea con dignidad por la alameda circular, donde sus compañeros juegan a la rayuela y a las bolitas.

II

Al atardecer, dos agentes de policía, de servicio en un bulevar nuevo, ven a un niño bien vestido, un hijo de burgueses, tendido, inmóvil en un banco. Es raro que duerma allí y a semejante hora. Se acercan. y uno de ellos dice:

—¡Eh, chico!

El niño permanece inmóvil. El otro agente dice:

—¡Eh, muchacho!

El niño no se mueve. Lo tocan, lo sacuden: después de una oscilación, el cuerpo recobra su inmovilidad. Le alzan de un brazo: vuelve a caer, inerte. Le alzan un párpado no vuelve a bajar, y bajo el párpado aparece el ojo fijo, frío, vacío. Los agentes se alarman. ¿Muerto, acaso? Lo registran: hallarán, tal vez, algún papel, un indicio cualquiera; llevarán al cuerpecito al domicilio de sus padres. No; en los bolsillos no hay más que bolitas de vidrio y una moneda de diez sueldos. Entonces lo levantan, uno por el cuello y otro por los pies. Lo llevarán a la comisaría y acudirá el médico. Está rígido; les parece que le sienten los tobillos y la nuca muy fríos; con movimiento instintivo, como para infundirle calor, uno de los agentes se lo atrae al pecho: la cabeza del niño cae hacia atrás: Los agentes comentan entre sí:

—¡Pobre criatura!

—Sí; ¡tan simpático!

—Un ataque, sin duda.

—O un golpe malo, de esos que no se ven.

—¿Y qué harán con él? No se le encuentra ningún papel...

—Lo que se hace siempre.

—¡Ah, sí!; lo pondrán en exhibición...

—En la Morgue.

Pero el agente que lleva al niño se detiene de pronto, sorprendido y contento a la vez. En el mismo momento en que ha dicho "la Morgue", ha sentido latir, muy vivamente, el pecho del niño. Deja deslizar el cuerpo de sus brazos y lo deja de pie en la acera: el muerto no cae. ¡Ah, pícaro! ¡Todo era farsa! Se ha burlado de ellos. Pero son buena gente: lo despiden, uno con un pescozón, el otro con un puntapié. Luciano regresa a su casa, caminando junto a la pared, muy humillado.

III

Una semana después:

—¿Y, María? — pregunta la madre desde lo alto de la escal.ra.

—Luciano no [illegible]

—¿Desde cuándo [illegible]

—[illegible] lo [illegible] en [illegible]

—[illegible]

Al [illegible]:

—¡[illegible] arr[illegible] el [illegible] la pared.

—¿[illegible]?

—[illegible] tura, no hay [illegible] indicio... [illegible]

—[illegible]

—[illegible]

—[illegible]

[illegible] a [illegible] uno frente al otro, [illegible] reina un [illegible] gente [illegible] sol [illegible] ños [illegible] una casa [illegible] que la [illegible] hay muert[illegible] mármol. [illegible] hinchado, con la piel [illegible] y lúcida de agua que gotea. [illegible] la mejor la gente [illegible] apricta, se empuja. Los señores se quitan el sombrero y las damas se santiguan. Todo el mundo calla a causa de él. Temen mirarle y sin embargo le miran largo rato... Algo soberbio.

MOTIVOS MARPLATENSES

CLARO DE LUNA

Estamos en la alta noche florecida de estrellas. El camino de la explanada, sólo, azulado de silencio, se alarga hasta el infinito. Abajo, truena incesantemente el mar. El coche avanza al paso rítmico de los caballos, mientras la brisa del mar empalidece el rostro de nuestras amigas. No nos decimos nada, porque el milagro de la noche está en nosotros y la emoción se abre en los corazones como una flor evanescente. Mi compañera de asiento se ha quitado el sombrero y echa lánguidamente la cabeza hacia atrás. Está hermosísima, con el rostro blanco de luna y los ojos verdes inescrutables, únicos, abiertos a la inmensidad azulina del cielo. Yo la miro en silencio y toda mi simpatía de años, guardada celosamente, en el fondo de mi alma, tiembla en la opresión cálida, tiernísima, de su mano.

Y los dos miramos al mismo tiempo, durante largo rato, al mar. Un rayo de luna lo atraviesa, cabrilleante y movible. Y ese claro de luna viene hacia nosotros, solamente hacia nosotros. A ambos lados, la superficie ondulada del mar se alarga en la sombra y ligeros copos de espuma se deslizan como crestas de luz.

Mi corazón, en la alta noche florecida de estrellas, ha palpitado con un ritmo desconocido. Un perfume delicioso me embriaga hasta morir y apartando los ojos del mar, quedo como absorto, mirando en silencio a mi amiga. Ella, tal vez ajena a mi emoción me sonríe desde el fondo de sus pupilas verdes. Y yo siento que la noche y el mar, y la luna, están en mi alma, y aparto bruscamente los ojos de ella, porque una lágrima, temblorosa y tibia los ha empañado de pronto.

Glaucus.

Gallos de [illegible]

En el Japón existe cierta especie de gallos de cola desmesurada que una selección ingeniosa ha conseguido obtener.

El color de estos gallos es muy variado. Las plumas de la cola alcanzan una longitud de dos, tres y cuatro metros.

Cierto viajero ha visto un ejemplar cuya cola medía cuatro metros cinco centímetros. No pueden andar libremente por el suelo, pues no tardarían en perder su espléndido y exagerado plumaje. Para evitarlo, habitan en jaulas elevadas. Todos los días se les saca a dar un paseíto higiénico con un criado detrás, que lleva recogida la cola para que no sufra deterioros.

LA MULANIMA

Por Pedro Heredia

[illegible] que se en[illegible] que bru[illegible] abrazo. La despavorida Lastenia pareció tranquilizarse al sen[illegible] del hercúleo cuerpo [illegible]re, a quien estrechaba [illegible] como queriendo secar [illegible] poder sus músculos al [illegible] p ruido.

[illegible]

[illegible], tatay... Ya se [illegible] y [illegible] chuschu[illegible] enma[illegible] lvían mi cuello, impi[illegible] pedir socorro; sus ojos [illegible]los de sangre, con [illegible] míos, y de sus patas finas [illegible] saltaban chispazos [illegible] amenazaban que[illegible]

[illegible]lio, que ya había encen[illegible]lita de sebo, escuchaba [illegible]ler ni expli[illegible] aquel raro len[illegible] a su hija con los [illegible]uradamente abiertos, [illegible] para asegurarse que ya no [illegible]ía, que aquello no era sueño.

—¿No la vió usted, tatay? Salió [illegible]ndo cuando usted entraba. [illegible]ca me imaginé que fuese tan [illegible]...

[illegible] Braulio no salía de su es[illegible]

[illegible] Pero qué es lo que dices? Yo nada he visto.

—¿Es posible? ¿No ha visto a la mulánima, tatita?...

Se ha presen[illegible]do tal cual lo contaba doña Andrónica.

[illegible] qué cosa. Primero [illegible]a a la finadita Celina, pe[illegible] pronto, en la obscuridad de [illegible], un resplandor violeta ilu[illegible] el rancho, y una rara [illegible]ió a mi vista. Era una mujer horrible de carnes arrugadas, negras, como pelo de hurgunero, y con cuerpo de mula. Dicen que castiga a los pecadores llevándolos en sus brazos hasta la cima del nevado, en vertiginosa carrera, y diay los derrumba en el precipicio con sus formidables coces. Sentí fría en las venas, y tiemblo aún a su recuerdo, pues a no ser por la oportuna llegada de usted, de seguro me hubiera llevado para imponerme ese atroz castigo...

—Cálmate, hijita. Tú eres buena; nada debes temer. Duerme, yo vigilaré tu sueño. Recuerda que las personas de conciencia limpia, nada malo deben esperar.

A estas palabras, la desdichada Lastenia no pudo reprimir un quejido involuntario de pavor, y el sensible Braulio, aquel macizo hombrote que hasta ahora de nada ni a nadie había temido, sintió estremecerse ante el visible espanto de su hija. Sintió como un hormigueo en todo su cuerpo; su hija habíale contagiado todo su terror, pues comenzó a sospechar que algo grave le ocultaba, y examinábala de pies a cabeza con mirada fría mezclada de piedad y dureza, tratando de adivinar en los ojos aún extraviados de su hija, el extraño secreto de su alarma. Miles de quiméricas y fantásticas ideas pasaron rápidas por su imaginación, haciendo esfuerzos heroicos para disimular su cobardía, a fin de apaciguar el estado de ánimo de su idolatrada hija.

Y mientras las horas de la noche, envueltas en su manto de misterio, se deslizaban monótonas y silenciosas en el monte cercano; interrumpidas sólo por algunos lejanos ladridos de los ovejeros, que vijilantes cuidaban del rebaño acurrucados en una hondonada del valla de Tolombón, dos seres sufrían lo indescriptible, agobiados por intensas penas de origen muy distintas.

Braulio, sentado al pie de la cama de su hija, con la cabeza apoyada en ambas manos y el oído atento al menor crujido, que a intervalos producían los viejos muebles, parecía esperar la presencia del noturno visitante, dispuesto a sacrificar su vida en holocausto de su dulce hijita.

Lestenia, con la respiración corta, agitada y el mirar inquieto, observaba a hurtadillas ya a su padre ya la insegura puerta, ansiando sin cesar el alba, que con su resplandor vivificante disiparía las terribles visiones, pues inútiles eran sus esfuerzos para apartar de su agitado cerebro esos terribles remordimientos que le torturaban sin piedad.

La sirvienta (asustada al ver la cara del que llama) — Vea, por seguridad suyá voy a cerrar la puerta... Se acerca el perro.

II

Don Braulio Fregenal, era uno de esos criollos honestos y laboriosos, que ven con motivo de placer en las faenas campestres, y a fuerza de trabajo y sacrificios, había conseguido ser propietario de una pequeña finquita que, escondida entre los cerros, era todo un primor. Viudo, con sus dos hijas, Celina y Lastenia, dedicó a ellas todo su amor, supliendo así la falta del calor maternal, dando motivo a que su nombre fuera sinónimo de bondad en toda la comarca.

Sus hijas crecían fuertes y hermosas, pues cuando una mujer serrana sale linda, vale la pena desafiar las penosas leguas de camino para darse al placer de verla.

—¿Dónde vaia, pues, amigo?

—Al rancho de las buenas mozas.

Así solía decir la paisanada, refiriéndose a la casa de los Frejenar, y efectivamente, la fama era bien merecida.

Muchos eran los que detenían sus cabalgaduras con el pretexto de solicitar un trago de agua, pero el móvil era contemplar unos segundos a las buenas mozas, que con el cántaro en la cabeza, el pecho ergido y el andar ondulante, bajaban el cerro al compás del chac chas de las ojotas, mostrando sus macizas y bien formadas pantorrillas.

Celina debió casarse con Marcos, casamiento que postergóse un día para otro, mientras la simpática morochita perdía, sin causa aparente, su lozana juventud.

La sonrisa desapareció de sus labios, sus frescas mejillas se marchitaron, palideciendo; sus ojos se llenaron de profunda melancolía, y sus carnosos y húmedos labios cayeron en una mueca de dolor, hasta el fatal día de su muerte.

Nadie supo el origen de su enfermedad ni se sospechó el porqué de aquella prematura decadencia y muerte.

Sólo Lastenia guardaba el secreto, origen de sus exaltadas y horrendas visiones.

Se había repetido la eterna historia: el mancebo arrogante y audaz que, debiéndose casar con la hija mayor de la casa, conquista todo el amor de la simpática hermanita. Pero esta vez el drama habíase producido sólo internamente en el dolorido corazón de Celina, que sin una queja, sin una protesta, sin demostrar siquiera el mínimo rencor hacia su rival, la hermanita Lastenia, murió convencida de su impotencia para rescatar el amor del infame Marcos, llevándose a la tumba su secreto.

—Muero, pero tú jamás serás dichosa con él. — Fueron las únicas palabras de protesta que pronunció Celina momentos antes de que su alma volara al cielo. Esas palabras tan sencillas, expresadas en tono dulce y tranquilo, y en momentos tan dolorosos, impresionaron a Lastenia, sospechando que su hermana estaba en el secreto desde mucho tiempo atrás.

Desde ese instante se interrumpió su calma, ya no tuvo tregua, aquella frase resonaba constantemente en sus oídos, como si algún juez inclemente y severo se encargara de recordársela sin cesar.

El tiempo, que todo lo borra y lo disipa como si fuera humo, trajo aparentes días de calma y ventura, pues desaparecido el obstáculo, Lastenia y Marcos desbordaron sus corazones en una desenfrenada y loca pasión, gozando de todas las delicias del amor sin miedo alguno; pero sea por ley natural, ó porque efectivamente la difunta había sido profética en sus últimas palabras, el hecho es que Marcos no pudo disimular más su hastío, mientras que a Lastenia pronto le sería imposible ocultar ante los ojos de su padre y del mundo entero el fruto de sus amores clandestinos, lo que dió motivo a que se renovaran sus exaltadas visiones, persiguiéndola ahora intensamente sin darle tregua.

Agotados todos los medios a su alcance para convencer al insensible Marcos a que se casara con ella, antes de que fuese visible su

ANECDOTA

El reinado de Cristina de Suecia se cita por su bondad y por su prudencia, que conservaron la paz del reino.

Cristina no quiso casarse nunca, y a las repetidas instancias que le hicieron los Estados contestó:

—Prefiero designar un buen príncipe, un sucesor que sea capaz de gobernar con gloria... No me obliguéis a casarme, pues lo mismo podría nacer de mí un Nerón que un Augusto.

falta, acudió a la Andrónica, vieja amiga de la casa y única en quien podía confiar sus dolores y penas.

—Sálveme usted, Andrónica, ¡por el amor del cielo! Tatay me mataría, y el mesmo se moriría de vergüenza si descubre mi estado. ¡Ayúdeme usted! Háblelo a ese infame y dígale que si no repara su falta, estoy dispuesta a quitarme esta odiosa vida, tirándome de lo alto de ese cerro y purgar así mis faltas.

—Tranquilízate, querida; nunca hay que recurrir a esos extremos. Naide es dueño de su vida; sólo puede disponer de ella quien la concedió. Por otra parte, Marcos no es mozo de mal corazón. Todo se arreglará, te lo prometo.

—¿Pero no ha oído usted que para el invierno piensa irse a Tucumán, a trabajar en los ingenios? ¿No ve usted en eso un pretexto para alejarse de mí y no volver más? ¿Qué será de mí, de mi pobre hijo? ¿Cómo aplacar la justa cólera de mi padre cuando se entere de todo? El, que me cree una santa... — y la desconsolada Lastenia prorrumpía en amargo llanto, que en vano pretendía apaciguar la vieja Andrónica.

—Ruega a la Virgen; ella te ayudará. Ruega también a la Pachamama, diosa suprema de todos estos campos, y no dudes que Marcos volverá hacia tí.

Las plegarias, bálsamo sublime de los desconsolados, tranquilizaron un tanto el abatido espíritu de Lastenia. La esperanza renació en ella, y el júbilo llegó al colmo cuando un precioso día Marcos, acompañado de Andrónica, vinieron a solicitar del bondadoso Braulio el permiso para que Lastenia contrajera enlace.

III

La dicha era completa, todo había tenido un desenlace feliz. Sería esposa de Marcos, y su falta quedaría ocultada a los ojos del mundo. Por la mañana temprano, el cortejo se puso en marcha, cabalgando en briosos caballos los unos y en regias mulas los otros. Los novios iban en medio del cortejo, escoltados como si se tratara de personas sagradas, y cada uno de los acompañantes, engalanados con sus trajes domingueros, hacían galas de buen gusto luciendo sus aperos cuajados de relumbrante platería, sus ponchos multicolores y sus pañuelos que trémulos ondeaban en los cuellos.

La cabalgata era impresionante; avanzaba a paso lento, mientras entonaban melodiosos cánticos, impregnados de tristeza y misterio, fruto de un clima ardiente y soñador, cantos que resultaban más dulces debido al eco de la montaña, que a modo de burla repetía largamente los últimos sonidos de cada estrofa. La voz de Lastenia, como también su figura, se destacaba del conjunto. Toda de blanco, cubría su delicada silueta con un velo, sostenido en la cabeza por una guirnalda de azahares. Jadeante y temblorosa, tironeaba las riendas de su caballo, pegándolo al de su amado, como si temiera perderlo. Marcos, con su traje negro, el pañuelo de seda blanco al cuello y el sombrero pegado a los ojos, sostenido con su delgada cinta en la nuca, espoleaba de continuo a su alazán, que, nervioso, deseaba demostrar su noble raza.

Don Braulio corría de un lado para otro, y tan pronto estaba en la cabeza como al final del cortejo, distribuyendo a hombres y mujeres algunos tragos de dicha, de la que llevaba buena cantidad en sus repletas alforjas.

Todos iban contentos; la dicha se reflejaba en cada rostro, a pesar de lo penoso del camino y del calor sofocante; los vapores picarescos de la deliciosa bebida alegraron de tal modo el ambiente, que hicieron olvidar toda congoja. Tres leguas de largos médanos debían andar aún para llegar a Santa María, donde encontrarían al juez y al señor cura listos para casarlos.

Lastenia creía que nunca llegarían a destino; pareciale inverosímil que un momento más sería la más dichosa de las mujeres, y hubiera deseado tener alas para apresurar ese feliz instante.

Todos tenemos hambre

Bien sabes que todos tenemos hambre: hambre de pan, hambre de amor, hambre de conocimientos, hambre de paz...

Este mundo es un mundo de hambrientos.

El hambre de pan, melodramática, soflamera, ostentosa, es la que más nos conmueve, pero no es la más digna de conmovernos.

¿Qué me dices del hambre de amor?

¿Qué me dices de aquel que quiere que le quieran y pasa por la vida viendo en todas partes mujeres hermosas, sin que ninguna le dé una migaja de cariño?

¿Pues y el hambre de conocimiento?

¿El hambre del pobre espíritu que ansia saber y choca brutalmente contra el zócalo de granito de la Esfinge?

¿Y el hambre de paz que atormenta al peregrino inquieto, obligado a desgarrarse los pies y el corazón en los caminos?

Todos tenemos hambre, sí, y todos, por lo tanto, podemos hacer caridad.

Aprende a conocer el hambre del que te habla... en el concepto de que, fuera del hambre de pan, todas se esconden. Cuanto más inmensas, más escondidas...

Amado Nervo.

La vista de las primeras casas del pueblo hicieron prorrumpir en gritos de júbilo a todos los acompañantes, y hasta Lastenia confundió sus agudos "jujuy" con los de toda la concurrencia, no pudiendo refrenar más sus exaltados nervios.

El alboroto era indescriptible, y las bestias, no acostumbradas a tanto bullicio, se encabritaban sin cesar. Don Braulio hacía esfuerzos sobrehumanos para redimir a su asustada mula, que, enardecida, hacía tambalear al jinete.

—Se le ha cosquilleado la mula — gritaba uno.

—¡Apéese, tatita! — insinuábale su hijo desde la puerta del juzgado, temiendo que sucediese una desgracia, pues su padre estaba algo machao, pero el anciano, lleno de amor propio, se había propuesto amansar al chúcaro animal.

—Déjenla que bellaquee no más, ya veremos quién gana — respondía don Braulio, firme como una estaca sobre la inquieta mula, cuando en un abrir y cerrar de ojos cayó al suelo, antes los gritos de la asustada Lastenia. Marcos corrió a socorrerlo, pero Braulio se levantó sonriente, sacudiéndose el polvo de la ropa con flemática calma, mientras la mula, con fuertes resoplidos, y las orejas tiesas, remolineaba alrededor del jinete.

—Tan churita la mula y tan bellaca. ¡Véanla!

Los espectadores prorrumpieron en una estrepitosa carcajada, mientras Marcos se acercaba al animal para tomarlo de las riendas y llevarlo a un lugar apartado para que se apaciguara, pero éste, con la rapidez del rayo, encabritóse, asestándole un par de patadas en pleno pecho, lanzándose en vertiginosa carrera.

La sorpresa fué grande. Todos enmudecieron. Aquellos bonancibles rostros llenos de franca alegría cambiaron rápidamente de expresión, y en cada semblante dibujóse el espanto.

Lastenia se precipitó sobre el cuerpo de su amado, quien yacía tendido en el suelo con los brazos abiertos. Inútiles fueron las tiernas caricias y las palabras dulces para reanimarle; Marcos había sucumbido sin proferir un solo lamento.

La mula, inconciente del desastre que había ocasionado, se alejaba rápida, rumbo al cerro vecino, despojándose del apero que iba diseminando a lo largo del camino.

Lastenia seguíala con la mirada. Quedó perpleja varios segundos, sin proferir palabra. Estaba tan pálida como la cera; los brazos caídos, los ojos envidriados, con la mirada al infinito; la boca entreabierta, con los labios secos, descoloridos, tenía una expresión angustiosa.

La multitud había hecho circulo alrededor del cadáver, nadie interrumpía el silencio; algunos habíanse quitado el amplio sombrero, y con la cabeza sobre el pecho parecían orar.

Lastenia, como si despertara de un largo sueño, prorrumpió en un grito agudo, sibilante, lleno de angustia y terror, sacudiendo los brazos amenazadores y los puños estrechos. De pronto, sintió todos los síntomas del vértigo y en sus nublados ojos apareció nuevamente la visión terrible que una noche habíale interrumpido su tranquilo sueño.

—¡La Mulánima!... Ella es... ¡Corred! ¡Matadla! ¡Vengad esta cruel hazaña!... — y como nadie se movía, más aumentaba la desesperación de Lastenia, que en un segundo había visto derrumbarse el castillo amado de sus ilusiones.

—¡Insensatos! Salid de vuestro letargo: matad a la mulánima; vedla como corre satisfecha de su cruel hazaña! — Y mientras así hablaba, corría de un lado para otro, sacudiendo a los espectadores, que, rígidos como estatuas, respetuosos ante la muerte no atinaban moverse, para no interrumpir aquel doloroso silencio.

Lastenia cayó en convulsiones, ahogada por el llanto, mientras el cortejo nupcial regresaba a la montaña, convertido en acompañamiento fúnebre.

La ira de Tutankamon

Cuenta Mr. Carter, quien comparte con el difunto Mr. Carnarvón la gloria de haber descubierto la tumba de Tutankamón, que debe su descubrimiento a una especie de presentimiento espontáneo, no provocado por ninguna causa exterior.

Hacía más de treinta años que Mr Carter andaba buscando las reliquias que, al fin, encontró. Fracasó una vez y otra hasta que, impensadamente se le ocurrió la idea de que encontraría lo que buscaba en cierto lugar, y actuó de acuerdo con este presentimiento logrando los brillantes resultados que son de todos conocidos.

Creía estar seguro de que la tumba que buscaba se hallaba bajo tierra a gran profundidad. Egipcios supersticiosos que habitan cerca del lugar donde se halla la tumba creen firmemente que fué el espíritu del rey el que "iluminó" al explorador.

Otro detalle curioso, relacionado con este descubrimiento tan lleno de misterio y emoción, es lo ocurrido con un canario que poseía Mr. Carter.

El día que se abrió la tumba encontró una corona de oro en forma de serpiente. Por la noche, cuando Mr. Carter se disponía a sentarse a la mesa, fué llamado por sus criados, pues, según decían — y así era, en efecto —, el canario había sido muerto por una serpiente.

Los indígenas interpretan este suceso en sentido opuesto al anterior: dicen que ello indica el furor de Tutankamón por la profanación de su tumba y, con ella, de su último sueño.

Susto de capa y espada

Por Boy

I

Cuando bajé del coche con el baúl por delante, lo primero que oí decir en aquella casa de hospedaje de la ciudad universitaria fué que entre los estudiantes de anatomía habían vuelto a ponerse de moda aquel año las "novatadas".

—Le aseguro a usted que alguno va a terminar en presidio — le decía la patrona a un señor.

Como ingresaba en el grupo de segundo año, la noticia no dejó de impresionarme; pero jamás hubiera tenido el presentimiento de que algunas horas más tarde, ya a media noche había de despertarme sobresaltado por el contacto de una mano fría y enguantada que yo cogí entre las mías en la obscuridad del cuarto y que de pronto quedó suelta, como cortada del brazo correspondiente, sin explicación posible. Yo la solté horrorizado, y la mano cayó al suelo pesadamente. No recordaba haber oído otro ruido. Permanecí algunos momentos en acecho, con los cabellos de punta, sin atreverme ni a respirar. Hasta que lancé en lo negro una gran exclamación:

—¡Quién es!

Pero nadie contestó. Entonces, como repentinamente impulsado por el pánico que trastornaba mi juicio, salté abajo de la cama y encendí la luz. En el cuarto no había nadie. Sólo vi, en el suelo, aquella mano enguantada que yo acababa de arrojar, y que era la mano de un hombre.

Enseguida recordé lo de las "novatadas", y empecé a darme cuenta de la realidad; pero el cuerpo me temblaba, y durante largo rato permanecí oprimiéndome el corazón, que funcionaba a grandes golpes desacompasados. Después, a medida que se me fué pasando el susto, fué apoderándose de mi organismo una especie de infusión de odio frenético y apasionado que exigía venganza urgente y descomunal.

II

No volví a cerrar los ojos aquella noche. Salí del cuarto en cuanto amaneció, y desde primera hora me dediqué, con refinado sigilo, al descubrimiento del autor de aquella infamia.

A nadie quise decir absolutamente nada de lo que me había ocurrido, porque era natural que no habría podido hacerlo sin ademán de escándalo, y con ello habría colmado las regocijadas aspiraciones de los bromistas. La captura del sujeto no me pareció difícil, dado que en la casa de hospedaje, que era una casa particular, sólo paraban conmigo cuatro estudiantes de medicina: un tal González, un tal Martínez, un tal Pepito de Nájera y por último un pequeño muchacho bilioso y lleno de verrugas, a quien unos llamaban "Veneno" y otros el "Capitán Verruguini". Yo decidí suponer que con alguno de ellos tenía que romperme el alma, porque entre ellos tenía que estar el autor de la proeza.

A la hora del almuerzo aparecieron los cuatro en el comedor y ocuparon sus asientos en torno de la mesa, junto con los dueños de la casa y con algunos otros pupilos que no eran estudiantes. Con mi rabia sorda y mi odio concentrado, yo me mantuve alejado de toda conversación, inclinada la cabeza sobre el plato y paseaba mi mirada sobre los cuatro, desfilándola al filo de las cejas con propósito inquisitivo, tratando de sorprender la primera manifestación que me trajese la certidumbre de lo que yo deseaba. Noté que mi actitud iba creando entre los comensales, una situación moral un poco violenta; pero nada me importaba lo demás. Hasta que sucedió que repentinamente el "Capitán Verruguini" soltó una carcajada que provocó un desborde general. Entonces yo levanté el vaso que tenía delante y se lo tiré al Capitán en la cabeza. Todos los comensales se levantaron llenos de alarma y estupefacción. Pero mi vaso no había pegado donde yo quería, gracias a la extraordinaria agilidad de Verruguini. En cambio Verruguini enarboló el suyo y contestó el ataque con tanto acierto que me señaló la frente para toda la vida.

III

Ya se acercaban las vacaciones de Carnaval, cuando el viejo catedrático de anatomía, una mañana, terminada la práctica de disección, reunió en el patio a un grupo de alumnos y adoptó un tono solemne para decirles:

—Yo, estimados amigos, no puedo dejar de aceptar con legítima satisfacción esa comida que ustedes han resuelto ofrecerme festejando mis bodas de plata con el profesorado; pero creo que sería deplorable que no se sentaran todos a la mesa o que entre los comensales hubiese alguno que no se hablaran. Ya comprenderán ustedes el alcance de estas palabras. He resuelto imponer una condición para aceptar la comida, y es que previamente al acto, y como digno prólogo a una demostración tan llena de espíritu fraternal, celebremos formalmente la reconciliación de los que están distanciados. Después de todo, el origen del distanciamiento no creo que sea insuperable. Sólo servirá de ejemplo para que en lo sucesivo se ponga un poco más de sensatez en esa clase de bromas estudiantiles.

La idea del maestro tuvo excelente acogida entre los estudiantes reunidos, que inmediatamente se pusieron a concertar la manera de acercarnos. En el Club de la ciudad universitaria, donde se efectuaría el banquete el lunes de Carnaval, el profesor nos llamaría al Capitán y a mí para que antes de sentarnos a la mesa nos estrecháramos la mano. Los muchachos nos hablaron a los dos, y los dos asentimos sin reserva.

Es decir...

IV

En aquel tiempo yo había adquirido la chifladura de las actitudes simbólicas. Cuando llegué al Club, la noche del banquete, ya estaba allí el Capitán Verruguini entre los estudiantes que rodeaban al profesor. Los salones se hallaban llenos de gente y había derroche de luz y gran animación porque la fiesta había tomado inesperadas proporciones. Un camarero acudió a desprenderme de la elegante capa negra que yo llevaba sobre el traje de etiqueta, pero lo contuve diciéndole:

—Todavía no; hay tiempo.

Y le entregué el sombrero solamente. En seguida noté que el profesor me llamaba desde lejos, y yo acudí con paso diligente. Al pasar por un espejo me miré y quiso parecerme que la cicatriz se me acusaba como nunca sobre el rostro profundamente pálido. También estaba pálido el Capitán. El profesor lo tomó por un brazo y avanzó para mí con ademán conmovido. Creo que al Capitán no llegué yo a mirarle cara a cara. Cuando él me tendió la mano, yo exclamé dirigiéndome al profesor:

—Maestro, perdone usted.

Y sacando por los pliegues una mano enguantada, se la tendí al Capitán con gesto digno. El Capitán la tomó; yo entonces giré en redondo y le volví la espalda, dejándole en la mano que me tendió la mano que yo le dí y que era la mano de un muerto.

El estudiante perdió el sentido y se desplomó allí mismo, en medio del estupor de la concurrencia. Yo me largué a la calle respirando a pulmón pleno.

V

Aquella misma noche, después de la comida, los estudiantes de anatomía se sortearon para batirse conmigo. La suerte se había puesto de mi parte y le tocó batirse al propio Capitán. Acepté el lance caballeresco en las condiciones que quisieron imponerme. De esta manera nos batimos a sable, en condiciones bastantes heroicas, aunque sin más consecuencia que un arañazo.

Hubo otra consecuencia, pero de carácter chusco. Ella fué que cuando ya los duelistas nos retirábamos del escenario del honor, a los padrinos se les ocurrió reconciliarnos, y como ya estábamos vestidos y me cubría con la capa que había llevado al banquete, resultó que el Capitán, al ver asomar la mano que yo le daba, en lugar de tomarla, salió huyendo.

Pero entonces no pude ofenderme. Comprendí que, de mi parte, ya hubiera sido un exceso de pundonor.

MAXIMAS

Los que se dedican demasiado a las cosas pequeñas, se hacen, por lo general incapaces de las grandes.

Pocas cosas hay que sean impracticables por sí mismas; las más de las veces los hombres no logran un éxito franco, antes por falta de aplicación que por carencia de medios.

Nos es más grato el trato de aquellos que nos deben beneficios, que el de aquellos de quienes los hemos recibido.

A todo el mundo le gusta corresponder a los favores sin importancia; algunos llegan a reconocer los que la tienen relativa; pero difícil será hallar uno siquiera que no pague con la ingratitud los mayores beneficios.

El hombre se imagina que obra por sí, cuando esta influído por otro; y aun cuando su ánimo tiende hacia una cosa, su corazón, sin darse cuenta, gravita sobre otra.

Hay en el amor dos clases de constancia: una proviene de encontrar siempre en el objeto que nos deleita nuevos motivos de ternuras; la otra, de hacer cuestión de honor el ser constante.

En la adversidad confundimos, a veces, la debilidad con la firmeza; la sufrimos, sin atrevernos siquiera a mirarla, como los cobardes se dejan matar sin resistencia.

Los seres despreciables son los únicos que temen el desprecio.

Nos presentamos con timidez ante la persona amada, siempre que hemos coqueteado con otras.

Los crímenes que sólo conocemos nosotros, fácilmente los olvidamos.

La perfidia y la traición son hijas de la falta de capacidad.

Rochefoucauld.

La gloria de payaso

Por Eduardo M. del Portillo

Era un payaso célebre, era payaso desde niño. Hijo de un clown célebre, su ambición de artista y su ensueño de hombre fueron "llegar a ser" el gracioso por antonomasia.

Se llamaba Tin y Ton, y su presencia en la pista era un triunfo de cascabeles y de risas. La orquesta abría la espita de los ruidos metálicos, y sobre sus estridores, clara, alegre, la voz del payaso desarrugaba el entrecejo de los espectadores, aterrados por el número de los trapecistas o de los tigres reales. Los caricatos, con su facha descuidada, eran la gloria del circo, cuando sus espectáculos no habían perdido en ingenuidad para ganar en riesgo y experimentos de laboratorio.

Tin y Ton quería ser el payaso de los niños. Su nombre tenía sonido de campana y sus risas eran escandalosas.

Con su cara boba y sus vestidos extravagantes era la delicia de los grandes y la felicidad de los pequeños.

—¡Hola, Tin y Ton!—le gritaban los pequeñuelos.

—¡Hola amiguitos!

Y los hacía desfallecer de dicha, cuando a los niños les gritaba:

—¡Vamos a ver! A saludarme todos a coro. ¡Atentos!... ¡Hola, Tin y Ton!

Repetía el coro infantil:

—¡Hola, Tin y Ton!

Se enfadaba el payaso:

—¡Muy mal! ¡A ver, otra vez! ¡Y más alto!... ¡¡Hola, Tin y ton!!

Como si millares de campanitas se echaran al aire, aquellas gargantitas gritaban:

—¡¡¡Hola, Tin y Tooon!!!...

—Así me gusta. En premio por haberlo hecho tan bien, venid a verme todas las tardes.

Niños y grandes aplaudían. Y el payaso se sentía glorioso, porque aquel triunfo era puro, espontáneo.

II

Tin y Ton arrugó un día el entrecejo al descubrir con cuanta indiferencia escuchaba sus chascarrillos, ensayados delante de un espejo, su propio hijo.

—¿Quieres reirte, nene?

—Sí—respondía gravemente el niño.

Escucha.

Le decía al pequeñuelo la gracia, tantas veces aplaudida; hacía la pirueta, contraía el rostro con un gesto cómico muy celebrado. Nada. Se reía la esposa, la hermana, el clown compañero... Todos, menos su hijo:

—¡Caramba este niño!... Me ha nacido para académico.

Y creyendo haber encontrado la gracia suprema:

—Oye, nene, ¿tú eres sauce o ciprés?

—No—exclama seriecito.

—Pero, rico ¿no te hace reir papá?—interveníа la madre.

—No—repetía aburrido.

—¡Pero, mira, si es muy gracioso lo que hace:

Como recurso supremo, Tin y Ton le preguntó a su hijo:

—¿Quieres que me pinte las manos?

—¿Quieres que me pinte las narices?

El niño le volvió la espalda sin contestarle.

III

Tin y Ton dispuso que una tarde llevasen a la imperturbable criaturita al circo. Quizá desde la pista le haría reir. El, que provocaba la risa clara y estrepitosa de tanto niño, almas blancas, sin sombras y sin recelos, no podía lograr que su hijo se divirtiera con sus payasadas. Esta contrariedad nubló un poco su gloria de gracioso. ¿Lograría en pleno circo, con el ropaje grotesco, lo que no podía conseguir en su casa con la cara limpia?

Nervioso, preocupado, salió aquella tarde a la pista. La mente ocupada por la idea de hacer reir al niño, hizo su salida sin el estrépito de costumbre. Su público se sintió sorprendido. ¿Qué le sucedía a Tin y Ton? Pero Tin y Ton, con los ojos puesto en la localidad que ocupaba su hijo, estuvo desacertado, torpe. Las lágrimas se le agolparon a los ojos al ver que el niño no reía.

Dolorido, presintiendo el fracaso, intentó una gracia:

—¡Aquí está Tin y Ton, alegre y loco, como campana echada al vuelo. ¡Tin y Ton, que tiene un hijo que es ciprés!...

El más profundo silencio acogió sus palabras. Tin y Ton, sintiéndose derrotado, infeliz, se retiró de la pista llorando.

IV

Nadie le dió importancia a lo sucedido. El empresario, apenas extrañado, le preguntó:

—¿Estás enfermo?

La esposa del artista entró en el camerino asustada.

—¿Qué te pasa? ¿Qué tienes?

El payaso atrajo a su hijo y tiernamente lo abrazó y lo besó.

Fué el niño, al cabo de un rato, quien rompió aquel silencio emocionante:

—¡Papá!

—¿Qué hijo mío?

—¡Yo quiero ser payaso, como tú!

Tin y ton miró fijamente al niño. Al fin, subiéndolo en sus hombros, gritó, como ante su público infantil:

—¡Aquí están Tin y Ton y su hijo que van a conquistar la gloria del mundo!...

Con risas y lágrimas de felicidad besó al futuro payaso:

—¡Te reconozco, hijo mío! ¡Eres digno de mí! ¡Tú eres mi triunfo!



La llegada de la escuadrilla de aviones norteamericanos



El "New York", aparato comandado por el jefe de la expedición, mayor Herbert A. Dargue, en el momento de acuatizar en el antepuerto.



El mayor Dargue trasladándose a bordo del bote que le condujo al crucero "Garibaldi", poco después de su arribo. A la izquierda aparece el "Detroit" que acaba de acuatizar en esos instantes.



El mayor Dargue y su segundo, el teniente primero Ennis C. Whitehead, acompañados por el personal de la legación de Estados Unidos, dirigiéndose a bordo del crucero "Garibaldi"



El "San Francisco", después de tomar aguas argentinas. Aparecen sobre él el capitán Iro C. Eaker y el teniente primero Muir S. Fairchild, que lo pilotearon.



El ministro de Marina, almirante Domecq García, dando la bienvenida al jefe de la expedicín mayor Dargue.



Los ocho aviadores estadounidenses, a bordo del crucero "Garibaldi" momentos después de su llegada, piloteando los anfibios "New York", "Detroit", "San Francisco" y "San Luis".



Los tenientes Weddington y Robinson, pilotos del "San Luis", diriguiéndose al "Garibaldi".



El jefe de la escuadrilla, mayor Herbert A. Dargue.



El doloroso accidente ocurrido a los aviadores estadounidenses





Una fatal colisión entre los aviones "New York" y "Detroit", mientras se dirigía la escuadrilla al aerodromo de "El Palomar", determinó una horrible catástrofe que consternó a toda la República. — A la izquierda el cadáver del capitán Clinton F. Woolsey, piloto del "Detroit", después del fuerte accidente. A la derecha: el "Detroit" completamente incendiado por efectos del choque, ofrece el informe montón de sus restos.



Los malogrados aviadores Woolsey y Benton, a quienes el destino eligió como victimas del lamentable accidente.



Los restos mortales de los infortunados aviadores Woolsey y Benton, pilotos del "Detroit" al ser conducidos a la iglesia metodista donde se ofició un servicio religioso.. — Encebezan el acompañamiento el Presidente de la República y algunos ministros del P. E.



El mayor Pedro A. Zanni pronunciando su oración fúnebre ante los despojos de los héroes caídos



El Presidente del Círculo Militar coronel Fasola Castaño, haciendo uso de la palabra.



El teniente de navío Marcos A. Zar, pronunciando su discurso.



Los restos de los aviadores seguidos de una gran muchedumbre, encabezada por el presidente Alvear, son trasladados a bordo del "Vaubán" que los transportarán a Estados Unidos.



El cortejo fúnebre llegando a la dársena norte. — Los dos féretros, llevados por oficiales del ejército argentino, son conducidos a bordo del "Vaubán".



Los lucidos festejos de carnaval





CORSO DE LA AVENIDA DE MAYO. · A la izquierda: uno de los palcos. A la derecha: uno de los vehículos que desfilaron por el corso.



Un vistoso conjunto en la Avenida.



CLUB DE FLORES. — Grupo de señoritas que asistieron al baile de disfraz.



Otras concurrentes al baile realizado en el Club de Flores.



CORSO DE FLORES. — "Estrellas del Norte". — Familias de Oliva y Wilson.



"Bonapartistas". — Familias de Giménez, Real y Cataneo..



El palco oficial del corso de Flores.



VILLA DEVOTO. — Un grupo de concurrentes al baile efectuado en el Club Olimpia.



Un vistoso palco del corso de Villa Devoto.





Otros dos llamativos conjuntos femeninos de dicho corso, que se destacaron por su indumentaria.







CORSO DE LA BOCA. — Dos palcos originales que llamaron, justamente, la atención.





CORSO DE BELGRANO. — Un simpático terceto, ocupando un vehículo en el desfile y un palco de los más vistosos.



SOCIALES



CAPITAL FEDERAL. — ENLACES: Guillermina Aníbal - Lorenzo Irigoyen



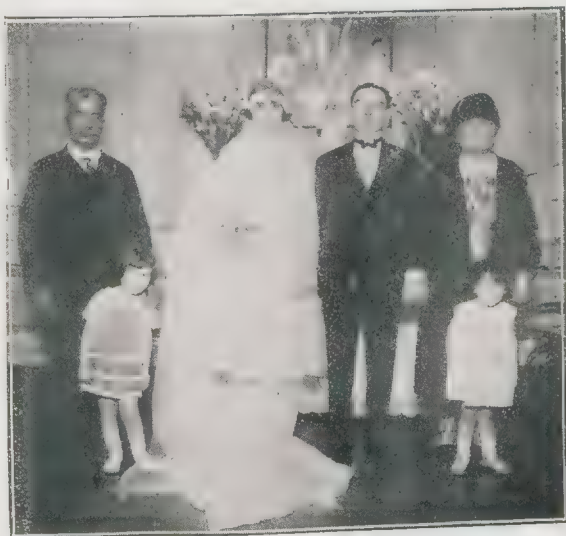
Carmen E. Santoyanni - Nicolás Pelosi.



Troglio - Santone.



Doctora Clelia Montesano - José Durán (hijo)



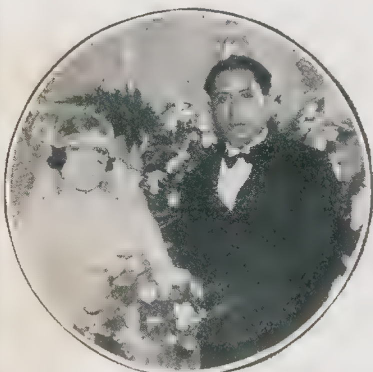
Amelia Tosoni - Bernabé Membrado.



María Antonia Altopiedi con el señor Milasi Martean.



BODAS DE PLATA. — Los esposos Federico de la Villa y Estela Ayres, al cumplir sus bodas de plata matrimoniales.



ROSARIO. — ENLACES: Ana Guida - Manuel F. Porcel.



María Esther Martínez - Pascual Albiac.



Mafalda Testoni - Albetro Fiorito.



Clara Giner - José Giró Patau



María Esther Sala - Aldo Tomasini



Ida Gorbea Cabral - Juan Luis Monchietti



Actualidades cinematográficas







Tres escenas de la nueva versión cinematográfica francesa esta vez, de "Los miserables", de Victor Hugo, (libro completo). En ellas se vé a Jean Valjean (Gabriel Gabrio) con su protegida Cosette, (Andrée Kolone); con esta misma y con la odiosa Thenardier (Mme. G. Saillard); con su perseguidor implacable Javert (Jean Tonlot). Max Glucksmann dará a conocer esta producción en su programa extraordinario, el 22 del corriente, inaugurando la temporada.



Cullen Landis y Peggy Montgomery en una escena de "La caída del luchador", film que el viernes próximo estrenará la General.



Escena de "Los errantes del mal", cinedrama interpretado por Eddie Barry,, Florence Lee, Willian Buckley etc., que la Corporación exhibe desde anteayer.



Pasaje de "¿Quién entiende a la mujer", cinedrama que tiene a Clive Brook como protagonista y que el sábado estrenará la Paramount.



Vilma Bauky y Montagú Love que con Ronald Colman son protagonistas de "Su noche de amor", film extraordinario con el cual abrirá su temporada Artistas Unidos a fin de mayo.

El automovilismo en Buenos Aires





Festejando la enagenación del automóvil Rubby que completo la cifra de veinte mil vehículos de esta marca, vendidos en la República Argentina, los importadores de dichos coches, señores Ditlevsen y Compañía, ofrecieron un lunch, en ocasin de la mencionada venta, que fué servido en los talleres mecánicos que posee la citada razón social. Dos vistas de los concurrentes al acto.

Partido de tennis



Los equipos formados por los señores Lottermoser y Beaudeau y Grumberg y Conforti que jugaron un partido en el torneo nocturno del Club de Flores, donde vencieron los primeros.

Banquete al subcomisario Valerga



Con motivo de su reciente ascenso a subcomisario, el señor Félix Valerga, fué obsequiado con un banquete que se sirvió en el restaurant Ferrari. Vista parcial de los comensales.

Bibliografía



Señor J. Gavinoser, autor del libro "Horizontes", recientemente aparecido.



Señor Julio Vignola, autor de "Las ánforas de bronce", obra acabada de editar.

De las playas montevideanas



PIRIAPOLIS. — Un grupo de bañistas y una bella perspectiva de la playa.

S. A. de Autores



Señor Emilio Curi Alvarado, recientemente nombrado administrador de la Sociedad Argentina de Autores.

Teatros



El duo Magaldi-Noda, notables cantores criollos que actúan con brillante éxito.



El señor Atilio E. Colombo y su esposa señora Delfina M. Nasso de Colombo.



MARPLATENSES



Señorita de Ocampo. En silueta: diez puntos.



El senador nacional doctor Segundo B. Gallo, su esposa, señora María Justiniana Adalid Araya y sus hijos



Señor Dellepiane y señora.



Una decoración desconcertante.



Señor Raúl Mihanovich y su esposa señora Delia Berro Madero.



Señora Adelina B. de Minussi



Señora Carmen Castagna de Peruchini, señorita Vicenta P. Castagna y señor Ranieri Peruchini



Señoritas Raquel y Norma Monlao, Fidela Terán del Sel, Nelly Pitaluga y Elena Minetti y señores Armando y Jorge Pitaluga.

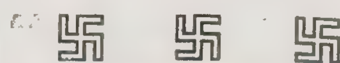




Señora Angela D. de Perazzo y su hija Irma.



Durante la cena servida en el Gran Hotel, en honor de los premiados en el concurso de baile.





Niño de Frainz y Castilla.

Fots. Iris.

El terrible dilema

Por X. X.

Al sonar los seis toques en el reloj estilo Imperio que había sobre la monumental chimenea de la lujosa sala, Arminda díjole a Roberto, que en actitud implorante estaba ante ella, reteniéndole una mano entre las suyas:

—Las seis ya, Roberto. Vete ahora es una imprudencia lo que estamos haciendo.Tú sabes que dentro de un instante "él" estará aquí. Y ya te sorprendió de visita la otra vez. Creeme que desconfía de nosotros.

—¿Te ha dicho algo al respecto?

—¡No! El nunca dice nada; pero me observa, me mira en silencio y su actitud es de suspecha. Lo leo en su mirada. Desde hace unos meses más o menos en la fecha en que... llevada por una pasión avasallante hacia tí, me olvidé de mis deberes, de todo, qué sé yo, dejó de ser el hombre afectuoso y atento que yo conocí. Llega a casa, se mete a su estudio y allí permanece hasta la hora de comer. Cuando le anuncian que la comida está servida entra en el comedor, me saluda ceremoniosamente y se sienta colocando frente a su plato una revista científica o un diario, y mientras devora su comida, lee, lee con ahinco, olvidado aparentemente de mí y de todo el mundo.

—¿Siempre fué así?

—¡Oh! ¡No!

—Quizás sospeche de tí; pero seguramente que no tendrá conocimiento de nada de lo que pasa.

—¡Ah! tiemblo por ti y por mí el día en que se descubra la verdad. Es tan violento de caracter. ¿Por qué no obramos de una vez por todas con arreglo a la verdad, sinceramente?...

—¿Cómo dices? — preguntó alarmado Roberto.

—¿Cómo? Revelarle todo,, nuestra pasión, decirle que yo no le amo ya, que deseo ser libre, que quiero divorciarme para ser feliz al lado de otro hombre...'

—¿Y te preguntará quien es ese hombre?

—Y yo no vacilaré en decírselo. ¿Porqué habría de ocultarselo?...

Roberto levantóse del sillón en que había estado sentado, se paseó preocupado por la sala mientras Arminda le observaba ansiosa, esperando su asentimiento a lo que ella le había propuesto. Al cabo de un rato, impaciente, le interrogó:

—Habla, pues... ¿Qué debo hacer? ¡El tiempo urge!

—¡Caramba!, con esta precipitación que te ha venido súbito. Tú ves visiones. El es un hombre de ciencia, preocupado de su carrera, a la que se ha entregado con toda dedicación. Para esa clase de seres el amor conyugal es una cosa que no tiene la importancia que le dan otros maridos...

—Se diría que temes llegar a las resoluciones... radicales...

—¿Yo? ¡Qué mal me conoces! — contestó sonriendo él con aplomo.

—¿Entoces?

—¿Entonces? No precipitemos los hechos. Todo vendrá a su debido tiempo. Yo no rehuyo ninguna responsabilidad. Si él se llega a enterar de lo... que pasa entre nosotros, desde ahora te lo juro, por mi honor que me comportaré como un caballero para contigo. No olvido que yo he sido el causante de tu... caída. Que a todas tus justas objeciones opuse mi pasión; a todos tus argumentos los que inspira el amor sincero, grande y profundo, que no razona, que avasalla, que hace olvidar deberes, obligaciones, familia, todo, en fin...

—¿Familia? — repitió ella que seguía embelesada el discurso de su amante.

—¡Familia, sí!... — respitió él a su vez deteniéndose como cohibido.

Luego de un rato de silencio reanudó con el mismo tono enfático su peroración, aunque menos entusiástica:

—¡La familia! ¿Mi familia, querrás decir? A eso iba. No hay que precipitar los sucesos. Tú sabes que tengo una esposa, dos hijos, uno de ellos, el varón. ya casi un mocito. Si tu marido llegara a conceder el divorcio, tú no te conformarías con que yo fuera... tu.. amante.

—Yo tendría que solucionar en primer término el problema de mi hogar. Divorciarme a mi vez, luego preocuparme del destino de mis hijos y arreglar mis asuntos comerciales. No ignoras que poseo bienes, algunos ganaciales, otros que son de mi mujer y que yo administro... En fin, hay muchas cosas, más de lo que tu te figuras, que necesitan tiempo para resolverlas. Ya ves que no rehuso responsabilidades. Sólo te pido que esperes un poco. Te prometo que tomaré desde mañana las medidas preliminares para... solucionar todos los problemas que nos separan en el momento actual. Una vez que todo esté en su punto..., tú le hablarás a tu marido, y quiera él o no lo quiera, serás mi esposa ante los ojos del mundo entero.

—¡Oh! Gracias, mi Roberto. No esperaba menos de ti — y cayó arrojada en los brazos de su amante.

—Ten calma. Unos días más, quizá uno más... o dos... cuando mucho...

—¡Eh! ¡Qué noble, qué bueno eres! Estoy orgullosa de ti... — Y se besaron con verdadera pasión.

Y ella, al breve rato, saliendo de su arrobamiento, dijo:

—Ahora vete, que cae la noche.

—Sí, me voy. Mañana a la tarde te espero en nuestro nidito. ¡Ah! No pases por mi escritorio. Eres una imprudente. No me escribas, las cartas comprometen... Bueno, hasta mañana, mi amor.

—Hasta mañana. ¡Ah! No te hagas esperar como siempre. Cuando estoy sola en tu "garconniére" me muero de impaciencia y tengo tanto miedo...

—No me haré esperar. Llegaré antes que tú.

Y se fué rozagante, alegre, gallardo como un tenorio feliz.

Arminda quedóse sola y meditabunda en la sala. La obscuridad de la tarde invadía lentamente la estancia.

A la criada que vino a encender las luces, le dijo que no lo hiciera y que prefería la dejara sola y a obscuras.

Largo rato hacia que estaba echada sobre una piel de oso blanco extendida en un amplio diván, cuando la puerta que daba al interior de la casa se abrió con cierta violencia y un hombre de alta estatura entró en la sala. Detúvose un instante fué hacia el conmutador de la luz eléctrico y encendió la araña.

Al divisar a Arminda sobre el diván, dijo con voz tranquila:

—¡Ah! ¿Estabas ahí?...

—¡Sí! Me duele un poco la cabeza. ¿Querías algo de mí?

—Sí, lamentaría tener que molestarte, pero...

—¡No! Es cosa de. nada—y se dispuso a escucharle mientras su mirada se clavaba en el rostro adusto y de líneas acentuadas de su esposo.

—¿Te incomoda la luz?

—¡No, ahora no! ¿Qué deseabas? —preguntóle con marcada dulzura, disimulando su impaciencia.

El meditó un instante y luego fijándola intensamente con sus ojos sombríos y con voz apagada, pero enérgica, le dijo:

—Te he incomodado para hacerte una comunicación de carácter urgente.

—¿Una comunicación? Soy toda oídos.

—Mañana a primera hora partiremos para la hacienda — afirmó él con energía.

—Tengo urgente necesidad de ir allí y tú, como buena esposa que eres, debes acompañarme. Muy sencillo.

—No me niego a hacerlo. Conozco mis deberes de... esposa. Pero permite que te manifieste mi sorpresa por haber tomado una resolución tan instantánea. Mañana... Partir así... de pronto.

—Sí. Partir así, de pronto—repitió él como un eco y haciendo un esfuerzo por contenerse.

Ella le miró desesperada mientra en su mente tuvo la evidencia de que "él lo sabía todo".

Tras de un largo momento de silencio, ella, que se sentía fuerte por las palabras consoladores que había oído momentos antes de los labios de Roberto, resolvió tantear el terreno, y si éste era peligroso para su situación, precipitar los hechos de una vez por todas.

—¿Y si yo me negara a acompañarte?

—No eres capaz de hacerlo...

—¿Y si me sintiera capaz?—interrogó desafiante ella.

El entonces desnudó con tranquilidad un revólver, diciendo mientras le apuntaba con él:

—Si tú te niegas a acompañarme a la hacienda, te juro que te hago saltar la tapa de los sesos...

Arminda se acogió a un biombo japonés que había allí cerca, mien-

tras medrosa se cubría el rostro con ambas manos.

El se adelantó hacia ella, la tomó de una mano, la atrajo hacia sí y le dijo:

—Y ahora, ¿qué resuelves?

Y ella, desafiante, valiente, heróica como toda mujer que está enamorada, contestó:

—¡No ir! ¡Antes la muerte!

El se sonrió burlón y le dijo:

—¡Hablemos! ¡Siéntate!

—¡Ah! Has comprendido que con una mujer como yo, las amenazas huelgan...

—No he comprendido eso. Se trata de otra cosa más grave aún. Tu negativa me obliga a darte un ligero plazo para que tomes tus medidas.

—¿Mis medidas?

—Sí. Ya sé todo. Es inútil que me sigas engañando. Tu amante es Roberto Cienfuegos. ¿No es eso?

Ella no contestó, pero hizo un signo afirmativo.

—Ahora bien. Escúchame. Yo soy un marido ultramoderno. Hubiera podido sorprenderos a los dos, hace un rato, en esta misma estancia, mientras él te juraba fidelidad y amor eterno, mientras te decía que por tí sacrificaría deberes, obligaciones y hasta a su entera familia.

—¿Tienes espías a tu servicio?

—Sí. Un espía infalible.

Se dirigó a una ramo de rosas artificiales que había en un florero, sobre la consola, y le mostró entre las flores un micrófono disimulado.

—Este aparato me ha tenido al corriente de tu traición. Comunica con mi estudio...

Ella le miró con desprecio y preguntóle.

—Y ahora que todo lo sabes, ¿qué intentas hacer?...

—Como yo dudo de los discursos de los galanteadores de oficio; como tengo mucha experiencia de la vida y me parece que los juramentos de amor [illegible] suelen ser falsos cuando a cumplirlos apuran [illegible]certe una tabla de salvación.

—¿Una tabla de salvación?

—Sí. El dilema es el siguiente: ¡o el casamiento con ese... Roberto, o la muerte!

Ella se sonrió con petulancia.

—Veo, no sin cierto pesar, que estás a punto de perder el juicio... si no lo has perdido ya.

—¿Por qué te parece?

—Porque estoy tan segura del amor de Roberto que la segunda parte del dilema me parece una amenaza pueril, ingenua, indigna de un hombre de tus alcances intelectuales.

El marido la miró con severidad y replicó:

—Como no se trata de una broma más o menos inocente, voy a fijar los términos de mi resolución. Mañana antes de mediodía irás al escritorio de Roberto Cienfuegos y le exigirás que cumpla lo que te ha prometido con tanto entusiasmo hace un rato en esta misma sala.

—Le dirás que tiene el tiempo justo que exigen todos los trámites necesarios para divorciarse de su esposa y que su demanda debe ser presentada el mismo día ante el juzgado respectivo. Si hace tal cosa, te prometo divorciarme en seguida y quedarás libre de casarte con él. Si se opone a ello, entonces me cobraré la afrenta con tu vida. En cuanto a él... sería una lástima que yo le suprimiera del mundo cuando tanta falta le hace a ciertas mujeres...

—No habrá necesidad de que apures tu venganza de esa manera tan violenta; está seguro de que Roberto, apenas se entere de lo que pasa, hará lo que corresponda. Es un caballero y me ama por sobre todas las cosas.

—¡Muy bien! Pero ten entendido que si no cumple como te lo ha prometido, morirás a mis manos. Y si llegas a huir te seguiré hasta el fin del mundo —. Y guardó su revolver.

—Véte tranquilo — díjole ella sonriendo con intensa alegría —. Si el conservar mi vida depende de la seguridad de que te llevarás un chasco soberano.

Ya cerca de la puerta de salida él la interrogó:

—¿Y si a pesar de tu seguridad él no cumpliera?...

Ella, fuera de sí, loca de entusiasmo, segura del amor de Roberto contestóle,

—Si él no cumpliera con su palabra, yo misma cargaré el revólver con que me has de matar. ¡Después de todo, qué me importaría el vivir sin su amor!

El esposo la miró en silencio con un gesto de profundo ironía, abrió la puerta de la sala y se escurrió como una sombra.

Ella corrió hacia él, luego se detuvo y murmuró con desprecio:

—¡Qué imbécil!

Se oyeron los pasos del marido que se perdía en la soledad del inmenso patio de la casa y Arminda se fué casi corriendo hacia su alcoba, echándose sobre el lecho mientras balbucía rebosante de alegría:

—¡Qué felicidad! ¡Qué felicidad me espera mañana! Y lo que menos pensó fué en la muerte que le acechaba...

———

El portero de la gran casa de Consignaciones y Exportaciones de don Roberto Cienfuegos, al ver llegar al portal a la señora Arminda Barreiro de Infante, adelantóse a ella, y como ya la conocía por haber venido algunas veces al escritorio de su amo, "por asuntos personales", le preguntó confidencialmente con toda dulzura:

—¿Desea la señora hacer antesala y esperar, o que la anuncie en seguida, pues el señor está de conferencia con el director del banco London-ParísLimited?

Ella se detuvo cohibida ante el obstáculo que se le presentaba de pronto, pero meditó que no le convenía permanecer en antesalas donde podía haber gente de su conocimiento, y dijo:

—No deseo esperar ni un solo instante. Dígale al señor que deseo verle urgentemente por un asunto de muchísima gravedad.

El portero entró en el escritorio y al rato salió dirigiéndose a Arminda:

—Sírvase pasar. El director del banco acaba de salir.

Ella cruzó la antesala donde había toda clase de clientes, entró tras del portero en el escritorio y esperó junto a la puerta.

Roberto la acogió con una atenta sonrisa, ofreciéndole un asiento; pero apenas salió el portero y hubo cerrado la puerta, su rostro se transformó y le dijo con brutalidad.

—¿No te he dicho que no quiero que vengas al escritorio? Aquí resuelvo mis asuntos comerciales y nada más. Los otros ya sabes donde...

Ella se irguió de un salto y le contestó desesperada:

—Lo sé muy bien, Roberto. Sólo un motivo muy grave me ha hecho violar la consigna.

Roberto calmóse y mientras la estudiaba desconfiado, dijo:

—¡La eterna historia! ¡Qué tu marido sospecha! ¡Que tu vida está en peligro! ¡Bah! Bagatelas de mujer histérica.

—¡No, Roberto! — gritó ella. — ¡No! No prejuzgues. ¡El lo sabe todo!

—¿Que lo sabe todo? — preguntó incrédulo y no sin temor.

—¡Sí! Ayer, apenas tu te fuistes de casa, entró él en la sala y me reveló que sabía nuestras relaciones y estaba al tanto de todos tus proyectos respecto de mí en el caso de que nuestro secreto dejara de serlo para él.

Roberto se aferró a la incredulidad como momentáneo recurso para esquivar responsabilidades y le dijo sonriente, tomándole los hombros con sus dos manos:

—Escúchame, Arminda. Todo lo que me dices tiene la apariencia de un cuento. Sí; perdona mi franqueza. Un cuento bien urdido.

Arminda le miró en el paroxismo de la ira.

—¿Un cuento dices? ¿Pero estás en tu juicio o te has vuelto idiota de pronto?

—¡Claro! — objetó él, desarmado ante la actitud violenta de su



—Vea, señor. Suba o baje. Ahí no puede viajar.

¡MADRECITA!

Madrecita buena
la de alma serena
y fácil perdón.
Madrecita santa,
que hablando encanta
por su corazón.

Tierna madrecita
cuéntame tu cuita
dime tu dolor;
hazme confidente
de tu alma doliente
que sufre de amor.

Buena madrecita
cual una hermanita
de la caridad.
¿Cómo habiendo amado
hoy te has resignado
con tu soledad?

¿Cómo siendo buena
para ti una pena
la vida guardó
Madrecita mía
vuelva la alegría
que el dolor llevó.

Vuelve a ser dichosa
a gozar celosa
tu felicidad
¡Madrecita buena,
váyase tu pena
con tu soledad!

Tabanillo.

amante. — ¡Claro! ¿Cómo voy a creer que él conoce mis proyectos respecto de tí? ¡No habrá estado escuchando tras de la puerta, supongo!

—¡No! Algo peor. Colocó un micrófono en un ramo de flores artificiales que hay en la consola de la sala y ha oído todo, todo lo que hemos hablado, desde su escritorio...

Roberto, que era cobarde por naturaleza, cambió de octitud y pasó sin transición al mayor de los desalientos. Sentóse en uno de los sillones tomándose con ambas manos la cabeza y dijo con voz temblorosa:

—¡Entonces estamos perdidos!

Y de pronto iba a lanzaise a la puerta cuando Arminda, comprendiendo su intención, le dijo con naturalidad, mirándole con desprecio incontenible:

—No hay necesidad de que avises al portero de que evite la entrada aquí de mi marido. Tranquilízate. El no vendrá aquí a matar a ninguno de los dos.

—¿Entonces?

—Soy yo la que he venido, enviada por él.

—¿Enviada por él? ¡No comprendo! ¿Un chantage? ¿Qué quiere él de mí? ¿Un duelo?... Aunque no soy partidario de los duelos... ¡Ah! ¡Sí, con dinero se arregla todo!

Y la miró como esperando la aprobación de su amante.

—Francamente, creo que la noticia te ha dado vuelta al juicio. No se trata de dinero, ni de duelos ni cosa que se parezca — le dijo ela con tono de profunda amargura, pues ya comenzaba a darse cuenta del verdadero caracter de Roberto.

—Pero, ¿qué quiere ese hombre de nosotros? Si lo sabe todo, ¿qué espera para vengarse de mí... y de tí?... — preguntó tranquilizado al notar la serenidad de Arminda.

—El me ha puesto en un dilema terrible.

—¿Un dilema terrible?

—¡Oye! O tú presentas esta tarde misma una demanda de divorcio. para casarte conmigo, o...

—¡O me asesina! — gritó fuera de sí Roberto.

—No. Tu vida no corre peligro. Estate tranquilo. Es la mía la que él piensa suprimir...

—¡Ah! — pronunció aliviado Roberto, lanzando un suspiro de satisfacción que no pudo disimular.

Y luego de un momento de reflexión:

—¡Ah! Es tu vida la que...

—Ya te lo he dicho. O tu divorcio , o mi muerte.

—¡Pero eso es absurdo! ¿Dónde se ha visto cosa igual?

—No es para que te asombres tanto. ¿No estabas dispuesto a divorciarte en cuanto nuestro secreto fuera conocido por él? Ayer mismo me lo juraste.

—¡Ah!. Sí. Uno promete en la vida tantas cosas sin meditar en las consecuencias...

—¿De modo que tus palabras fueron vanas? — le increpó con violencia Arminda.

—Te diré... Claro, ya te lo prometí; pero ignorando que los sucesos iban a precipitarse en la forma en que ha sucedido. Precisamente, el director del banco London-París, que hace unos instantes salió de aquí, acaba de otorgarme un fuerte crédito con la garantía de la firma de mi esposa, y tú comprenderás que no sería delicado divorciarme de ella en estos momentos...

—¡Basta ya! No deseo saber más Si vine a verte es por que creí que el elegido de mi corazón era un hombre sincero, un caballero, no un vulgar hombre de negocios.. un cobarde en una palabra.

—Pero si yo continúo amándote, Arminda.

Ella adelantóse hacia él, levantó la diestra como para darle una bofetada, se contuvo, y le dijo mientras se dirigía a la puerta de salida:

—Ahora , aunque hicieras todo lo que te he pedido, preferiría, antes de ser tu esposa, mil veces la muerte. Sí. La muerte, que nunca será tan cruel como la horrible decepción que acabas de producirme.

—Escúchame, mi amor. Espera. Todo puede arreglarse todavía — e intentó tomarle el talle con su diestra.

Ella se desprendió con violencia y le dijo:

—¡Calla! Adiós para siempre. ¡Y que no recuerdes que de mis labios salió para ti una sola palabra de amor y tan poco que ellos te han dado un solo beso! ¡Quédate con tus negocios! Que no se te malogre el fuerte empréstito.

Y salió dando un portazo.

A duras penas pudo sostenerse hasta llegar a la calle.

Llamó un taxímetro. Subió a él y le dió la dirección de su casa y comenzó a llorar como se llora una sola vez en la vida...

Luego de haberse calmado en su desesperación, pensó en lo que iba a hacer.

Entrevistarse con su marido, además de que equivaldría a ir al encuentro de la muerte, le resultaba terriblemente humillante para su amor propio de mujer. Ella, que le había hablado de Roberto como si este fuera el dechado de los hombres enamorados pundonorosos y cumplidos, fieles a la palabra empeñada. ¡Cómo había de burlarse él al verla llegar humillada. vencida, en el colmo de la desesperación!

— No importa. Es una justa represalía que se tomará por mi falta. Ha ganado la apuesta y debo pagar.

El auto se detuvo frente de la puerta de su casa. Dióle al chofer el dinero de la carrera y subió precipitadamente a su alcoba.

De allí fuése al escritorio de su esposo. Antes de que llegara a él se abrió la puerta y apareció en el umbral la silueta de su marido.

Detúvose ella. Le miró frente a frente y con voz indefinible de profunda decepción, díjole:

—¡Aquí estoy ! ¡Mátame!...

El la miró intensamente y, contra lo que ella esperaba, la tomó de la mano con dulzura, la atrajo hacia dentro de la estancia y con voz tranquila, sin asomo de cólera, le dijo:

—¡Ya lo sabía!

Ella le miró como interrogando —Sabía que ese Roberto es un seductor de oficio, un "bel ami" incapaz de ningun sacrificio por la mujer que ha olvidado sus deberes para satisfacer su placer, única finalidad de su temperamento superficial.

Ella, mientras retorcía sus manos con supremo dolor, el dijo plañideramente:

—¡Mátame! ¡Mátame! Pero no me hagas sufrir con tu escarnio.

—¡No! — le dijo él —. Vete a tu alcoba. Tranquilízate y alístate. Mañana a primera hora partiremos para la hacienda.

Más que una orden era un ruego.

Ella le miró con los ojos y notó que él no se atrevía a mirarla. Estaba pálido, ojeroso. Su rostro revelaba una profunda tristeza interior. Ella sintió por él una lástima profunda. Iba a caer de rodillas pidiéndole perdón por su falta, cuando él, adivinando quizás su intención, le dijo con voz cortante:

—¡Vete, Arminda! Tu presencia me resulta dolorosa en estos momentos. Disculpa...

Ella obedeció.

Ya en el patio le pareció oir un sollozo que partía del escritorio de su marido, y fuése lentamente a su alcoba.

ANECDOTA

El gran pintor Messonier tenía un jardinero dotado de una memoria maravillosa que conocía el nombre de todas las plantas y de todos los granos. Imposible agarrarlo en falso. Su patrón había dicho a Emilio Augier, que a pesar de todo lo conseguiría. Un día lo mandó llamar, y mostrándole un papel azul que contenía huevos de arenque secos, le preguntó:

—¿Conoces estos granos?

Después de un examen maduro el jardinero dijo:

—Sí, son granos de pulpos fiximos, planta rara de los trópicos.

—¿Cuánto tiempo es necesario para que la planta salga de la tierra?

—Cerca de quince días.

Se pone de acuerdo con Emilio Augier. Quince días después en el momento en que los dos amigos acababan de comer, el jardinero se hizo anunciar.

—Señor Messonier, las plantas han salido de la tierra. ¿Queréis venir a verlas?

—¡Ah! Qué bueno está esto; demasiado bueno,—exclama el pintor.

Bajan al jardín: el jardinero levanta una campana de vidrio, de la capa de tiera húmeda salían... una triple fila de cabezas de arenques salados...

Excentricidades

No es de extrañar que en los Estados Unidos, la tierra de las excentricidades, el bello sexo dé un respetable contigente de excéntricas. He aquí algunos de los muchos casos que cita M. C. N. Tricoche:

En Oakland vive una señorita, miss Lamphier, que es coronel auxiliar de un regimiento de la milicia, "California Greys", la cual viste el uniforme masculino y asiste a las maniobras con asiduidad.

Otras señoritas figuran en primera línea entre las intrépidas que atraviesan los Estados Unidos de un extremo al otro, a pie, y sin ser escoltadas por ningún hombre.

En Luisiana, una señora muy conocida acaba de casarse en novenas nupcias, después de haber enterrado tres maridos y de haberse divorciado de otros seis.

Sin embargo aunque parezca mentira, esa señora no es la que mantiene el "récord". Otra dama, residente en East Saint-Louis de Illinois, de cuarenta y cinco años de edad, ha obtenido su undécimo divorcio y ha tenido quince maridos. Dicho sea de paso, es posible que, para atajar la marcha ascensional del divorcio, se abra en Bennington, Vermont, un colegio de señoritas, con objeto, según dice el prospecto, de preparar para su alto destino a la mujer, cuya ambición es de venir madre de familia y fundar un hogar durable y dichoso.

¿Enseñará también en ese colegio el arte de pasar la luna de miel? Sería útil y oportuno, porque se esta poniendo en moda entregarse, durante ese dulce período, a extravangancias sin cuento. Varias jóvenes parejas de recién casados han aprovechado esa ocasión para pasar unas cuantas semanas en la soledad de los bosques, viviendo allí del modo más primitivo posible.

Se habla mucho del caso de unos recién casados del Estados de Virginia, que han vivido una semana en la selva, completamente desnudos, al amparo de los árboles, a falta de una tienda de campaña, y sin armas, ni utensilios de cocina, ni una manta con que abrigarse.

MENTIRA DE HONOR

Por V. M. Glure

Mientras ascendía por el obscuro y desierto camino, Ricardo Grabbe tenía todo el aspecto de un hombre de negocios. Su sobretodo de gabardina y lo poco que mostraba del traje azul hablaban de un buen sastre y los elegantes zapatos debían haber sido fabricados por algún reputado zapatero. Hasta en la galera y la forma en que la llevaba puesta había distinción. Su aspecto en conjunto, incluso la valija, que llevaba en la mano, era de lo más agradable.

El camino terminaba en un portón que daba entrada a un espacioso jardín, en cuyo centro se levantaba una majestuosa mansión. Grabbe se detuvo, sacó la cigarrera, pero en vez de tomar un cigarrillo, echó una ojeada a su alrededor, volvió a guardarla y se dirigió a la casa. En la profunda obscuridad que producían los altos árboles que la rodeaban. sus pasos eran resueltos, llenos de seguridad. Aunque era difícil ver las plantas y cuadros del jardín que encoutraba a su paso, lo esquivaba sin hacer el menor ruido y sin dejar una marca de pisadas sobre la blanda arena.

Para uno de la experiencia de él, las ventanas francesas del frente presentaban poca dificultad, y todo lo que necesitaba para abrir una de ellas, era un cuchillo de hoja delgada. El asunto estuvo terminado pronto, y al introducirse en la habitación dejó escapar un leve suspiro de satisfacción.

Antes de encender la antorcha eléctrica que sacó de un bolsillo, cubrió cuidadosamente la ventana con la cortina del interior, y después enfocó la antorcha. Las paredes de la habitación estaban cubiertas con bibliotecas casi desde el suelo hasta el techo, y no había ni señas de la caja que esperaba encontrar allí; pero recorrió las estanterías revisando minuciosamente cada división, hasta que se detuvo frente a cierta sección. En los tableros que formaban la base de estantería notó dos cortes transversales en la madera, que correspondían con la división de encima. Una cuidadosa inspección de los volúmenes que quedaban a la altura de la vista mostró dos libros, los cuales parecían haber sufrido un manipuleo mayor que los demás. Un poco de deterioro a cada lado del dorso de ambos y el pequeño desgaste en la tabla donde descansaban, le dió la certeza de que no necesitaría ir más adelante con su empeño. Retiró los dos volúmenes e iluminó el hueco, y, como lo había imaginado, apareció en la tabla del fondo un agujero de cerradura.

Trabajando con rapidez, pero sin aparente apuro, probó varias llaves de un manojo que había sacado de la valija, y, por fin, encontró una que hizo funcionar el mecanismo. La sección completa salió de la pared, en forma de cajón, para después girar hacia la derecha sobre unas bisagras, dejando al descubierto una moderna caja de seguridad.

Crabbe arrimó una silla, sobre la que colocó abierta la valija, con objeto de tener las herramientas más a mano, y puso manos a la obra.

La habitación quedó de pronto profusamente iluminada. Crabbe se dió vuelta y se encontró ante el cañón de un revólver firmemente sostenido.

—¡Arriba las manos! — dijo una voz tranquila.

Crabbe obedeció al instante. Bajo el dintel de la puerta estaba un hombre tan alto y bien vestido como él. El recién llegado sonrió sardónicamente, y con el revólver aún apuntando, avanzó hasta donde estaba Crabbe.

—¡Dése vuelta!

Crabbe obedeció, y sintió la mano de su aprehensor recorriéndole el cuerpo.

—No se preocupe — dijo Crabbe, con una pequeña sonrisa; — no estoy armado.

—¡Hola! Un ladrón educado. Muy bien; no creo que esté usted armado. Acérquese a esa silla, que está al lado derecho de la estufa, y siéntese. Puede bajar las manos.

—Gracias — dijo Crabbe, obedeciendo una vez más. Cuando estuvo sentado, notó que le miraba fijamente, pero en una forma particular, así como si estuviera escuchando al mismo tiempo.

—Y ahora, ¿puedo saber el nombre de mi inesperada visita? El mío, como tal vez usted sabe, es Brickers.

—Mi nombre por el momento es Crabbe... Ricardo Crabbe.

—Muy bien señor Crabbe — continuó Brickers, aun con esa rara forma de mirar o escuchar.—Creo que una copa no estaría mal mientras discutimos lo que debo hacer con usted. ¿Qué le parece un whisky con soda?

—Gracias, — dijo Crabbe —pero livianito, por favor.

Poniéndose el revólver en el bolsillo, Brickers atravesó la habitación con pasos largos y lentos hasta un pequeño gabinete de caoba, del que sacó una botella, un sifón y dos vasos. Sirvió en uno de los vasos una porción de [illegible] y lo levanto a la luz para [illegible] le viera.

—¿Que le parece? — [illegible]

—Bastante; gracias.

—Diga cuándo — agregó, [illegible]cándose a Crabbe, —para ser[illegible] la soda.

—Gracias — dijo Crabbe, cuando el vaso estuvo lleno.

Brickers se acercó más aún y le entrego el vaso.

—¿Está seguro que no es demasiado flojo? — le preguntó.

—Segurísimo — dijo Crabbe sonriendo de nuevo —. Mi ocupación no me permite tomar bebidas fuertes.

—Lo comprendo.

Brickers volvio al gabinete y preparó su bebida.

—¿Así que usted es profesional? —le pregunto, con tono a [illegible] —¿Este no es su primer trabajo?

—Señor mío — exclamó Crabbe, —fíjese en ese estuche de herramientas y dígame si no soy un profesional.

El otro volvió la cabeza hacia las estanterías, pero a Crabbe le pareció que no tenia interes en las herramientas.

—No vale la pena que me tenga lástima — continuó Crabbe. — Yo vivo desvalijando a la sociedad, y el riesgo de ser capturado es sólo una parte de mi ocupación.

Brickers lo observó por un momento, con aquella rara intencidad.

—Ha estado usted, por casualidad en el ejército?— le preguntó.

—Naturalmente — fué la rápida respuesta de Crabbe —. Tuve que hacer mi parte, como todo el mundo durante la guerra.

—Entonces, sus instintos no son enteramentes perversos.

—Piense, lo que guste — dijo Crabbe, encojiéndose de hombros —. La cuestion es que me tocó tomar parte en el baile también.

*

Brickers se acercó a una mesita que estaba contra la pared y tomando una silla se sentó al lado de Crabbe.

—¿Qué quiere fumar, señor Crabbe? — le preguntó — Puedo ofrecerle un excelente cigarro.... o un cigarrillo. Los [illegible] en ese mueble que está al lado suyo.

—¿Me permitiría que fume uno de mis propios cigarrillos? — preguntó Crabbe —. En mi [illegible] de Raffles tengo una clase especial de cigarrillos fabricados expresamente para mí.

Sacó la cigarrera, tomó un cigarrillo y lo encendió. No obstante su aparente tranquilidad, la forma de obrar de Brickers lo tenía algo preocupado. Lo raro que encontraba en él era el aire de curiosidad que demostraba... una actitud como si estuviera constantemente escuchando. Aparte de esto, había en él un extraordinario aspecto de calma. Su expresión era plácida hasta cierto punto, pero lo que le llamaba la atención era lo profundo y al mismo tiempo inseguro de la mirada.

*

Señor Crabbe — dijo Brickers, después de un corto silencio —, debo anticiparle que detesto la idea de entregarlo a la policía pero ¿me promete no atentar de nuevo contra mi caja?

—Es usted muy generoso — dijo Crabbe, imitando la sonrisa medio

HERALDICA

Señora: ostenta el blasón
de mi escudo, insignias reales
y en cien combates parciales
gané el apodo de León.

Llevé a manera de airón,
en alto, mis ideales
y en mis bélicos tendales
siempre anidó la ilusión...

Pero hoy desdeño esta vida
que alcanzar tu amor no pudo
y ante tus ojos azules

me abriré mortal herida
que al sangrar sobre mi escudo
pintará un campo de Gules!...

Oscar R. Beltrán.

DOS RICOS

Cuando ante mí se celebra al archimillonario Rotschild, quien con sus inmensas rentas, cosagra sumas cuantiosas a educar niños, curar enfermos y fundar asilos para ancianos, también lo elogio y le admiro.

Pero, al alabarle y admirarle, por eso, no puedo dejar de acordarme de una pobre familia de labriegos que había recogido a una huérfana en su miserable choza.

—Si nos hacemos cargo de Katia, — decía la campesina, nos dejará sin nuestro último céntimo y ni siquiera tendremos para comprar sal con qué sazonar la sopa.

—Pues bien, la comeremos sin sal, — contestó el marido.

¡Cuán lejos está todavía Rotschild de ese labriego!

Ivan Turgueneff.

[illegible]umorística de su interlocutor —. [illegible] doy mi palabra.

—Bien. Ahora, ¿quiere permitirme , a pesar de lo avanzado de la hora, que lo detenga para que charlemos un rato? Encuentro en usted un nuevo tipo de hombre para mí, si me perdona la expresión, y como yo soy algo así como un recluído, encontraría su compañía agradable.

[illegible]y acostumbrado a las al[illegible] de la noche, señor Bric[illegible] respondió Crabbe, con una [illegible], — y francamente me gusta la comodidad de su biblioteca. Su whisky también es excelente. ¿Está seguro que no preferiría, en vez de un cigarrillo... el que, a propósito, debe ser de la marca Tolliter, uno de mis cigarros?

—¿Cómo supo usted que era un Tolliter? — preguntó el sorprendido Crabbe.

—Por el aroma. Tengo un olfato muy delicado, señor Crabbe.

—Así debe ser — dijo Crabbe — Yo, a pesar de fumarlos, no creo que podría distinguirlos tan fácilmente.

—Es que yo también fumo la [illegible] marca — dijo Brickers con [illegible] sonrisa.

—¿Estará su sentido del oído tan desarrollado como el del olfato? — preguntó Crabbe —. Yo creí no haber hecho ruido.

—Sin embargo, le oí — respondió Brickers —. ¿Qué fué lo que le hizo pensar en mi caja? No valdría la pena robar el contenido.

—Usted retiró hoy algunos objetos de valor de la caja del banco. Yo estaba allí y lo vi. El individuo que lo acompañaba, por la forma en que lo cuidaba, era evidente que le preocupaba la responsabilidad. Yo los espié hasta la puerta y después los seguí con mi auto. No sabía qué era lo que usted había retirado del banco, pero me pareció que valdría la pena perforar la caja.

—Me alegro de haber llegado a tiempo para impedirlo — dijo Brickers, después de un leve suspiro. Lo que había retirado del depósito era simplemente unas reliquias de familia... sin valor alguno.

—Esto sucede por seguir un impulso ciego — dijo Crabbe, con desdén —. Generalmente, antes de dirigir mis pasos, me aseguro del terreno que debo pisar, conozco exactamente mi objeto, y sé en qué forma llegar hasta él. Nunca había sido sorprendido hasta ahora.

—Así que, entonces , ¿ha sido afortunado?

—¡Oh, regúlarmente! Sacaba para vivir.

—Indidablemente que usted es una persona de cierta educación — dijo Brickers pausadamente .¿Cómo ha llegado a adoptar esta profesión?

—No sabría decirle — respondió Crabbe —: deseos de exposición al peligro, diez por ciento; habilidad [illegible], veinticinco por ciento; [illegible] al robo, cuarenta por ciento, y el resto, supongo, ¡pura idiotez criminal!

—¿Encontró usted el servicio en las filas del ejército como un sucedáneo para esa vida de agitación?

[illegible] un corto silencio ante de que Crabbe contestara.

[illegible] dijo, por fin —. Encontré interesante el servicio activo. Como el resto de los camaradas, me encontré en el barro y en la lluvia... Los temores de la primera acción en las trincheras la nieve, la soledad y la maldita y absurda ceguedad de todo ello. Todo eso era de esperar, pero valía la pena. ¡Cómo admiraba a mis hombres y qué espléndidos muchachos eran!

—Entonces, ¿usted tenía graduación?

Había algo en la pregunta que hizo saltar a Crabbe, a pesar de su pasmosa tranquilidad. Miró con curiosidad a Brickers, quien continuaba mirándolo con intensidad. Crabbe tuvo la seguridad de que aquel hombre no le era desconocido, y su nombre recorrió silenciosamente su pensamiento, tratando con un esfuerzo de concentrarlo: "¿Brickers?" "¿Brickers?"

La repetición de la pregunta le hizo desviar bruscamente el pensamiento.

—¡Oh, sí! — dijo. — En realidad el final de la guerra me sorprendió con la graduación de coronel.

—¡Qué mundo raro! — exclamó Brickers. — Imagínese, todo un coronel convertido en un ladrón.

—Todo lo contrario — interrumpió Crabbe. — Un ladrón convertido en coronel.

—Discúlpeme la curiosidad, pero tengo una razón para hacerle la pregunta: ¿Cuál era su regimiento?

—Hombre — dijo Crabbe, — no puedo contestar a esa pregunta. Como le di a entender, Crabbe es simplemente uno de mis alias. Mi hoja de servicios en el ejército es de lo mejor.

—Y aparentemente distinguida.

—Sí, gané distinción — agregó Crabbe. — Si usted no tiene inconveniente, sería mejor que no habláramos más del asunto.

—Sin embargo, me gustaría contarle una historia. Se refiere a mí mismo. ¿Tendría inconveniente?

Crabbe forzó un tono de conformidad en su voz, pero estaba intranquilo. Empezaba a comprender lo que se aproximaba. ¡Si sólo pudiera recordar aquella cara!...

—De ningún modo — dijo.

—Seré tan breve como sea posible — empezó Brickers. — Yo también tuve mi parte en la guerra, de poca importancia, pues no llegué a pasar del grado de soldado. Usted conoce la vida aquella mejor de lo que yo podría explicarle, mi coronel.

—¡Por favor!... ¡Por favor!... — exclamó Crabbe.

—Bien, Crabbe; para no hacer la historia muy larga, empezaré por los días en que mi batallón tomó su parte en la defensa contra el avance de los alemanes en marzo de 1917. Usted sabe cómo fué, Crabbe. Nuestro número era inferior, y ellos, aprovechando la niebla de la mañana, se vinieron contra nosotros, como un alud. Fué una carnicería que parecía no tener fin. Se introdujeron en nuestros flancos y por un error u otro, quedamos aislados. Los soportamos con la mayor resolución, sudando y peleando... ¡ay!, y muriendo. Si no hubiera sido por nuestro coronel, nos hubieran exterminado. ¡Qué hombre era aquél coronel! Nosotros simples soldados, lo adorábamos. El hubiera dado su vida por cualquiera de nosotros... por el más inútil del batallón. Sí, y nosotros sin excepción, hubiéramos hecho lo mismo por él.

"Ese día dependíamos de él, mientras el enemigo nos rodeaba, y ¡Dios mío, cómo peleó aquel coronel! Me parece verlo ahora, con un maúser y bayoneta, abriéndose camino entre los alemanes y ballonetazos y culatazos, y con un ojo en nuestra situación. Estaba en todas partes, y en el campo de batalla parecía sólo oirse su voz. Puedo recordar muy bien la voz, es una facilidad que siempre he tenido.

"Nos puso en salvo con, relativamente, pocas bajas, y fué cuando estábamos ya casi al borde de nuestra primera trinchera, que me tocó a mí caer".

Crabbe estaba acurrucado e inmóvil en su silla. Brickers le estaba reproduciendo un cuadro, cuyos detalles tenía que suplir él mismo. Pero, por el simple modo de describir, el tono afable de la narración la historia parecía tomar carne en él.

—Hasta la fecha—continuó Brickers — no puedo decir con exactitud qué fué lo que me sucedió. Sólo sé que una granada reventó no lejos de mí, mientras corría al lado del coronel... y me encontré de pronto en la obscuridad. Cuando recuperé el sentido, oí a mi lado la voz del coronel, que me decía "¿No puedes caminar, muchacho?" y creo que tuve sentido suficiente para contestarle: "Me parece que sí, señor... si no estuviera tan obscuro". "¡Santo Dios!" le oí exclamar a mi coronel. Me ayudó a levantarme y entonces comprendí qué era lo que me había sucedido.

—Lo habían enceguecido momentáneamente — interpuso Crabbe con tono compasivo.

—¡Eso es, sí... ciego!— se apresuró a decir Brickers. Se había incorporado un poco con las manos cruzadas, y aparentemente con la vista perdida en la alfombra que tenía a los pies.

*

Después de una cierta pausa, volvió a tomar la narración en el punto en que la había dejado.

No habíamos andado mucho el coronel y yo, cuando una bala me atravesó una pierna. El coronel me

¡No le pegues al caballo!...

¡No le pegues al caballo,
carretero!
Porque, al pegarle, eres
inhumano y traicionero.
Y se cubre de baldón
hombre que pega a traición.

Medita lo que haces. Mira
que la superioridad
del hombre no está en la ira,
la saña y la crueldad.
El hombre—ser superior—
lo ha de ser
porque piensa y por tener
misericordia y amor.

Si tu caballo desmaya,
puedes hacer en el aire
culebrinas con la traya
y hasta decir, al desgaire,
una interjección canalla
que lo azuce y alce... Pero
¡no le pegues al caballo,
carretero!

¡Ten piedad de su desmayo
y repara
que si, rendido, se para,
se para por descansar,
y si; inclemente, le hostigas
y castigas,
le harás de nuevo hocicar!

Si por las cuestas abajo
y por las cuestas arriba,
el noble y paciente bruto
al trabajo
nunca esquiva
su incondicional tributo...
Y si maltrecho y cansino
en su heróica mansedumbre,
los guijarros del camino,
que saben su pesadumbre,
y a su esfuerzo y su dolor
se asocian con el fulgor
de sus chispazos de lumbre,
¿cómo tú—ser superior—
a la iracundia te entregas
y eres tan loco o tan fiero
que te ciegas
y le pegas
tan cruelmente, carretero?

¿No te conmueve el temblor
de su carne flagelada
y bañada
en mortífero sudor?

Y cuando le ves caer
por la carga atropellado,
en tierra y patalear,
dolorido y humillado,
¿cómo lo has podido ver
sin llorar?
¿Cómo le puedes pegar?

¿No te mueven a clemencia
lo estóico de su paciencia
en las varas p[illegible]sionero,
ni su noble sumisión,
ni su triste indefensión,
cuando de modo tan fiero
lo apaleas, carretero?
¿O no tienes corazón?

Félix Ouquerella.

levantó sobres sus hombros y me llevó... debe haber sido más de una milla, bajo un nutrido fuego, hasta que encontró unos camilleros que me llevaron fuera de la zona de peligro. Después supe que mientras me llevaba a cuestas, había sido herido él también, no gran cosa, pero lo suficiente para justificarlo, si me hubiera dejado en el camino.

Crabbe continuaba inmóvil en la silla y sin poder retirar la vista de la cara de Brickers.

—Nunca volví a ver a mi coronel, Crabbe—continuó, después de un profundo suspiro.—Y nunca le volveré a ver.

—¿Por qué no? — dijo Crabbe.—¿Acaso cree que él murió también?

—No—contestó Brickers.—Llegó hasta el final de la guerra. Pero... como usted ve, Crabbe... quedé ciego para siempre.

—¡Santo cielo!—exclamó Crabbe, levantándose de un salto.—Yo no me dí cuenta... Pero, usted me detuvo con el revólver.

—¡Artimañas de ciego! — dijo Brickers, con una sonrisa.

—Pero, oiga, Brickers — dijo Crabbe, al darse cuenta de la realidad. —Yo no sabía que usted era ciego... o no hubiera venido así a su casa. No soy de esa clase de hombres. ¡Lo siento! ¿Era por eso que su acompañante lo llevaba así al banco?

—Sí, y es por eso que no podré volver a ver al coronel. pero siempre podré reconocer su voz.

Hay muchas voces parecidas — dijo Crabbe, sonriente.

—Pero la de él es distinguible—insistió Brickers.—La distinguiría entre mil, coronel Redways.

Crabbe no pudo reprimir un sobresalto, y su cara palideció de pronto.

—Coronel Redways... tonterías —casi gritó.—Me pareció que usted llevaba ese camino, Brickers, pero está en un error. No sólo soy ladrón profesional, sino que también un gran embustero. Todo el tiempo de la guerra lo pasé en la prisión, porque, a causa de mis antecedentes, no me quisieron aceptar en el ejército. Le dije al principio que había estado en la guerra, pero era sólo para que me tuviera lástima y me dejara salir, y lo demás que le he contado era simplemente por el instinto de romance. Nunca ví las trincheras. Ahora telefonée a la policía y entrégueme.

—No, no haré tal cosa... Crabbe. Lo prometido es deuda. Pero es una lástima. Su voz, su risa, su cuerpo... al tantearlo cuando lo registré, y todo lo que un ciego puede reconocer en usted, en su personalidad... es el coronel Redways en persona. Es una lástima; he escrito a los agentes del ejército, pero parece que no pueden dar cuenta de él. Comprenda, Crabbe, quiero darle las gracias, y me había propuesto que si encontraba al coronel en situación delicada, o cosa por el estilo, repartiría con él mi renta, que es bastante considerable, suficiente para que por toda su vida pueda seguir fumando cigarrillos Tolliter de los más refinados que se puedan producir.

Siguió un corto silencio.

—¡Dios mío! — exclamó Crabbe, temblando de excitación. — Quisiera no haber dicho ni una palabra y haberlo dejado con su creencia, señor Brickers. Yo no soy otro que Ricardo Crabbe, ladrón y exconvicto. Lo siento... y todo eso, pero es así. Le agradezco el rato que me ha hecho pasar y debo pedirle mis disculpas por haber tratado de forzar su caja. Si me lo permite, saldré por la puerta de calle, para así librarme de cualquier inconveniente en caso de que hubiera cerca, algún policía.

—Como guste, Crabbe — dijo Brockers, después de suspirar profundamente y dirigiéndose a la puerta.

—Buenas noches, Brickers,—dijo Crabbe, en voz alta, para beneficio del agente de policía, que en ese preciso momento pasaba frente al jardín.

—Buenas noches, Crabbe—le respondió el otro — y que la suerte le acompañe.

* *

Ricardo Crabbe tomó la vereda, llevando con el ese aire que le hizo al policía llevarse una mano al casco.

—Buenas noches, señor — dijo el policía.

—¡Oh! Buenas noches, agente—contestó el señor Crabbe, siguiendo su camino.

—¡Brickers... Brickers!—se decía para sí mismo —. ¡Sí, claro, Brickers! La mitad de sus rentas, ¡qué oportunidad para una vida respetable!

Se detuvo para encender uno de esos cigarrillos tan apreciables por el coronel Redways y por él.

—¡No sería posible! — exclamó con un gesto de resignación.—¡Qué corazón generoso, pero no podría ser, no me sería posible permitirlo!

COMO FAVOR ESPECIAL



—Señor, en esta estación no tiene parada el rápido. Ahora bien; si usted puede agarrarlo en marcha...

Cuatro palabras

Vosotros miráis arriba cuando aspiráis a elevaros. Yo, como estoy alto, miro abajo.

¿Quien de vosotros puede estar alto y reir al mismo tiempo? ...

El que escala altos montes se rie de todas las tragedias de la escena y de la vida.

Valerosos, despreocupados, burlones, violentos: así nos quiere la sabiduria. Es mujer, y no puede amar más que a un gerrero.

Vosotros me decís: "La vida es una carga pesada". Más, ¿a qué vuestro orgullo por la mañana y vuestra sumisión por la tarde?

La vida es una carga pesada; pero no os pongais tan compungidos. Todos somos asnos cargados.

¿Qué tenemos de común con el capullo de rosa que tiembla porque le oprime una gota de rocío?

Es verdad: amamos la vida, no porque estemos habituados a la vida, sino al amor.

Hay siempre algo de locura en el amor. Pero siempre hay también algo de razón en la locura.

Y yo, que estoy a bien con la vida, creo que, para saber de felicidad, no hay como las mariposas y las burbujas de jabón, y lo que se les asemeja entre los hombres.

Federico Nietzche.

La luz sonora

El físico inglés Grindell Matthews, de quien tanto se habló el pasado año a propósito de su descubrimiento del "rayo diabólico", anuncia otra nueva invención sensacional. Se trata de un aparato que transforma la luz en sonido por una variante de la solución que otro sabio inglés, Fournier d'Albes, ha dado al mismo problema con su "optófono"., el cual permite a los ciegos leer lo escrito por medio de sonidos.

El "luminafono" de Grindell Matthews se compone de dos discos convexos, taladrados por múltiples filas de pequeños agujeros que giran en derredor de un eje a cuatrocientas revoluciones por minuto. Bajo éstas cúpulas perforadas, en el centro óptico de proyectores, se colocan "elementos sensibles a la luz" — dice simplemente Grindell Matthews — de selenio sin duda. Estos elementos estan en relación con un amplificador de sonidos y un altavoz. Un foco luminoso completa el aparato; los rayos pasando por los agujeros de las cúpulas giratorias, son transformados en una corriente intermitente que se traduce en sonidos cuyo tono varía según el número de agujeros de las filas que han sido iluminadas.

Novedades científ cas

El agua, combustible del futuro

No importa que se agoten los yacimientos petrolíferos con tal de que nos queden los cinco océanos y los siete mares: la vasta familia de los automovilistas continuará circul ndo. Pue en los mine os declararse en hulga y d.sminui. la producción de las venas de antracita: las fábricas continuarán funcionando mientras haya lluvias. La industria marchará sin gas, sin petróleo, sin carbón, sin leña.

El profesor Carlos Henry, conocido hombre de ciencia francés, está convencido de que en la simple agua ha encontrado el ansiado substituto de la nafta, del carbón, del petróleo y de la leña: el substituto, en fin, de los combustibles actuales que hacen rodar un auto o girar el volante de una máquina industrial. Firmemente convencido y su explicación parece tan lógica a muchos industriales franceses que ya se ha constituído una compañía dispuesta a probar la practicabilidad de una nueva serie de leyes físico-biológicas que permitirán al dueño de un auto a reírse del precio elevado de la nafta.

La Sociedad de Catálisis Generalizada de la que forman parte varias personalidades del mundo industrial francés, se prepara a establecer grandes laboratorios en Vaugirard, cerca de París, en las que el profesor Henry será asesor principal de un cuerpo de químicos e ingenieros que procurarán la practicabilidad del proced'miento que promete redimir a la industria de su dependencia de los yacimientos petrolíferos.

La idea central del profesor Henry, consiste en la producción barata de grandes cantidades de hidrógeno.

"Desde hace años se intenta esa producción — explica el profesor Henry—pero siempre se ha tropezado con el elevado costo de ese combustible. El agua se separa en hidrógeno y oxígeno a una temperatura de unos 1,000 grados centigrados. Na:u aln ente, el procedimiento para producir ese cambio es demasiado costoso para su uso comercial. Pero gracias al descubrimiento de las leyes de la catálisis, yo puedo reducir a 400 grados esa temperatura requerida. Es evidente la enorme reducción en el costo que esto implica. En este caso se llama catálisis el procedimiento de separar el agua en sus elementos para obtener hidrógeno. Pero no se realiza, por supuesto, en el motor de un auto. El agua será catalizada en grandes cantidades en un establecimiento especial y el hidrógeno acumulado en recipientes de los cuales lo tomarán el automovilista o el industrial. Probablemente, dentro de cinco años, el chofer, en vez de pedir veinte litros de nafta, dirá: "Deme cinco tubos de hodrógeno".

El secreto de este proceso químico-físico que la ciencia llama catálisis y en el cual el profesor Henry basa su empresa revolucionaria, ha burlado hasta ahora toda investigación. Millares de otros fenómenos físicos y químicos han sido explicados satisfactoriamente, pero éste continúa siendo un mis'erio. Los textos de química dan una explicación de la catálisis, pero no dicen cómo y por qué se realiza el fenómeno.

Los químicos han descubierto, por ejemplo, que el clorato de potasio se descompone en potasio, oxígeno y clorina a cierta temperatuba; si se agrega un poco de dióxido de manganeso, la descomposición se efectúa más fácilmente y a una temperatura menor. Sin embargo, durante el proceso, el dióxido de manganeso no se altera. Es, por lo tanto, un agente catalizador, es decir, una substancia que favorece una acción química, sin experimentar ella misma, cambio permanente alguno. Ese fenómeno es la catálisis, y el profesor Henry afirma que ha encontrado su secreto. Pero todavía no lo dice al público... Por esa reacción química espera catalibar el agua y producir hidró geno a un costo sorprendentemente bajo.

* *

El profesor Henry fué, durante años, director del laboratorio de fisiología de la Sorbona, y contaba ya, unal arga lista de descubrimientos que colocaban su nombre entre los primeros del mundo científico europeo cuando comenzó, hace diez años, sus investigaciones sobre la catálisis. Se retiró del bullicio de París y se recluyó en un apartado "cottage" situado en el bosque de Chantilly, cerca de Coye.

Trabajó incesantemente con ese objetivo, basando sus cálculos matemáticos en la teoría de Max Prank, el físico alemán, sobre la irradiación y la relación de la temperatura con las diversas ondas de radioactividad.

Fué una labor abrumadora y más de una vez descorazonadora. Repetidas veces encontró obstáculos que le obligaron a recomenzar todos sus trabajos. Hace un año creyó que se acercaba el momento en que podría exclamar ¡eureka! Tas fascinado se hallaba por el prob'ema, tan temeroso de que la solución le eludiera una vez más, que nada pudo persuadirle a apartarse de su mesa de trabajo. Olvidaba dormir y alimentarse. Durante tres meses, apenas abandonó por pocas horas su intenso trabajo.

Sus familiares, preocupados con el estado de su salud, trataron de influir en su ánimo para que abandonara durante un tiempo las preocupaciones de su labor, pero todo fué en vano; absorbido por completo en sus investigaciones, rechazó enérgicamente toda insinuación de dejar las experimentos que estaba realizando.

Al fin logró su objeto, pero estuvo a punto de perder la vida. Durante semanas, su debilitamiento orgánico fué tal que estuvo entre la vida y la muerte y parecía que el secreto de sus años de trabajo, iría con él a la tumba. Restablecida lentamente su salud, se dispone a llevar a uso práctico el resultado de sus descubrimientos.

"La naturaleza cataliza en condiciones maravillosas — dice el profesor Henry.—Dispone de tiempo ilimitado y transforma cantidades infinitesimales en un vasto dominio. El largo tiempo le permite catalizar a bajas temperaturas. Véase, por ejemplo, la acción catálica de la clorófila de las plantas. Es la perfección a que debemos aspirar. Hay en todas partes, ejemplos de catálisis. La respiración ordinaria es uno de ellos. Mañana catalizaremos el agua y tendremos automóviles con motores de hidrógeno.

Tan pronto como el agua substituya a la nafta—y no tardará mucho en ocurrir—Francia se verá libre del dominio extranjero en cuanto a la provisión de elementos de fuerza motriz. Creo que este descubrimiento revolucionará la industria moderna".

El profesor Henry nació en Alsacia. En 1897 fué nombrado director del laboratorio de fisiología de las sensaciones, en la Sorbona. Antes de obtener su grado de doctor en la Universidad de París, en 1911, ya había aportado a la ciencia, importantes descubrimientos. En física, ha establecido una ley de la difusión de vapores a través de membranas flexibles; perfeccionó un método de obtener nuevas coloraciones, basado en la difracción y la interferencia; ha hallado un método de esterilizar vinos y otros flúidos, basado en la atracción de los gérmenes por un campo electroestático.

En química ha inventado varias preparaciones industriales. En fisiología ha perfeccionado o creado una serie de instrumentos, entre ellos un dinamómetro, un pupilómetro que mide la acción directa de la luz en el iris—un audiómetro, un fotómetro y un círculo cromático. En matemáticas ha publicado un tratado sobre las funciones de la elíptica.

Los émulos de Judas

Para mi ilustrado amigo Dr. D. Enrique Jorge

Tentado por el oro, a su maestro
El vil Judas vendió
Y, al verle escarnecido y maltratado
Por la turba feroz
Ahorcóse, avergonzado y pesaroso
De su nefanta acción.

Retrogradamos, en materia de Etica,
Pues los traidores hoy,
Al arrepentimiento refractarios,
No sienten ni rubor:
Si su venalidad llega a enrostrarles
La pública opinión,
Se encogen de hombros y al sarcasmo opo-
(nen
La paciencia de Job!

R. de Iturriaga y López.

Arbol curioso

En Nueva Zelandia existe un árbol curiosísimo, al que los indígenas denominan "árbol de coser".

La madera de éste árbol de una dureza extraordinaria se emplea para la construcción, y sobre todo para fabricar muebles y herramientas. Con las hojas del "árbol de coser", los naturales del país hacen las techumbres de sus cabañas, que resultan muy sólidas y absolutamente impermeables.

Pero aún hay más, y esto es lo más curioso. En la extremidad de cada una de sus hojas presenta una espina fina y puntiaguda como una aguja de acero. Tirando de esta espina se arranca, pero no sola; unida a ella, arrastra una larga fibra resistente que puede hacer las veces de hilo.

Los indígenas se sirven de esta aguja natural y del hilo que le acompaña, para coser sus vestidos.

Especial para FRAY MOCHO

Los poetas debieran ser inmortales. La vida, que es triste, amarga, ilógica, absurda a menester de la obra de los poetas para que no les haga ver a través de tules de colores suaves. La visión de la realidad no se derforma, pero se embellece.

La inmortalidad de los poetas no va más allá de su nombre que perdura en la humanidad. Pero se van. Algo de su espíritu, de su fuerza psíquica, queda flotando sobre el alma de la humanidad.

Felipe Torcuato Black es el poeta que nos arrebató la gran mano misteriosa. Aún vibran en nuestros oídos los versos de su juventud. Tenían sonidos metálicos de cornetas de guerrra. A veces eran toques de clarín llamando a la batalla.

Black, en su juventud, era un bohemio. Eso sí, bohemio limpio, elegante, grave. Recuerdo su figura. Alto, seco, ostentando en su rostro, erguidos y triunfales, sus bigotes negros, sedosos, desafiantes. Cubría su cabeza un sombrero aludo que, con la clásica corbata negra, dábale ese aspecto de revolucionario intelectual, tan característico en aquella época. Hasta entoces Black no había publicado ningún libro, pero sus versos gallardos, varoniles, corrían dispersos en innumerables revistas. Oh! aquellas selectas revistas, cuyo tiraje no iba más allá de los quinientos ejemplares!... Cuánto arte, cuánto concepto nuevo en ella! Esas revistas la leían los intelectuales. Eran publicaciones de intercambio de arte. Y así surgión Black con algo de Díaz Mirón, de Santos Chocano — el de la primera época.—pero no por imitación, sino por afinidad de espíritu. En los poetas de América Latina se dá el caso, con alguna frecuencia, de que presenten una misma faceta poetas que viven en extremos opuestos

Black escribía sin imitar a nadie. Sentía necesidad de verter sensaciones de su alma y lo hacía con un arte que nunca quizo sobreponer al concepto.

Tuvo sus admiradores. Se le estimaba porque se sabía que, a despecho de su gesto seco, tenía un alma de cristal ; alma fina, transparente, vibrante. Se le veía en los cafés, o transitando en las calles centrales, solo, serio, abstraído en quién sabe que mundos de enseño. Pero su centro, la prolongación de su hogar, el rincón donde abría su alma, estaba allá, en Belgrano, la parroquia silenciosa, de distinción aristocrática. Ahí, en el Bar "La Orquídea", se reunían triunfadores del verso e iniciados con brillo. Fernández Espiro, el príncipe de la bohemia aristocrática, el admirable cincelador del soneto, el Heredia entrerriano, era quien daba prestigio a esas reuniones con sus visitas no siempre frecuentes Adolfo Pacheco, Nicolás Grosso, Roberto J. Payró, Pepe Ingenieros, Malharro, el pintor revolucionario, impresionista; el francesito Dumas y otros líricos admiradores de la Belleza, componían ese improvisado club de intelectuales. No queremos llamarle cenáculo. No lo era. Porque si bien se recitaban versos y se comentaba algún trabajo de selección, el ingenio y el talento no se fijaba, no se materializaba en las tablas del "sais".

Los poetas que se van

Felipe Torcuato Black



PÓSTUMA

(INEDITO)

Cuando yo muera, viste mi cadáver de flores
cálidas y fragantes, delicadas y bellas;
Colócalas de modo que formen todas ellas
el símbolo supremo de los grandes amores.

Forma, también, el Iris de los vindicadores;
El blanco, el verde, el rosa, que siguieron aquellas
Falanges visionarias y marcaron las huellas
Que seguirán los buenos, hacia rumbos mejores.

Dí a los que me difaman, todo lo que he sufrido
Frente a las muchedumbres, y cómo he combatido
para dar a mi pueblo justicia y libertad.

Grita a los fariseos el soldado que he sido,
Y ante esta gran infamia de ingratitud y olvido,
que escuche la canalla, la póstuma verdad.

Félix Torcuato Black.

Diego Fernández Espiro, que siendo tan correcto, tan distinguido, invadía a sabiendas el campo de la discreción, preguntó a Black, de improviso:

—Dígame amigo Black ¿donde vive usted?

Y éste contestó gravemente, con cierta altivez:

—En el Hospicio de las Mercedes.

Algunos rieron, creyendo que se trataba de un chiste, con el que se proponía castigar la indiscreción. Però no. Era verdad. Black vivía en el Hospicio de Las Mercedes.

Nuestro poeta, que estudiaba, medicina, iba a cortar su carrera por que atravesaba una época de pobreza. El doctor Cabred, que se empeñaba en hacer triunfar a todos los que tenían talento, se opuso a que Black cortara sus estudios.

—Oígame Black, — propuso Cabred — usted debe venirse al Hospicio. Aquí tendrá pieza, comida, libros y hasta jardines para pasearse.

El doctor Cabred era director del Hospicio.

Y Black aceptó el hospedaje.

Estaba el poeta entregado a sus estudios cuando le sorprendió una herencia. Una riqueza inesperada. Cerró sus libros y se lanzó a disfrutar de la vida. Generoso, sin rumbosidad, se vió rodeado de amigos. Su bolsillo pagaba las "adiciones" en los grandes hoteles y los intelectuales más pobres llegaron a gustar habanos finísimos. Pero un día eso terminó . Black se lanzó a la vida fastuosa. Fué a París. Paseó, disfrutó la vida. Recopiló sus versos. Los editó la casa más importante. El libro alcanzó cinco o seis ediciones. El nombre de Black fué familiar a los intelectuales americanos y españoles.

Regresó de Europa el afortunado poeta. Continuó aquí su vida espléndida. Su bolsa no era el tonel de las Daniadas y se agotó. Aquel chorro de oro se había cortado.

—"Black está pobre otra vez". Fué una frase que oí hace muchos años y que aún vibra en mis oídos. Y Black , sin dinero, con leve huella de pesadumbre en sus ojos expresivos, ambuló por los cafés de sus esplendideces. Solo, frecuentemente solo. ¿Verdad que en estas líneas, trasadas así, sencillamente, surge la faz cruel de la filosofía más pesimista? Ya no lo concebíamos al poeta sino así, solo, aislado. Y Black escribía versos, que guardaba herméticamente. ¡Cuantas amarguras habrá vertido en ellos! ¡Cuántos versos habrán vibrado sobre los falsos amigos! Más bien dicho, habrán restallado sobre su cabeza como fustazos. Ah, pero esos versos descansan en el fondo del mar.

Un día la misma casa editora que le llevó al triunfo, solicitó del poeta un nuevo tomo. Black tenía dos libros, ya listos. En el afan de ganar tiempo, envió los originales. Por entonces había estallado la gran guerra. El barco que llevaba los originales de Black fué torpedeado por los submarinos alemanes. Así murieron los versos de la segunda época del poeta, superiores a "Cantos de Bronce", por más sentidos.

Black, que en la vida fué un personaje de novela, apareció de pronto derrochando dinero a dos manos. El caso resultó asombroso.

—"Black anda otra vez con plata" era la frase que circulaba en los cafes literarios.

Sí, el poeta había recibido otra herencia. Y, lo más extraordinario continuó como antes su vida de derroche. ¿Cuantos años vivió con esplendidez?. Varios. El que estas líneas escribe no le vió más. Black vivía en absoluto silencio intelectual.

Hace pocos meses nos dijeron en una oficina pública

—Dentro de un momento vendrá un poeta: — Black.

—Black — dijimos. Felipe Torcuato Black?

—El mismo.

Nos quedamos. No veíamos al poeta por ninguna parte.

—Y Black, viene o nó?. Ahí está, nos dijo alguien. Vimos entrar a un señor lleno de carnes, de rostro rasurado, de voz suave, de dulce sonrisa, que tendía la mano plácidamente. El nos reconoció y nos saludó complacido.

—Señor! — pensaba, — éste es Black, el flaco, el dartagnesco, el manojo de nervios, el de las miradas chispeantes, el improvisador político que arengaba briosamente a la muchedumbre? Quedamos pasmados frente a la evolución demasiado rápida. El poeta Black era un amable burgués. Había derrochado su segunda fortuna; pero, como el invierno se aproximaba, buscó refugio en un empleo público, en la Capital de la Provincia, empleo cómodo y bien rentado.

No escribía habitualmente, A veces sentía la necesidad de desahogar su pesimismo en un valiente apóstrofe.

Volvimos a verle frecuentemente. Aún sentimos, sobro el hombro derecho, las dos palmadas que nos diera, expresando su afectuosidad, la última vez que le vimos. Fué a la salida de un salón-teatro donde "Euritmia", la asociación de arte nativo, había celebrado un festival. Black, en un discurso improvisado, expresó el objeto y tendencias de "Euritmia". Justificó la existencia de ese núcleo defensor de la tradición,pero reconociendo que el país necesitaba del impulso europeo. Sus palabras impresionaron muy bien al auditorio.

Felipe Torcuato Black, el poeta vibrante, el hombre que hizo una novela de la realidad de la vida y que burló la ferocidad de la pobreza, nos dejó de pronto y se refugió en el Gran Misterio.

La tierra le aburría abrumadoramente.

El, que era un admirador de todo lo grandioso, debió sentir orgullo frente al mar, que se tragaba sus dos últimos libros.

Quedan de él, solamente, "Cantos de Bronce" y algunas producciones dispersas en revistas olvidas; producciones improvisadas, a veces, en la mesa del café.

Leonardo A. Bazzano

Del más allá

Hay en la inmensidad del infinito
un lugar escondido,
donde guardan las almas la tristeza
del encanto perdido;

Y hay en la eternidad de su misterio
un reloj que no gira,
que cuenta los minutos de amargura
del que en vano suspira.

Lo sé, porque en el fondo de mí mismo
llevo esa inmensidad:
hay tristezas, relojes, infinito...
y es todo soledad.

Julio César Cordiviola.

Los grandes inventos

Hacia el año 1792 vivía en Mulberry Grove, una gran plantación cerca del Savanna (Estados Unidos), una mujer de maternal hospitalidad, viuda del general Nathanall Greene, conocido héroe revolucionario.

En esta casa fué muy bien recibido un joven alto, de veintisiete años, que acababa de graduarse en Yale, y que se encontraba como un elemento extraño en una ciudad desconocida: sin dinero y sin amigos. El deseo de nuestro joven era estudiar derecho; pero tenía extraordinarias condiciones para la mecánica. Aceptando la cariñosa hospitalidad de la viuda, y mientras continuaba sus estudios de abogado, se ocupaba en la plantación. reparando la maquinaria e instrumentos, componiendo los muebles e ideando ingeniosos juguetes para deleitar a los niños de la casa.

A Mulberry Grove llegaron un día tres distinguidos visitantes. oficiales que habían servido a las órdenes de general Greene sobre los penosos apuros de los labradores del Sur y la carencia de buenas cosechas.

—Es una pena — dijo uno de los oficiales, el comandante Pendleton — que no se puede hacer valer el cultivo del algodón; por todas partes florecen las fibras de algodón, y, sin embargo, la labor de separarlas de las semillas quita la posibilidad de sacar provecho de ellas.

—Es verdad — añadió Forsyth —; para limpiar una libra de algodón necesita un hombre trabajar sin descanso todo el día. ¡Es una verdadera lástima que no exista una máquina para esta tarea.

Entonces la dueña de la casa dijo:

—¿Por qué no hablamos sobre ello a mi joven amigo Eli Whitney? ¡Sabe hacer tantas cosas!

Y guiando los oficiales los condujo a un pequeño taller, en el sótano.

—Señor Whitney — añadió —, estos caballeros desearían que inventara usted una máquina para separar las semillas del algodón.

—Yo no sé nada sobre el algodón y sus semillas — fué la contestación de Whitney.

Pero aquella noche, después de que las visitas abandonaron la casa meditó sobre lo que le habían propuesto. Le preocupaba el problema a resolver y el pensar que, de tener éxito, le proporcionaría los medios de seguir su carrera. La proposición no le parecía imposible; probaría.

A la mañana siguiente se proporcionó semillas de algodón, y aquel día la linterna de su taller le alumbró hasta el amanecer, mientras examinaba las fibras y las separaba de las semillas con los dedos. Al hacerlo, la primera idea de la máquina acudió a su mente; haría dedos mecánicos que trabajasen como los dedos de las manos.

Pensando así, decidió emplear alambre para este uso. Estos dedos de alambre cogerían las fibras blancas y las harían pasar por una hendidura estrecha, por donde las semillas no pudieran pasar. Tuvo grandes dificultades para encontrar alambre apropiado, y necesitó fabricar él mismo los útiles de trabajo.

Después de ocho meses de trabajo llamó una tarde de 1793 a la señora Greene y al administrador de la plantación.

—Ya está; no hay más que hacerle funcionar.

Acudieron estos presurosos, y encima de un banco vieron una pequeña caja de madera, de unos dos pies de alta, con un manubrio.

Metió Whitney por una abertura bastante cantidad de semillas de algodón, y, haciendo girar el manubrio, vieron pasar éstas entre dos cilindros paralelos, uno provisto de una seria de dientes puntiagudos hechos de alambre, y el otro con una seria de cepillos. Al girar los cilindros, los dientes cogían las fibras de algodón y las llevaban a través de un enrejado por el cual no podían pasar las semillas; mientras que las semillas caían al otro lado, los cepillos conducían las semillas limpias al otro.

La señora Greene mandó construir un pabellón de madera en la construcción, donde instaló la prodigiosa máquina inventada, e inmediatamente invitó a todos sus amigos más influyentes de Mulberry Grove a ver funcionar el aparato. Fueron políticos, hombres de ciencia, colonos, etcétera, y todos quedaron maravillados al ver cómo aquella pequeña caja mecánica, más pequeña que un baúl , podía limpiar en un día más algodón que un esclavo durante muchos meses.

La noticia del descubrimiento de esta máquina maravillosa se extendió rápidamente, aspirando cada dueño de plantación a tener una semejante. Eli Whitney tenía en perspectiva una excelente forma de ganar dinero. Pero sucedió algo inesperado. Una noche de junio una banda de silenciosas figuras penetró en Mulberry Grove, y cautelosamente, como habían entrado, se llevaron la máquina de Eli, y con ella su secreto.

Su desesperación fué enorme. Sin embargo, su espíritu enérgico no se dió por vencido. Se podía construir yfabricar en grande máquinas del tipo de la robada; pero introduciendo en ellas algunas mejoras y ventajas podría hacer competencia a su propio invento.

Se trasladó a New Haven y empezó a fabricar; pero la competencia era ya grande, y, para mayor desgracia, pasaba ante el mundo como un usurpador, como un imitador de su propio ingenio. Una nueva desgracia le esperaba: la fábrica se incendió".

Arruinado y abandonado, toda su vida parecía truncada. Pero supo rehacerse. Por aquel entonces oyó hablar de un proyecto del gobierno americano para fabricar en el país las armas de fuego. Pensó Eli en la posibilidad de hacer las piezas de los fusiles a máquina, procedimiento no empleado hasta entonces.

Esta idea no solo le dió, al fin, la independencia económica y el éxito, sino que revolucionó el proceso de fabricación del mundo entero. En lugar de hacer los fusiles uno a uno, pudo hacerlos por cientos, por miles. Hizo que cada parte fuese la copia exacta de un modelo fijo. Cada parte se haría separadamente, estando encargado de ello un obrero especializado. Cuando todas las piezas estaban terminadas encajaban entre sí perfectamente, y el fusil resultaba hecho con gran precisión y facilidad.

Ayudado económicamente por sus amigos, pudó conseguir un contrato del gobierno de 10.000 fusiles.

Por fin Whitney, prodigioso inventor, que con su máquina de limpiar algodón enriqueció a infinitas personas y trajo al mundo nuevos medios de confort, luchando contra la adversidad, logró la fortuna.

Whitney es, por tanto, el pioner de la industria moderna.

Los peligros de la cortesía

En Inglaterra se ha creado recientemente la Liga contra el apretón de manos.

Ya saben ustedes que ciertos higienistas americanos e ingleses condenan el beso como una de las prácticas más peligrosas. Ni siquiera admiten el beso en la mano, "porque — dicen, — al besar la mano de una señora, puede absorber los bacilos depositados en ella por el caballero que antes la besó".

Y ahora dicen: "No estrechéis la mano de vuestros amigos, sobre todo durante la estación estival".

Parece que en el verano la mano contiene todavía más microbios que en cualquier otro tiempo.

Uno de esos sabios higienistas ha ajustado la cuenta y ha encontrado que un centímetro cuadrado de la piel de la mano da albergue a 80.000 microbios, por término medio.

Por consiguiente, las personas que cambien un apretón de manos, cambian al mismo tiempo un buen puñado de microbios. Hay, pues, que evitar el apretón de manos, o, si no se puede evitar, hay que tomar algunas precauciones.

EL JURAMENTO

(Episodio de la guerra del Perú)

Por la Baronesa de Wilson

I

Cuando la noche suave y tranquila tiende su manto de sombra, cuando en las inmensas "sábanas", en los áridos arenales, al pie de los gigantescos Andes, cuyas cimas desaparecen entre níveos vapores, se contempla el pabellón azul en el cual poco a poco van apareciendo y alfombrándolo millares de diamantinas luces que preceden a la melancólica peregrina, reina de la noche, el pensamiento se pierde en las regiones de lo infinito, y esos faros y ese océano de misteriosa luz nos hablan con elocuente voz.

Globos de plata, mares de plácidas ondas y horizontes de azulados celajes, que ponen en relieve la majestuosa obra del Hacedor.

Chispas abrillantadas, destellos suaves y astros de vívido esplendor, que seducen y encantan y giran como soberanos en ese golfo de ignorados misterios.

En el universo de las estrellas hay también jerarquías y superioridades.

Meteoros que hacen sentir su influencia y dejan eterna huella.

Otros que como la violeta se ocultan y viven en la sombra, pero como las flores de primavera, ostentan la juvenil aureola, la risueña gracia y el atractivo de los ángeles, prodigando destellos de suave brillo y embelleciendo la existencia.

Hay estrellas que entre los velos de lo misterioso, exhalan perfumes de virtud y de paz.

También engalanan la esfera en que se agitan y son el gozo de las almas previlegiadas y la esperanza de su porvenir.

Astros de la tierra son las mujeres. El hogar es su cielo.

Hemisferio en donde hay también planetas de pálidos fulgores o de vívida luz.

Firmamento con crepúsculos y auroras, con armonía celestes y dicha sin fin.

II

La capital peruana, la alegre Lima, es un horno durante los meses de diciembre hasta marzo.

El aire es fuego, y millares de familias buscan fresco y solaz en los jardines de Miraflores, del Barranco y de Chorrillos, centro de la buena sociedad limeña.

Costosos y elegantes "ranchos" sirven de morada a las mujeres más graciosas del universo, y la alegría y la animación, cual inseparables compañeras, presiden todas las fiestas de la pintoresca temporada.

Los ranchos están profusamente iluminados, el cielo, puro y diáfano, lo está también por millares de estrellas.

En el Malecón, precioso paseo a orillas del mar, se oyen los acordes de la orquesta, y una multitud compacta sentada o paseando, disfruta de la brisa, antídoto para el calor.

Las olas suspiran mansamente y van y vienen sin descansar jamás.

Las limeñas, vestidas de blanco, sin otro adorno que su brillante cabellera y sus magníficos ojos, asemejan a la primera ilusión del poeta y hacen soñar con las huríes que promete Mahoma a sus adeptos.

Y sin embargo, a pesar del bullicio y de la alegría, algunos corazones estaban tristes en una noche del mes de marzo de 1880 y la inquietud paralizaba la característica expansión.

El Malecón presentaba su aspecto de siempre, pero la guerra del Perú y Bolivia con Chile preocupaba a todas las clases y con ansiedad se aguardaban periódicos y boletines.

Ya habían ocurrido los primeros desastres; ya el inmortal Grau había sucumbido a bordo del "Huáscar"; ya en varios encuentros se lamentaban derrotas y pérdidas considerables.

En un "rancho" cercano al Malecón, en el corredor que servía de entrada, estaban dos personas.

Un hombre como de treinta años, de marcial presencia y noble fisonomía, y una joven delgada y pálida.

El era coronel del ejército y ella hija de uno de los jefes en campaña.

—La encuentro a usted más triste que otras veces, María; su salud, apenas restablecida, vuelve a inspirarme temores.

—Aseguro a usted que estoy bien, me entristece la guerra y tiemblo no sólo por mi idolatrado padre, sino por mis amigos y por mi patria.

—También yo tendré que partir.

—Pues qué, ¿ha recibido usted la orden?

Y la voz de María temblaba al interrogar al coronel.

—No; aún no; pero la aguardo y la deseo; todos los peruanos debemos correr a la lucha y triunfar o morir.

Ambos guardaron silencio hasta que el coronel, como si hiciera un esfuerzo, dijo:

—No quiero perder el último tren, porque ansío ver los periódicos... hasta mañana, María; cuídese usted no permanesca ya en el corredor, porque el relente puede hacerle daño.

Y estrechando la mano de la joven bajo las escaleras y se alejó.

—¡Dios mío! — murmuró María, — salvad de todo peligro a mi padre... Dice Mauricio que también partirá; otro nuevo dolor; ¡le amo tanto! y este amor ignorado por todos, ni aún él lo comprenderá jamás; me quiere como a una hermana, se interesa fraternalmente por mí... y yo le amo con todo mi corazón.

III

María Bonalde era una sensitiva; uno de esos frágiles y delicados seres que, para vivir, necesitarían caminar siempre sobre alfombras de flores y no encontrar jamás espinas y abrojos.

Desde niña había sufrido continuamente y su alterada salud la hacía objeto de los mayores cuidados.

Aun no había pasado sino algunos meses desde que su vida había estado en peligro y sus tres hermanas que la adoraban y su padre la condujeron a la sierra, a Matucán, lugar propicio para las naturalezas débiles.

Allí María encontró la salud, pero la convalecencia había sido lenta, y todavía, ya de vuelta en Chorrillos, la calentura la agobiaba algunas noches y la menor impresión era causa de retroceso.

Al día siguiente de su conversación con el coronel, estaba la joven impaciente e inquieta.

Con febril inquietud se apoderó de los periódicos; leyó "La Patria" y "La Opinión Nacional", y al recorrer las páginas de "El Comercio", dejó escapar un grito de dolor.

—¿Qué sucede? — la preguntó Carolina, su hermana mayor, acercándose a ella.

—Nada: ¡siempre estáis asustadas conmigo! no sirvo en la vida sino para mortificar a mi familia.

Y María se levantó sollozando y subió a su cuarto.

—Está nerviosa, — pensó Carolina; — pero, ¿no habrá visto algo en los periódicos?... acaso mi padre...

Carolina, con temeroso cuidado, buscó las noticias de la guerra: nada encontró.

—No hay nuevos desastres; siempre lo mismo; ¡ah! el coronel Ortega ha sido nombrado para marchar inmediatamente al campamento! Dios lo vuelva y a todos nuestros amigos... Está María tan delicada, — añadió Carolina dirigiéndose a una hermosa joven que acababa de entrar, — que me parece debíamos impedir viera los periódicos... a cada instante recibe nuevas impresiones... ya un amigo, ya la ansiedad en cada batalla, temiendo ver el nombre de nuestro padre...

—Sí, sí; mejor será que antes de que ella vea los diarios pasen por nuestras manos, — contestó Teresa, la menor de las hermanas.

IV

El coronel Mauricio Ortega llegó a Chorrillos aquella noche más temprano que de costumbre.

Al saludar a Carolina, esta le dijo:

—¿Con que también nos abandona usted?

—¿Sabía usted que estaba nombrado para marchar al ejército de operaciones?

—Lo he visto en "El Comercio".

—El deber y el honor me hacían desear ir también a batirme.

María no pronunció una palabra, pero la palidez que cubría su semblante acusaba intenso sufrimiento.

Ortega se acercó a la joven y la dijo:

—¿Por qué la encuentro a usted tan preocupada? Creo que hoy no ha salido usted ni seguido todos los consejos del médico.

—Es verdad: esta guerra acabará conmigo.

—Vamos, María salga usted al corredor; el aire tendrá saludable influencia para alejar ese abatimiento.

La débil criatura obedeció como un niño y se dejó guiar hasta una mecedora, en la cual tomó asiento; Ortega ocupó una silla a su lado.

A poca distancia estaba el Malecón y la luna esparcía su melancólica luz y rielaba en las tranquilas ondas del mar.

—María,—dijo Ortega en voz muy baja; — ya sabe usted que voy a partir; ya sabe usted que soy soldado y patriota.

La joven clavó en el coronel su mirada, y un suspiro contestó a las anteriores palabras.

—Antes de marchar, — continuó Mauricio, — deseo confiar a usted un secreto y exigirle una promesa.

—¿Un secreto? ya sabe usted que lo guardaré religiosamente; usted es el amigo más fiel en esta casa y mi padre quiere a usted como a un hermano.

—¿Y por qué no podría ser como a un hijo? Hace largo tiempo que su carácter de usted, su dulzura su misma naturaleza débil y enferma han interesado mi corazón; y lo confieso; los cuidados, los temores y mi inquietud cuando usted estuvo en Matucana y que expresaba en las cartas que continuamente escribía a Carolina, no eran afecto sólo de cariñosa amistad; el amor, amor profundo e inmenso, me hacían estar desesperado...

El corazón de María estallaba; latía con violencia; sus manos

Las aves, los cuadrúpedos y el murciélago

En los tiempos terribles en que las aves y los cuadrúpedos se hacían la guerra sin piedad, el murciélago tomó partido por los pájaros, pues creía que, a favor de las alas, se decidiría por ellos la victoria. No sucedió de este modo sin embargo, y el murciélago, al ver que los cuadrúpedos llevaban la mejor parte de la lucha, abandonó a sus amigos y se alistó en el ejército de los vencedores. Una lealtad y valor a toda prueba, la lealtad y el valor del águila rampante, decidieron al cabo, la victoria por los combatientes alados, y en consecuencia, el transfuga no tuvo partido en que alistars.

Desde entoces el murciélago pasa los días escondido en una cueva, y sólo por las noches se atreve a salir un rato, en busca de aire que respirar.

temblaban y con los ojos bajos escuchaba.

Las palabras de Ortega eran como una música deliciosa, y ni aun se atrevía a pronunciar una palabra, temiendo fuera un sueño y no una dulcísima realidad.

¡Ella! amada! ella que no podía creer inspirar ese sentimiento por su debilidad y enfermiza naturaleza! ¡ella correspondida por el hombre a quien adoraba!

No podía dudar; el caballeresco Ortega era incapáz de engañar a una niña; decía que la amaba; debía creerlo.

—La amo a usted con toda mi alma, María, y a mi vuelta la haré mi esposa, porque usted me amará, ¿no es cierto? ¿podré aspirar a ser su compañero, su apoyo, su todo?

Estas apasiondas frases despertaron a la joven del deleitoso arrobamiento en que estaba sumergida y exclamó:

—¡Ah, Mauricio! usted se marcha, las balas son traidoras... ¡Dios mío, Dios mío! la idea de su partida me mata.

—¿Luego me ama usted?

Y el coronel tomó una mano de María, y la estrechó con pasión.

—¿Porqué negarlo? también, —añadió ruborizándose, — también desde hace largo tiempo.

—Pues bien, amada mía, te exijo una promesa; permíteme que al alejarme abandone ya entre nosotros el seremonioso usted; te exijo un juramento, repito.

—¿Cuál?

—Que guardarás el secreto de nuestros amores hasta mi vuelta; hasta que tu padre pueda concederme tu mano.

—Te lo juro; — contestó María con débil acento.

—Quiero que hasta entonces, sólo tú sepas que vives en el sentuario de mi pecho.

—Y tú en mi corazón.

—Toma: aquí tienes mi retrato; expresamente lo he mandado hacer para tí. Es pequeño y lo puedes tener oculto.

—No me abandonará un momento.

Con las manos enlazadas y confundidos por el pensamiento, permanecieron algunos instantes.

La voz de Carolina los sacó de su enajenamiento.

—Mi hermana llega.

—Antes, corazón mío, te daré el abrazo de despedida y el beso del prometido esposo.

V

Ortega partió y María, más triste y abstraída que nunca, pasaba horas y horas, semanas y meses recordando la última entrevista y temiendo por el porvenir.

La guerra se encarnizaba; chilenos y peruanos se batían con igual denuedo, aun cuando los primeros estaban protegidos más particularmente por la victoria.

Una noche se encontraban varias personas en casa de María. La lucha arreciaba y las limeñas habían abandonado Chorrillos temiendo la anunciada llegada de los chilenos.

Sólo María y sus hermanas permanecían en su rancho, allí estaban más aisladas que en su casa de Lima; sólo recibían a los más íntimos amigos. Los boletinos se sucedían unos a otros.

Las esperanzas eran pocas; el Perú sucumbía, y en esa hermosa tierra, en esa tierra rica y privilegiada, la guerra ejercía imperio destructor.

Multitud de prisioneros aguardaban en Valparaíso, en Santiago y en San Bernardo el final de la contienda.

La mayor parte de las familias llevaban luto en el corazón y en los vestidos.

Un muchacho gritaba en el Malecón:

—El último boletín. Ultima batalla, muertos y heridos.

—El boletín, — exclamaron todos los que se encontraban en casa de María.

Y una joven amiga suya se lanzó al corredor y lo tomo de manos del muchacho.

Volvió a la sala, se acercó a la mesa y empezó a leer.

El silencio era profundo, la emoción general.

María apenas respiraba y tenía los ojos fijos en la lectora.

Esta leyó los detalles, nombró a los heridos y llegó a la lista de los muertos.

—El coronel Mauricio Ortega,— dijo, — es el primero.

María ahogó un grito; sus convulsas manos se apoyaron sobre el corazón y, en medio de las manifestaciones de sentimiento y de las palabras consagradas a la pérdida de un amigo, desapareció del salón sin ser vista y corrió a encerrarse en su cuarto. (1).

VI

María estaba arrodillada delante de un Cristo de marfil, colocado a la cabecera de su cama.

Sollozaba y en sus manos tenía un objeto, que llevaba convulsivamente a sus labios.

—¿Que te sucede? ¿lloras? ¿sufres? — exclamó su amiga entrando y acercándose a ella.

—No, no tengo nada, — contestó engujándose las lágrimas.

—¡Imposible! estás pálida como una muerta; avisaré a Carolina; creo que ya sube.

—No; te lo suplico, nada le digas.

—Pero...

—Se alarmarían y sus cuidados me impedirían estar sola; además, esto les haría sufrir.

E traron sus hermanas, pero aparentó tanta tranquilidad y tal deseo de descansar que se alejaron.

—Me quedo un momento más con ella, — dijo su amiga.

Apenas salieron, María rodeó con sus brazos a la joven derramando copioso llanto.

—Mira, mira, — le dijo.

Y entre sus crispados dedos mostraba el retrato de Ortega.

—¿El coronel?

—Sí; era mi prometido; ahora sólo nos uniremos en la tumba.

... ...

(1) Esta narración es exáctamente histórica.

El problema de las princesas solteras

Las jóvenes princesas de Europa se encuentran en la más infortunada situación si aspiran a vivir, una vez casadas, en la pompa y el esplendor de una corte, de la que serían, como ahora, las figuras principales.

Toda princesa es educada, en la creencia de que sólo puede casarse con un príncipe o con un rey. Lo contrario, sería rebajarse. Los príncipes pueden contraer uniones morganáticas. Las princesas, no. Si no encuentran un consorte de su rango, es preferible que se recluyan en un convento.

Difícil es desarraigar esa idea en pocos años. Verdad es que algunas princesas han contraído últimamente matrimonio con personas de un rango inferior al suyo, pero se considera que no han logrado el principal objeto de su existencia.

1500 PRINCESAS PARA 75 PRINCIPES

Se calcula que hay 1500 princesas de familias reinantes o ex reinantes, que según la rigurosa costumbre, deberían casarse con príncipes. Pero para satisfacer esa ambición no hay más que 75 príncipes, y ese número resulta aun menor si se considera que ellos han demostrado su propósito de permanecer solteros.

La Reina María de Rumania es la que ha tenido más suerte en sus propósitos casamenteros, pues logró casar con reyes a dos de sus hijas, lo que en los círculos reales se considera un indebido acaparamiento. Isabel, la mayor, con el rey de Grecia, y María, la segunda con el rey Alejandro de Yugoeslavia. El primer matrimonio concluyó en un desastre, en el sentido de otros: el rey Jorge y su bella consorte fueron expulsado del trono por los republicanos.

LA PRINCESA ILEANA

Alentada por aquellos dos afortunados matrimonios, la reina María se dejó llevar a más altas aspiraciones y pensó en casar a su hija Ileana, con el príncipe de Gales, el heredero del imperio más poderoso del mundo.

Cuando la graciosa princesa contaba quince años, la llevó a Londres y la presentó a la corte. Durante una fiesta procuró indagar los sentimientos del príncipe de Gales para con su hija, y se cuenta que el príncipe le contestó en términos aprendidos quizás en los clubs de baile, que podrían ser traducidos así:

—Es una linda niña: ¿por qué no la manda a la escuela?

Dícese también que la reina María sufrió una gran decepción que se agravó poco a poco hasta determinarla a renunciar a casar a su hija con un príncipe real. Y se presume que el reciente viaje de la reina y su hija a los Estados Unidos, tenía, entre otros, el objeto de buscar un buen partido para Ileana entre la aristocracia millonaria. Sin duda la reina se enteró de la versión, pues en una entrevista intentó desmentirla, declarando:

—El matrimonio de Ileana será un verdadero matrimonio de amor, pero será mejor que no se presenten los pretendientes sin corona.

LOS PRINCIPES BRITANICOS

El príncipe de Gales es el partido matrimonial más conspicuo y solicitado por las princesas de todo el mundo, y también el que ha ocasionado más decepciones. Muchas veces se ha insinuado la inminencia de su compromiso con tal o cual princesa, noticia pronto seguida por otro que la desmentía. Lo cierto es que el príncipe parece refractario al matrimonio que se ríe de algunas serias tentativas hechas para concertar una alianza matrimonial, y, según se asegura, ha manifestado a algunos amigos su propósito de quedarse soltero.

No se encontró príncipe de posición apropiada para la única hija de los reyes de Inglaterra, la princesa María, y ésta se casó con el hijo, ya de edad madura, de un noble británico, cuyo principal título consiste en poseer una gran fortuna.

LOS PRINCIPES ITALIANOS

Se dice que la princesa Juana de Italia, se había enamorado realmente del príncipe Leopoldo de Bélgica. No hace mucho circuló la noticia de que el matrimonio estaba a punto de ser concertado...

Pero, al finalizar 1926, el príncipe Leopoldo, contrajo matrimonio con la princesa Astrid, de Suecia.

Las bellas jóvenes princesas de la familia real italiana, no tendrán por sus matrimonios, elevada posición en las cortes de Europa. La hija mayor, Yolanda, se casó con un oficial italiano, el conde Calvi de Bergolo, que no es de sangre real y cuya familia no tiene distinción histórica. La segunda, Mafalda, contrajo enlace con el príncipe de Hesse, miembro de una familia noble de Alemania, depuesta y sin importancia entre las cortes sobrevivientes de Europa.

El príncipe Humberto, heredero del trono de Italia, ha desconcertado a la corte con su actitud caprichosa en materia de noviazgo. Hace algún tiempo se anunció semioficialmente que se casaría con la princesa María José de Bélgica. Pero poco después, el príncipe Humberto, tuvo a bien, simpatizar con la princesa Francisca—hija del duque de Guisa, de la familia de Borbón-Orleans, pretendiente del trono de Francia—a quien conoció durante las fiestas de bodas de la princesa Mafalda. El mismo ha anunciado su intención de casarse con la princesa Francisca, pero este matrimonio no se ve muy satisfactoriamente en la corte de Italia, no sólo porque la familia del duque de Guisa no tiene probabilidad de volver a ocupar un trono, sino también porque representa un desaire a la familia real de Bélgica, y un compromiso matrimonial entre miembros de casas reinantes no se quebranta sino por graves razones de Estado.

LAS PRINCESAS DE ESPAÑA

Otro afecto sincero que parece destinado a concluir en amarga decepción, es el que se atribuye a la princesa Beatriz, hija mayor de los reyes de España, para su pariente el príncipe de Gales. Dícese que éste le demostró amables atenciones que alentaron la ilusión de la joven. Hace poco se volvió a hablar de ese matrimonio, pero casi en seguida se hizo notar que era imposible, dado al carácter "matrimonial" del príncipe, y la circunstancia de que la princesa Beatriz debería cambiar de religión para contraerlo.

ALEMANIA. GRAN PROVEEDORA DE MARIDOS CORONADOS

El número de príncipes reinantes disponibles, ha sido asombrosamente disminuído a causa de la guerra europea. Tres grandes monarquías: Rusia, Alemania y Austria, se han derrumbado, y los miembros de sus familias reinantes han desaparecido o no se encuentran en situación de sostener el boato de una princesa.

Antes de la guerra, una princesa podía hallar siempre un marido en Alemania. Había trescientos príncipes pertenecientes a los diversos principados alemanes, y como a todos se les consideraba maridos aceptables para una princesa, Alemania venía a constituir la más importante proveeduría de consortes. Pero ahora "no es programa" casarse con un príncipe alemán.

La monarquías de los países pequeños, tampoco pueden proporcionar príncipes capaces de mantener el esplendor de su rango. El único vástago de la reina de Holanda, es mujer. La familia real de Dinamarca es tan pobre, que el rey ha pensado determinar que, excepto el heredero, los otros príncipes trabajan en una ocupación ordinaria.

IDÓLATRA

Bonita como una rosa
y más ardiente que el fuego
es tu boca primorosa
cuando musitas un ruego.

Yo te vi junto al altar
de una virgen milagrosa
con un rostro angelical
...¡y estabas tú más hermosa!...

De cien valiosos metales
y miles de flores raras
en vasos originales

un altar te levantara
do tus dones virginales
de rodillas adorara...

José Guerrero Locamoux.

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879 — Buenos Aires

De 9 a 12 y de 14 a 18
Sábados: de 9 a 12

U. T. 428, B. Orden

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital	En el Interior	En el exterior
Trimestre. . $ 2.50	Trimestre . $ 3.00	Trimestre $ oro 2.00
Semestre . . „ 5.00	Semestre. . „ 6.00	Semestre. „ „ 4.00
Año. . . . „ 9.00	Año. . . . „ 11.00	Año. . . . „ „ 8.00
N.° suelto. . 20 cts.	N.° suelto. . 25 cts.	
N.° atrasado. 40 „	N.° atrasado. 50 „	

PAPEL Y TINTA

«El», por Mercedes Pinto.—Montevideo, 1927.

La obra de la escritora Mercedes Pinto, aparecida recientemente, es un girón de dolor de un alma atormentada por otra alma, que salida del marco de la bondad y del bien, se solaza en martirizar con toda sutileza.

Quien lea este libro y se profundice del caudal de emoción que encierra, no dudará quien es la protagonista, ni dejará de pensar que este ha sido concebido por un espíritu poético y profundamente emotivo.

Este volumen, donde vibra un dolor y una angustia se manifiesta clara, anatematizando, justifica la imprescindible necesidad del divorcio para ciertos seres que no se resignan a unificar sus ideas ni sus almas, y hacen de la vida un verdadero infierno.

Por eso las palabras del jurisconsulto y escritor Valero Martín, refiriéndose a la sinceridad de esta obra, ha dicho; "Este signo de rebelión dice la clave de su vida, la esencia de su espíritu de mujer, cuya mano gentil está sangrando por la mano de la fiera".

Estas manifestaciones acertadas del buen escritor que citamos, nos dan la seguridad del valor de este libro, donde su autora ha encerrado una pena honda, una tortura dominante que sólo han contribuído a dar más pureza a su alma de poeta, que tanto ha cantado y soñado en este viaje del vivir.

V.

«Camino de la muerte», por Roque C. Otamendi, Editorial Tor.—Buenos Aires.

Título sugerente el de este libro, que acaba de aparecer, el cual responde a la idea de muerte que el amor despierta en el alma de los enamorados, problema planteado ya por muchos escritores, y muy especialmente por Leopardi, en su composición titulada "Amare e Morte".

Queda, pues, entendido, que en el libro de Otamendi, el camino que conduce a la muerte, es el amor, cuya infantil y risueña apariencia hace que los amantes, sin otro bagage que la sinceridad, emprendan la marcha tras aquél, no sin pensar a veces, pero sí tratando de olvidar siempre, que el dolor les aguarda a poca distancia, y que la muerte les prepara su descanso.

En "Camino de la muerte", el autor de "El canto del Cisne" estudia uno de los aspectos del dolor de amar, el más temible, es decir, el que produce en el espíritu de los amantes, la separación, cualquiera que sea su causa. En tales condiciones, el amor es un estado anormal del espíritu, una verdadera enfermedad, cuyos síntomas, Otamendi trata de estudiar y catalogar, como lo hacen los médicos con las enfermedades del cuerpo. Es entonces, que los amantes no se limitan ya, a pensar en la muerte, sino que resuelven dársela, como único recurso para la cesación de una angustia que no pueden sobrellevar.

«El veneno del tango», novela escénica de Valentin de Pedro, Edición Maucci.-Barcelona (España).

Se ha puesto a la venta esta obra que fué estrenada en Barcelona con extraordinario éxito, y que recorre triunfalmente todos los escenarios de España. Por el interés de su fábula y por sus bellezas literarias, "El veneno del tango" es obra que, además de aplaudirla en el escenario, cautiva al lector, pues tiene todo el encanto de una buena novela dialogada.

Valentín de Pedro, que en novelas como "El Arlequín Azul" y "Primera actriz única", había conseguido resonantes triunfos, acreditándose de fino psicólogo y notable prosista, que sabe dar a sus personajes una profunda humanidad, ha logrado en "El veneno del tango" una magnífica síntesis de interés y belleza, haciendo que el lector viva las aventuras de sus personajes y con ellos ría y se emocione.

Por todo esto, augruramos a "El veneno del tango" el mismo éxito de lectura que tiene al ser representado.

«Desde lo más profundo», por Teresa Reinaudi Grossi, Editorial Tor.—Buenos Aires.

Torturadas son las páginas que con encomiable habilidad y no escasa belleza de concepto, ha trazado esta joven novelista. Emoción dulce e íntima, en unas; desengaño amargo y lacerante, en otras; pero en todas, mucha emoción y, lo que las torna dignas de aplauso y recomendables, una extraordinaria lealtad artística.

Y, es que la autora de "Desde lo más profundo", no es de aquellas que hacen uso de su arte para halagar y satisfacer los gastos de un público bajo, o de aquellas otras que, con falsos argumentos, buscan nombradía y afánanse en una poco recomendable exhibición. Muy al contrario: "Desde lo más profundo" es un libro íntimo, saturado de esa belleza silenciosa y divina, que es la característica de las confidencias hechas a media voz. Que esto, en efecto, es la obra que suscita este comentario: una bella confidencia hecha por una mujer para quien no son misterio ni los dolores ni las alegrías del espíritu; una confidencia realizada con todo recato al oído del lector que sabrá justipreciar todo cuanto decimos de este sugestivo trabajo de Teresa Reinaudi Grossi.

«Horizontes», por J. Gavinoser

Hemos recibidos éste libro del conocido periodista y literato don J. Gavinoser, elegantemente impreso y con ilustraciones hermosas de Lápidas y Kats.

"Horizontes está escrito en "indisch" y se respira en todas sus páginas el ambiente argentino. Podemos asegurar que es uno de los primeros libros en idisch donde hay reflejos del ambiente argentino, del espíritu de la mujer israelita y de los conceptos circulantes de ésta. Hasta ahora la mayoría de los escritos de los israelitas se inspiraban en la patria antigua.

"Horizontes" es una obra de profundo lirismo amoroso, que bien podría colocarse en la época romántica. El autor, con alma sensible y sutil, narra en ella la fugaz historia de un amor. Pero hay en ella, además de las sentidas declamaciones poéticas, una serie de pensamientos de crítica social, que a veces llegan a ser hondamente satíricos. Se ve que el autor ha vivido en el ambiente que describe; que ha sentido los dolores en carne propia, pero que no se dejó abatir y en sus labios aparece la noble sonrisa del triunfo sobre sí mismo. En otros capítulos hay elevadas consideraciones sociales, con tendencias al amor libre es decir, libre de trabas legales y religiosas. Es una canción de amor, con modulaciones románticas, en las que, sin embargo el autor no se pierde, sino que reacciona con elevación moral.

Creemos que "Horizontes" además de libro bello, es un libro útil, que obliga, no solo a sentir, sino también a pensar.

«Vida Argentina»

Ha llegado a nuestra mesa de redacción, el octavo número de esta interesante publicación semanal de informaciones en general.

"Vida Argentina cuenta con diversas secciones de sumo interés que la destacan ventajosamente.

Su material gráfico y literario es inmejorable.

«Babel»

Hemos recibido el número 22 de esta interesante revista bibliográfica que, como siempre, trae un variado y ameno material de lectura.

He aquí el sumario de "Babel":

Balance anual, por la dirección.

Literatura argentina, por Leopoldo Lugones.

Estío Serrano (poesías) por Rafael Alberto Arrieta.

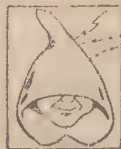
El cuento y la novela, por Enrique Espinosa.

Tacuará Mansión por Horacio Quiroga.

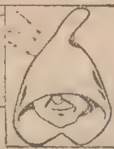
Esencia, (poesías) por Rosa García Costa.

David contra Goliat, por Samuel Glusberg.

El número de "Babel" ostenta una original portada en colores del conocido pintor Emilio Centurión.



RADIOTELEFONIA





LA RADIOTELEFONIA TRANSATLANTICA

Ha entrado en el período realmente práctico, el uso de la radio desde la implantación del servicio radiotelefónico transatlántico, entre Londres y Nueva York, este hecho que debe considerarse como uno de los más maravillosos que se han realizado desde que la radio comenzó a utilizarse como un medio práctico de comunicación.

En efecto, el hecho que sea posible comunicarse por medio del teléfono común, y pedir con la misma tanquilidad, una comunicación con Lòndres o con Nueva York realmente significa un adelanto enorme, solo se ve que falta la practicabilidad de la radio televisión, para llegar a un grado enorme de adelanto, que puede llegar a grados absolutamente insospechados en esa rama de la ciencia.

Sin embargo debe hacerse notar, que este asunto de la radio telefonía entre Europa y Norte América no se ha resuelto con facilidad, sino que es el producto del trabajo de los ingenieros de radio durante cerca de cuatro años y el gasto de ingentes sumas de dinero, la primera dificultad que se tropezaba para la implantación del servicio, eran los escasos conocimientos de la manera de comportarse los distintos elementos que servían para la modulación de la voz, pues deb pensa se que n el tiempo que se comenzaron los ensayos, la radio no había llegado al grado de adelanto que tiene actualmente, sin embargo el estudio paciente de cada uno de los elementos a e'lo destinado, trajo como consecuencia, la perfección de ellos al punto, que puede hoy decirse, que los elementos destinados a la trasmisión, estan completamente libres de distorsión y que la voz recibida difiere muy poco de la que se emite.

La onda portante, también fué objeto de grandes discusiones y al fin se resolvió modular la onda, en una forma realmente interesante y cuyo desarrollo omitiremos aquí, por no corresponder a la índole del artículo, pero solo haremos notar, que se trata de la supresión de cierta parte de la onda a objeto especialmente de limitar la interferencia, este método fué probado casi desde los primeros tiempos y sus resultados estuvieron de acuerdo a lo que la teoría indicaba.

La longitud de onda a emitirse, para el empleo de estas comunicaciones, fué por cierto la dificultad más grande a vencerese, pues debe tenerse en cuenta que la mayoría de las ondas ya estaban destinadas y que tanto las estaciones costeras como las comerciales y los barcos, tienen una banda de ondas ya determinada, de manera que era imposible colocarse dentro de ellas para no producir interferencia que hubieran sido fatales para la seguridad de las comunicaciones, por otra parte el estudio de la manera de comportarse estas ondas, de acuerdo a las distintas horas del día o de la noche para llegar al fin deseado.

A pesar de todas las dificultades que se oponían, los ingenieros de la Cía. M. de Inglaterra y la Telegraph and Telephone de Estados Unidos, llegaron a la conclusión que la onda de cinco mil metros era la más apropiada para las trasmisiones de esta índole, y es la que se utiliza actualmente.

Cabe aquí consignar, que parece difícil que esta onda se siga usando continuamente, pues las dificultades que presenta son bastantes grandes, pues en esas longitudes los estaticos o descargas atmosféricas se hacen sentir con demasiada intensidad, aunque por medio de los distintos dispositivos antiparásitos, pueden elminarse en gran parte. Las interferencias naturalmente, fué uno de los problemas más graves de resolver, pues las ondas elegidas, se caracterizan especialmente por su poca selectividad, pero es provable pue se hayan cambiado algunas longitudes de onda de estaciones costeras que la tuvieran y adoptar para los receptores circuitos de alta selectividad, como serían los Superheterodynos y los de muchas etapas de alta frecuencia sintonizados.

La potencia que se necesita para emitir con resultados en una onda de este metraje, es un gran inconveniente, pues para obtener una comunicación eficiente se necesitan por lo menos cincuenta kilowatts, lo que supone la instalación de una estación, cuyo costo es verdaderamente grande.

La solución de la onda corta por cierto que ha sido contemplado por estas empresas, pero parece que los resultados que se han llegado con los estudios realizados no han debido de ser todo lo satisfactorio que hubieran deseado desde el momento que se ha desechado, no obstante, parece ser que el único inconveniente que se ha encontrado con ellas, que es la gran variación que ellas sufren según las distintas estaciones del año y aun según las horas del día, no sea un inconveniente que con el tiempo no se pueda eliminar completamente apenas dichas compañías tengan a mano los resultados de la experimentación contínua que vienen realizando.

A primera vista surgen las ventajas si las comunicaciones de esta clase se realizaran, por medio de las ondas cortas, pues con ello se podría obviar, muchos de los inconvenientes de las ondas largas, que si bien es cierto que se evitan por medio de diversos dispositivos, no es menos cierto que ellos se traducen en un mayor costo de las instalaciones y de servicio, que lógicamente redundan en perjuicio del público, al punto de hacer las comunicaciones telefónicas solo para casos extremos, téngase presente que en la actualidad una comunicación entre Estados Unidos e Inglaterra cuesta alrededor de doscientos pesos por tres minutos, lo cual es bastante excesivo,en cambio si las comunicaciones se realizaran en las ondas cortas, el precio que debería cobrarse, sería mucho menor.



''Broadcasteo'' de las conversaciones de amantes acaramelados, en beneficio de las solteronas...

LA TRANSMISION DE OBRAS TEATRALES POR RADIO

Una de las dificultades que tuvo la radiotelefonía, para poder difundirse al grado que ha llegado hoy, ha sido la resistencia que han opuesto los teatros y compositores a permitir que sus obras se pasen en audición, por las salas de broadcasting.

La razón que aducen, la mayoría de los empresarios para prohibir la audición de una obra teatral, es que el público no acudirá a la representación y se contentará sencillamente en oirla por radio, donde podrá solazarse facilmente y de una manera completamente económica, por cuanto ello no le irrogará ningún gasto, y por lo tanto el teatro sufrirá en carne propia por lo que el empresario supone un acto de filantropía.

Sin embargo, la realidad es bastante distinta, pues debe supone se primero, que la totalidad de los oyentes de radio, no podría entrar en el teatro de manera que habría un tanto por ciento de oyentes, que se les privaría oir una representación teatral sin ningún beneficio para el empresario. Luego y como argumento de primera fuerza, es difícil suponer que haya personas que dejen de ir a ver una representación de una obra, por el hecho que ellas pueden oirlas por radio, donde no ven sino una ligera parte del asunto, ya que pierden la sensación visual, que es una de las partes más importantes y finalmente la propaganda que significa, para la obra o teatro citado, el hecho que numerosas personas, comenten entre sus relaciones, la bondad y pasajes más característicos de una obra dada.

Entre nosotros el problema se presentó en los mismos términos, pues quien primero que se opuso a que se dieran por radio las obras que en el se representaban, fué la tan decantada comisión del teatro Colón, la cual con completo desconocimiento del problema se negó la audición. Sin embargo, los hechos posteriores permitieron rectificar este concepto, pues no solo se permitieron dar audiciones, sino que más adelante comprendió que era indispensable para contribuir al desarrollo de la cultura popular que las obras del coliseo municipal, fueran irradiadas a todos los ámbitos de la república, no solo para solaz de los que habitan el interior del país, sino como un medio para mejorar la cultura artística de gran masa de la población, que no tiene medios ni oportunidad, para asistir a las funciones del citado teatro. Por ello la comuna de Buenos Aires procediendo con acertado criterio ha adquirido la mejor estación de Broadcasting de Sud América, la cual dentro de muy poco tiempo comenzará las audiciones.

Para probar la fidelidad encierra a su prometida en un cuarto revestido de espejos. Y la pobre mujer se vuelve loca.

Uno de estos días, comparecerá ante los tribunales de Londres, una personalidad de las más relevantes de la alta aristocracia inglesa.

Se trata de lord James L..., de treinta y cinco años de edad, a quien se acusa de lo que sigue:

Hace algún tiempo, dicho lord, se enamoró perdidamente de una joven "chanteuse", de veintit és años de edad, llamada Rosy Hunwitch.

Quiso casarse con ella, pero su familia se opuso enérgicamente.

Como él manifestara el propósito de no hacer caso de la familia, ésta entrególe unos informes confidenciales de un policía particular, que demostraban que Rosy le era infiel con varios amigos, artista de su mismo teatro. Lord James enseñó estos informes a Rosy, y ella dijo que eran falsos, y que se sometería a la prueba que quisiera para demostrar la sinceridad y pureza de sus sentimientos. Y entonces lord James imaginó una prueba verdaderamente extraña.

Hizo que Rosy se dejara encerrar por un período de diez días en una habitación suntuosamente amueblada; pero sin ventanas, con el techo y las paredes revestidas de espejos e iluminada fuertemente con luz eléctrica.

La joven se encerró en esta singular habitación; pero al cabo de seis días, viendo a todas horas su imagen repetida constantemente en todos los espejos y reflejados en ellos todos sus gestos, fué víctima de una peligrosa obsesión.

No podía dormir, y en un acceso nervioso rompió con un zapato uno de los espejos. Luego intentó suicidarse precipitándose de cabeza, contra otro de los espejos, y sólo logró herirse gravemente.

Durante los diez días le servían la comida por un torno.

Cuando, pasado el período de reclusión, la sacaron los criados del lord, vieron éstos que estaba en un estado de locura furiosa.

Hubo que llevarla a un manicomio, y los médicos afirmaron que su curación será muy difícil.

Los padres de Rosy han presentado contra el lord una acusación de carácter criminal.

Unas estudiantas chinas repiten, mas o menos, la hazaña de Judith. Y además originan un descalabro al ejército del Norte.

Despachos de Shangai, dan cuenta de un dramático suceso ocurrido en China y que demuestra el grado de exaltación a que han llegado las pasiones con motivo de la guerra civil.

Varias mujeres que estudiaban en la Universidad de Cantón, carreras liberales, decidieron vestirse de hombres, unirse al ejército nacionalista y pelear como simples soldados.

Después de tomar parte en diversos combates, demostrando un gran valor, se reunieron y acordaron servir mejor a la causa que habían abrazado recurriendo a la astucia.

Desertaron aparentemente del ejército del Sur, se vistieron sus ropas femeninas y penetraron en un campamento de tropas pertenecientes al ejército del Norte. Como eran jóvenes y bellas, no tardaron en hacer amistad íntima con diversos jefes superiores de dicho ejército.

Días después, los citados jefes organizaron una orgía, a la que invitaron a las estudiantas.

Ellas avisaron a un cuerpo de tropas cantonesas y luego se reunieron con los jefes nordistas. Comenzó la comida, que fué abundante en libaciones.

Cuando los jefes estaban ya embriagados, ellas se consultaron con la mirada, sacaron de debajo de sus ropas, pistolas automáticas y empezaron a disparar contra los borrachos, matándolos a tiros.

Luego, uno de ellas salió de la casa, donde se desarrollaba dicha escena y encendió un cohete.

Avisadas de tal modo las tropas cantonesas, que se habían aproximado en silencio, atacaron bruscamente el campamento de la división.

Los soldados de ésta se encontraron envueltos y sin jefes y huyeron en desorden, abandonando su artillería, y así consiguieron las tropas de Cantón una fácil y fructuosa victoria.

La municipalidad de Chicago, suprime en sus servicios los caballos Porque le sale más barata la trácción mecánicá.

La Municipalidad de Chicago ha acordado reciente un plan de reformas de los servicios de la Policía Municipal.

En él figura la exclusión absoluta del empleo de los caballos.

En lo sucesivo la Policía montada que regulaba la circulación, será reemplazada por agente motociclistas y automovilistas.

Esto se ha hecho exclusivamente como medida de economía.

En la sesión en que se trató el asunto, uno de los concejales dijo: "Los caballos resultan demasiado caros en esta época de tracción mecánica. Chicago no es bastante rico para permitirse el lujo de mantener caballos que cuestan a razón de cien dólares al mes".

Por su parte, la Asociación de Comerciantes ha recomendado a sus asociados que no sigan utilizando para el reparto de mercancías, coches de tracción animal.

Se cree que durante el año actual desaparecerán completamente de Chicago, todos los caballos.

Un periódico, comentando estos acuerdos, dice que los niños, que en lo sucesivo nazcan, no conocerán los caballos, los asnos, los mulos ni demás cuadrúpedos que hasta ahora se utilizaban para el transporte, y que seguramente, cuando oigan hablar de ellos creerán que se trata de animales ya desaparecidos de la faz de la Tierra.

El ejército rojo es actualmente el más fuerte del mundo.

El corresponsal de la "Chicago Tribune" en Berlín, ha recibido de Moscóu una información acerca de la reorganización del Ejército rojo.

Según ella, el total de las fuerzas militares rusas, se eleva a 1.270.000 hombres sobre las armas; es decir, que la Rusia Soviética posee en la actualidad el ejército más fuerte del mundo.

Sin embargo, toda esta enorme muchedumbre militar no está constantemente en los cuarteles. Una parte de ella se pasa en sus casas diez meses de cada doce, y durante dos, asiste a maniobras militares y a violentos ejercicios de entrenamiento.

La Caballería, que ha sido muy útil durante las guerras civiles, no tiene igual valor, según las autoridades militares soviéticas, en una guerra regular, y, por lo tanto, ha sido reducida a 80.000 hombres.

En cambio, han sido desarrolladas enormemente la Aviación y la industria militar relativa a la producción de gases asfixiantes.

Han sido creados numerosos campos de aviación y puestos en funcionamiento cien nuevos aviones.

Actualmente la flota aérea rusa, tiene 860 aviones en servicio, pero el Ministerio de la Guerra espera que antes de dos años, esta cifra se habrá cuadruplicado.

El divorcio, triunfante. En Inglaterra, las clases altas deshacen todos sus matrimonios.

Los periódicos comentan extensamente el número creciente de divorcios que se registran en Londres.

En el año de 1925, se divorciaron en esta capital, 540 matrimonios. Este año pasado se han divorciado unos 750, y en los cinco días que van del año 1927 han sido ya presentandas ante el Tribunal correspondiente más de 60 demandas.

El divorcio aumenta, sobre todo, en las clases altas de la población, y con especialidad entre la aristocracia.

Los obreros se divorcian poco, y la pequeña burguesía algo más, pero no mucho.

Los divorcios abundan entre los banqueros, los grandes industriales y comerciantes, los propietarios, en gran escala los armadores, los jefes del Ejército y la Marina, y sobre todo entre los aristócratas.

En la mayoría de los casos, la demanda de divorcio es presentada por el marido que acusa a la mujer.

Historia lamentable. El triste amor de la ancianita de un asilo.

Los periodistas de Leipzig dan cuenta de un drama verdaderamente conmovedor que acaba de desarrollarse en el Hospicio de Incurables de dicha ciudad.

Una de las asiladas, venerable anciana de noventa años de edad, se había hecho amiga, hace ya bastante tiempo, de un viejecito de ochenta y tres años, que ocupaba la habitación vecina a la suya.

Poco a poco, en esta anciana de blancos cabellos y voz cascada, la amistad cedió su plaza a un sentimiento mucho más vivo, y feliz de experimentar emociones que le recordaban los días lejanos de su juventud, la ancianita dijo en el Hospicio, que estaba enamorada de su vecino.

Al saberlo el director, hombre frío y reglamentista, llamó escandalizado al viejo, le sermoneó larga y acerbamente y le dijo que lo echaría si volvía a visitar a la viejecita en su celda o si hablaba con ella en el refectorio o en el jardín.

El anciano, aterrado por la amenaza de expulsión, prometió solemnemente que obedecería, y así lo hizo.

La ancianita, desesperada, al no recibir la visita de su vecino, y al ver que éste se negaba a hablar con ella, encerróse en su habitación e ingirió un veneno.

Víctima de atroces dolores, la llevaron al hospital, y en él expiró entre horribles sufrimientos, murmurando el nombre de su viejo amigo.

La prensa, censura violentamente el ridículo rigorismo del director del Hospicio, que ha determinado esta emocionante tragedia.

El muerto resucita por algunas horas. Y luego se muere de verdad.

El diario "Paris Soir" publica un despacho de Roma, dando cuento de una sensacional operación que ha realizado en un hospital de dicha ciudad el famoso cirujano, doctor Nuvoli.

Hacía ocho meses que en dicho hospital había un hombre enfermo de tuberculosis. Hace pocos días murió, y fué avisada la familia.

Esta se lamentaba de que no hubiera hecho testamento, y entonces el doctor Nuvoli, dijo que intentaría, aunque ya hacía cuatro horas del fallecimiento, resucitar al difunto.

Al efecto, le puso tres inyecciones de adrenalina en el ventrículo izquierdo del corazón.

El muerto abrió los ojos, y recobró el uso de los sentidos.

El doctor Nuvoli dijo que en cuanto pasaran los efectos de las inyecciones, el enfermo moriría nuevamente. Y entonces se aprovecharon los momentos para que recibiera los últimos sacramentos y dictara sus disposiciones testamentarias.

Al poco rato murió para siempre.

TEATROS

LA TEMPORADA SE INAUGURA

En este mes tendrá lugar la inauguración de la temporada oficial de 1927, en la mayor parte de los teatros de esta Capital. Empieza así la labor de la farándula, con el año escolar y con las primeras brisas frescas que el otoño anticipa.

Como siempre los proyectos son magníficos. La gente de teatro, más imaginativa que otra cualquiera, puesto que muñecos de imaginación son los que maneja, levanta castillos en el aire y se propone sinceramente hacer milagros, no pudiendo imputárseles ni falta de voluntad ni buena intención. Pero a pesar de todo, nada hace suponer que la temporada de 1927 sea más proficua para el arte que las anteriores. En la lenta evolución de nuestros teatros, los pasos adelante son pocos y menudos, abundando por el contrario el salto atrás por los caprichos de la moda, el impresionismo exitista y la novelería apresurada e imitativa.

Es de lamentar que dos importantes figuras femeninas de la escena nacional no aparezcan en los días de inauguración al frente de buenas compañías en los teatros del centro. Angelina Pagano y Camila Quiroga, no figuran en las carteleras, y cualquiera que sea la causa que lo determine, no puede menos que deplorarse cuando se ven elencos encabezados por artistas de ínfimo orden, sin responsabilidad en la escena y sin méritos para encabezar un conjunto.

Seguiremos, pues, bajo el imperio de la comedia sentimentaloide, del sainete malevo y de la revista que en cubre su procacidad con lujoso vestuario y llamativos decorados. Sobre ese triángulo vicioso está edificado nuestro teatro, por lo menos el teatro que tiene público. Porque es de advertir que si hay culpables de este estado de cosas, más que los autores, las empresas o los cómicos son los espectadores, que con su asiduidad o retraimiento determinan el éxito o fracaso de las temporadas.

Con todo es de esperar que entre tanta lamentable vegetación, florezcan en nuestros teatros durante 1927 algunas rosas. Procuraremos que en esta página encuentre el público el perfume que le oriente hacia esos rincones del jardín del arte.

OBRA DE PIRANDELLO PARA BLANCA PODESTA

Don Joaquín de Vedia ha traducido al castellano la pieza dramática del famoso autor italiano Luis Pirandello, "Prima meglio di prima", la que será dada a conocer en el curso de la temporada que realizará en el Smart la compañía de género chico que encabezará la popular actriz Blanca Padestá y de la que será director Elías Alippi.

SE PRESENTARA RATTI CON DOS ESTRENOS

Este año, como es sabido la compañía de los hermanos Ratti trabajará en el Apolo, sala donde actuaron con fortuna en otras temporadas. Ha quedado resuelto que en el debut se ofrecerán los estrenos de las piezas "Buenos Aires, la sirena del Plata", de Manuel Romero y "Yo quiero un marido criollo", de Domingo Parra.

MORGANTI DEBUTARA EL 17 EN LA PLATA

El conjunto nacional que ha organizado el actor Carlos Morganti iniciará sus actividades el 17 del actual, presentándose en el teatro Coliseo Podestá, de la capital de la provincia. De aquí empezará una jira que durará todo el año.

COMPAÑIA SALDIAS-RAMIREZ

Este conjunto iniciará su labor el 10 del actual en el teatro Urquiza, de Montevideo, poniendo en escena "Babilonia", "Muchachos locos" y "El sueño de la casa propia". Damos a continuación la nómina de los artistas que lo constituyen:

Actrices: Sara Nuvolone, Leonor Alvarez, Leticia Souri, Amalia Bernabé, Lita Ramos, Emilia López, María Gutiérrez, Carmen Morel, Maruja Garato, Antonia Bausa y Lina Rodríguez. Actores: José Ramírez, Tito Lusiardo, Enrique Discépolo, Vicente Forastieri, Mario Fernandez, Roberto Sofficci, Enrique Alende, José Blanco, Eduardo Carrara, José Dola, Antonio Stecconi, Juan Bruno y Fernando Cabezalid.

NACIONAL

La compañía de Carcavallo dará a conocer al inaugurar esta temporada, las obras "La Quita penas", de Julio Sánchez Gardel, y "El cortafierro", de Alberto Vacarezza. Cuenta, además, con la obra "Inmigrante", del Dr. Carlos Damel, ya leída y aceptada.

COMPAÑIA GLORIA FERRANDIZ

Este discretísimo conjunto que viene actuando hace tiempo en provincias, dirigido por el conocido autor Sr. Defillipis Novoa, ha sido reorganizado y se dispone a empezar sus actividades iniciando una jira. Quedó formado así:

Actrices: Gloria Ferrándiz, Ilde Pirovano, Celina Sánchez, María Cambre, Dora Martínez, María Luisa Castro, Josefina Rossi y Olga Caviglia.

Actores: Orestes Caviglia, Ricardo Passano, Norberto Ducasse, José Fernandez, Elisardi · Santalla, Humberto Ortiz, Manuel Rossi, Carlos Fernández, Rafael Mascarelli y Arturo Bertona. Escenografía: Guido, Talevi. Administrador: Roberto Rivelli.

Esta compañía cuenta con el siguiente repertorio:

"La noche en el alma", de Martínez Cuitiño; "Vestir al desnudo", de Luis Pirandello; "El alma de un hombre honrado", de F. Defillippis Novoa; "La puerta cerrada", de Marcos Praga; "La mano negra", de García Velloso; "Pigmalian", de Bernard Shaw; "Mujer" y Sueño de una noche de Agosto", de Martínez Sierra; "La gota de agua", de Iglesias Paz; "Mamá Colibrí", de Henry Bataille; "Los derechos de la salud" y "M'ijo el dotor", de Florencio Sánchez; "El sendero en las tinieblas" de Guibourg; "Bendita seas", de Novión; "Jaulas de oro", de Roberto Cayol; "El príncipe heredero", de Julio Sánchez Gardel; "Jassia la huérfana", de Jacobo Gordin; "Judío", de Ivo Pelay; "Anfina" de Leonidas Andreir; "El perfecto amor", y "La pequeña fuente", de Roberto Bracco; "La fábula del lobo", de Franz Molnar; "La casa en orden" y "La segunda esposa", de Arthur Pinero; "Un hogar" y "El judío Aarón", de Samuel Eichelbaum; "Hermano lobo", de Pacheco; "La novia de los forasteros", de Pedro E. Pico; "Cásate y verás", de Ernesto Marsilli; "Cristalina", de J. y S. Alvarez Quintero; "Roberto y Mariana", de Paul Geraldy; "Cuando florezcan los rosales", de Eduardo Marquina; "La virgen de la pureza", de Belisario Roldán; "La vena de oro", y "Las furias", de Guillermo Zorzi; "Madame X", de Bisson; "Con las alas rotas", de Berisso, etc.

LA TEMPORADA DEL CERVANTES

Como hemos anunciado, la compañía Fanny Brena realizará una temporada en el Cervantes, bajo la dirección del autor Sr. Juan León Bengoa.

El debut se llevará a cabo con la pieza en tres actos de la Sta. Alfonsina Storni, intitulada "El amo del mundo". Tiene, pues, una novedosa atracción esta temporada, al significar la incorporación a la literatura escénica de la prestigiosa poetisa de "El dulce daño".

ELENCO DE MUIÑO

Como en el año pasado, en el presente el actor Enrique Muiño desarrollará una temporada de género chico en el Buenos Aires, bajo la responsabilidad de su solo nombre. Será secretario de la compañía el Sr. Juan A. Caruso y el conjunto estará integrado por las siguientes figuras:

Actrices: Ada Cornaro, Manuela Poli, Gloria Faluggi, Carmen Valdez, Sara Iturrat, Julia Caffarô, Gloria Dara, Pilar Bello, María Monteverde, Amalia Pérez, Josefa Carreras y María E. Cáceres; actores, Totón Podestá, Graciliano Batista, José De Angelis, Hilario Bello, Miguel Coiro, Carlos Betoldi, Antonio Medolla, Aníbal Pastor, Gerardo Rodríguez, Gustavo Vicenti, Alberto Galelli, Arturo Arcari, Antonio Lanfranco y Angel Prío.

Ejercerá la dirección escénica de la compañía el actor Félix Blanco.

ARATA DEBUTARA EN CORDOBA EL 11

Antes de inaugurar el nuevo teatro de la calle Corrientes, la compañía que encabeza el popular actor cómico Luis Arata actuará en Córdoba, en cuyo teatro de la Comedia se presentará el día 11 del actual, poniendo en escena "El alma de la calle", "Los frescos de Necochea" y "Los distinguidos reos".

Dicho conjunto, que cuenta como figuras principales a las actrices Ema Bernal, Berta Gangloff, Leonor Rinaldi y Mercedes Delgado y a los actores Marcelo Ruggero, Ignacio Corsini, Juan Fernández, Froilán Varela, Carlos Rosigana y Juan Vitola, regresará a Buenos Aires con el fin de inaugurar, a fines de abril, el nuevo Teatro Cómico, en el que ofrecerá como novedad de su presentación el sainete de Alberto Novión titulado "Fachatosta".

COMPAÑIA DE JOSE FRANCO

El 11 del actual debutará en el Comedia la compañía que encabeza el actor José Franco y de la que forma parte la simpática comediante Eva Franco, estrenando la pieza de José A. Saldías, "Mimí ha vuelto" y reprisando "La francesita Lisson", de De la Torre. Forman el conjunto los siguientes elementos artísticos:

Actrices: Josefina Suárez, Antonia Vila, Isaura Gutiérrez, Herminia Franco, Teresa Parramón, Elena Prevosti, Amalia Franco, Cleo Quintana, Celia Fernández y Susana Vargas y los actores Carlos Morales, José Suárez, Francisco Bastardi, Carlos Rodríguez, Enrique Hormaechea, Pedro Prevosti, Víctor Lía, Alfonso Pissano, Alberto Anchart, Simplicio Alvarez y Vicente Merlo.

Cuenta esta compañía con las siguientes obras nuevas:

"Tonguita", original del señor Eduardo Trongé (segundo estreno) "La mujer que Cristo perdonó", del señor L. Rodríguez Acasuso; "Pelusa", del señor Oscar R. Beltrán; "Mariposas del Bataclán", del señor Manuel Romero; "Una chica de la calle", del señor Julio F. Escobar; "El vuelo", de Darío Niccodemi (traducción del señor Escobar); "La chica del Far West", del señor Eliseo Gutiérrez; "La virgencita del milagro", de los señores Alejandro E. Merruti y Folco Testana; "Qué mujer antipática", del señor Mariano de la Torre; "Juguetes de amor" y "Ana María", de la señora Alcira Olivé; 'La mujer que supo amar", del señor Miguel H. Escuder y otras producciones de autores de mérito como los señores Berruti, Collazo, Aquino, Escuder, etc.

DEBUTO GOMEZ EN EL MARCONI

Con la obra "El obscuro dominio" de Valenti, reapareció ante nuestro público la compañía que dirige el conocido tragediante José Gómez, quien se propone realizar una temporadita de 25 funciones en el Marconi, emprender luego una jira de dos meses por el interior y retornar al mismo escenario. Entre las novedades que prepara Gómez figura una versión modernizada de "Hamlet", de Shakespeare.

En nuestro próximo número comentaremos la obra del debut.

LAS DELICIAS DE LA PANTALLA

EN EL GRAND ESPLENDID.—

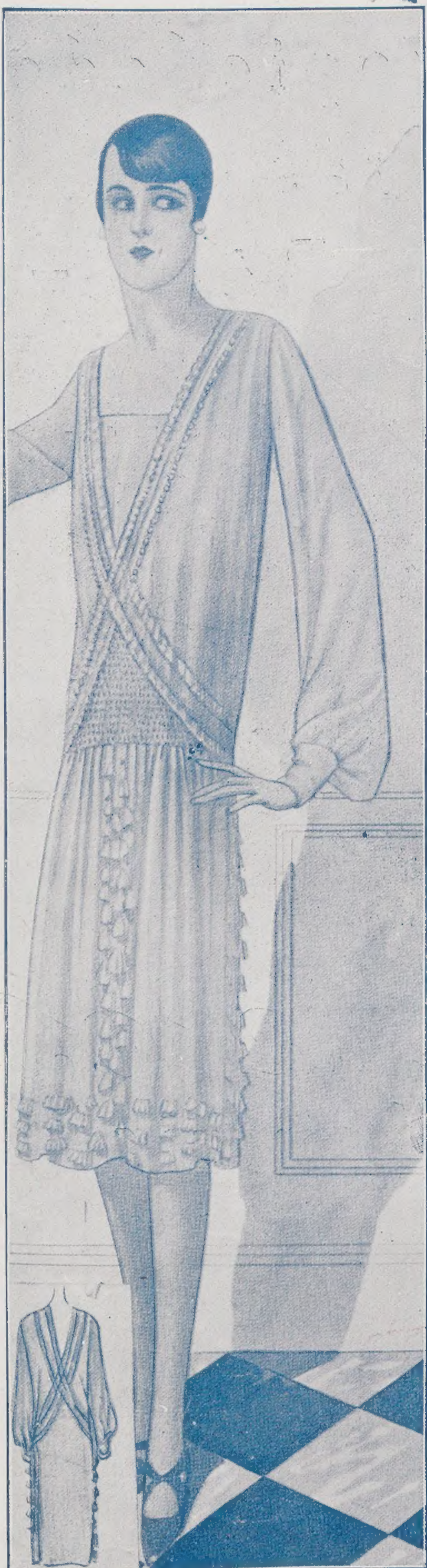
La inauguración de la temporada teatral no ha restado concurrencia a esta sala, que disfruta siempre del más amplio favor del público por las comodidades que ofrece, la selecto de su concurrencia familiar y la variedad de los programas que presenta. Su platea y sus elegantes y cómodos palcos tienen siempre un bello aspecto por la presencia de muchas caras bonitas que en los intervalos sonríen y saludan a sus numerosas relaciones, todas habitues de este cine.

EN EL CAPITOL.—

Conforme va bajando la temperatura, se hace más numerosa la concurrencia a esta sala, que pasa siempre las cintas más interesantes y de mayor novedad, al extremo de que sus programas están constituidos casi exclusivamente de primicias para Buenos Aires.



ULTIMAS CREACIONES DE LA MODA FEMININA



Traje para la tarde, confeccionado en crespón romano, color malva, guarnecido con cinta del mismo tono. Conchitas de la misma cinta en la falda.





Modelo Alice Bernard. — Elegante traje de tarde, confeccionado en terciopelo negro guarnecido con seda roja, trencillada en oro.



Modelo Alice Bernard. — Traje para la mañana confeccionado en reps Burdeos, guarnecido en el cuello, los puños y la cintura con terciopelo del mismo tono. Hebilla de metal en la parte delantera.



Las altas propiedades nutritivas del Bizcuelo Bágley

se deben a la cantidad de yemas de huevo que contiene — proporción no igualada hasta hoy en productos similares — y a la alta calidad de sus demás componentes: harina flor y azúcar refinada.

Sesenta años de experiencia y un nombre tan acreditado como el de BAGLEY, garantizan la bondad de este delicioso producto.

Bizcuelos BÁGLEY



Tall. Gráf. A. GARCIA & Cía. — Perú 1746